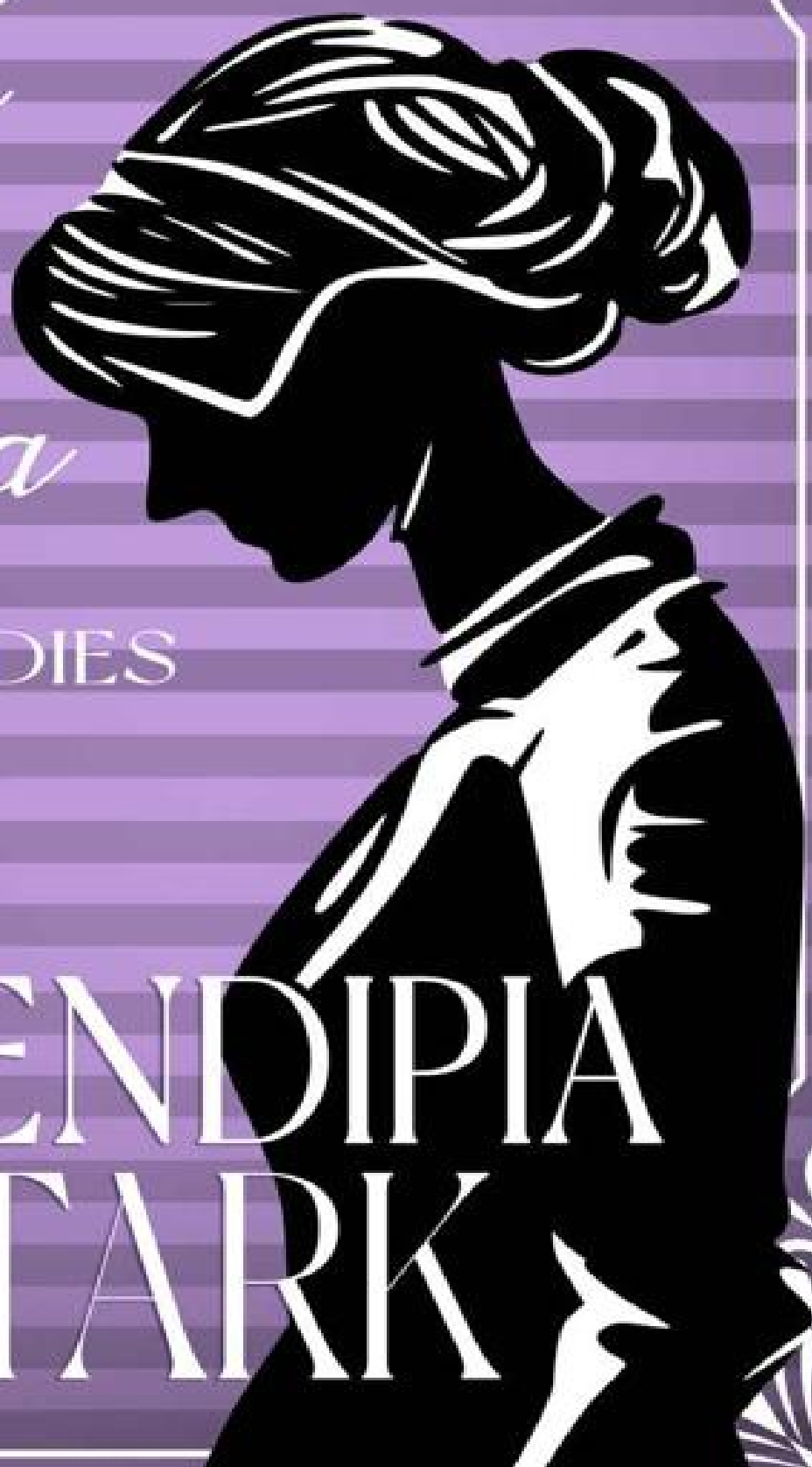


*Un
Sueño
para una*

Dama

Serie
LAS LADIES

SERENDIPIA
STARK



UN SUEÑO PARA UNA DAMA

SERIE «Las ladies» II

La serie «Las ladies» está compuesta por **6 novelas autoconclusivas**, ambientadas en el Londres de la **Regencia**.

Si adoraste los Bridgerton, si disfrutas el romance histórico y el mundo de Jane Austen, no puedes perdértela: espero que te haga disfrutar.

Sobre todo, GRACIAS por leer.

Te espero a diario en

INSTAGRAM: @serendipia_stark_escritora

FACEBOOK: Serendipia Escritora

©SerendipiaStark2022

Código ASIN: xxxxxx

Todos los derechos reservados©

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, actual o futuro; el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de la titular del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear cualquier fragmento de esta obra.

Índice

<u>1</u>
<u>2</u>
<u>3</u>
<u>4</u>
<u>5</u>
<u>6</u>
<u>7</u>
<u>8</u>
<u>9</u>
<u>10</u>
<u>11</u>
<u>12</u>
<u>13</u>
<u>14</u>
<u>15</u>
<u>16</u>
<u>17</u>
<u>18</u>
<u>20</u>
<u>21</u>
<u>22</u>
<u>23</u>
<u>24</u>
<u>25</u>
<u>26</u>
<u>27</u>
<u>28</u>
<u>29</u>
<u>30</u>
<u>31</u>

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

LONDRES,
1822

1

Quién llega tarde al duelo

11 meses antes.

—Sabíamos que un día u otro esto tenía que pasar, pero... —La dama suspiró afligida y se secó la lagrimita que rodaba desde la esquina de su ojo, mejilla abajo.

—El que se esperase no le resta gravedad. Ni tragedia —convino el estirado caballero que se sentaba a su derecha—. Qué sinsentido, qué contradiós, qué injusticia tan grande.

—Una madre de familia modélica, entregada a su esposo y a sus hijos —dijo otra, con un hipido.

—Y tan joven..., sobre todo tan joven.

—¿Y qué me dicen del viudo? Solo, con tres niños a su cargo y en la flor de la vida. Tarde o temprano tendrá que pensar en volver a casarse, aunque solo sea por sus hijos...

La señora que lloraba arrugó los labios como si fuese una col.

—De todos es sabido que la presencia de una madrastra en casa no es nunca conveniente.

—Las buenas madrastras existen, señorita Shell —la contradijo con suavidad la otra dama más anciana—. Mujeres de corazón grande y bondadoso a las que no les incomoda hacerse cargo de los hijos de otra.

—Confiemos en el buen juicio de nuestro Robert para elegir sustituta —suspiró el caballero, como si en lugar de en un velatorio estuvieran en una fiesta de compromiso matrimonial ya formalizado.

El apretado grupo de visitantes se repartía por los sillones libres en el salón de recibir de la casa Lindsay, atendidos por los desolados sirvientes, degustando copitas de oporto, fingiendo que no les gustaba. No era de buena educación disfrutar en una situación penosa como aquella, había que mantener la compostura y la cara de acelga hasta irse. Estaba terminantemente prohibido sonreír o sostener cualquier tipo de conversación mínimamente agradable. Lo mejor visto era llorar hasta desfallecer.

Elinor Gibbs, en su papel de estricta ama de llaves, cruzaba la estancia a toda velocidad, en todas direcciones, procurando que todo el mundo estuviese atendido; dando instrucciones a las doncellas para que sirvieran los refrigerios a buen ritmo, que los que ya se marchaban fuesen escoltados hasta la puerta y, en definitiva, que nada faltase, mientras sus ojos escapaban una y otra vez en dirección al estrecho sofá de rayas donde Robert Lindsay, señor de la casa, con la cabeza hundida contra el pecho se sacudía bajo inconsolables sollozos como la viva imagen de la desolación que era.

En perfecta sincronía con ella, el mayordomo acudía de continuo al recibidor a cumplir con su cometido dando la bienvenida a los visitantes que seguían fluyendo, llegando a ofrecer sus condolencias a la familia. Elinor lo vio tambalearse un par de veces, apoyarse contra una pared para no caer una tercera, y se acercó alarmada.

—Señor Wilson, ¿se encuentra bien? —siseó, asegurándose de que nadie salvo él la oía.

El buen hombre hizo lo posible por sonreír. Lo delataban los ojos enrojecidos e hinchados, los surcos de las profundas arrugas marcando su rostro afligido.

—Sí, señora Gibbs, no se preocupe, me encuentro perfectamente.

Elinor lo miró con ternura. Era un anciano con muchos años, cumplidor y comprometido, con demasiadas responsabilidades sobre las espaldas. Peor aún, había sido mayordomo en la casa familiar de la difunta señora Lindsay y prácticamente la había criado. Siempre lo unió un especial vínculo casi afectuoso a la chiquilla cuyo corazón ya nació enfermo, que pasó la vida entera peleando por seguir viva, y si bien él jamás se sirvió de ello para obtener prebendas, su enfermedad final y muerte lo habían afectado al máximo.

—Debería retirarse un rato a descansar. Aquí todo está bajo control, yo me ocupo —se ofreció Elinor, dándole unas suaves palmaditas en la arrugada mano.

—¿Y los niños? ¿Dónde están los niños?

—Están en sus habitaciones, con la nanny. También necesitan algo de reposo, estos tres últimos días han sido un calvario para ellos.

El mayordomo cerró los ojos y una lágrima atravesó a lo largo su hundida mejilla.

—Cuánto la van a echar en falta.

—Ojalá la marquesa no estuviera de viaje, su presencia entre nosotros ahora sería de gran ayuda, tiene una capacidad innata para consolar a los niños y hacer que todo el mundo se sienta mejor.

Al oír mencionar a Hope, al anciano se le escapó una sonrisa abatida.

—Ah, la magnífica señorita Smith, qué terrible pérdida eso de que se haya convertido en marquesa.

Elinor apoyó su mano en el antebrazo del señor Wilson.

—Vendrá a vernos apenas regrese. Ya le he escrito contándole la triste noticia. Pero está navegando cerca de las colonias de América, no sé cuándo recibirá mi carta.

—Esto no debería haber pasado.

—Desde luego que no, Dios nos asista. Ande, señor Wilson, échese un rato, mandaré que le sirvan un té.

El mayordomo sacudió con brío la cabeza como si la sola idea de ausentarse y descuidar sus deberes le resultara espeluznante. En aquel instante, el lacayo que momentáneamente lo sustituía frente a la puerta principal, dio paso a un nuevo grupo de condolientes que entraban en la casa Lindsay a toda prisa.

—Señora Gibbs...

—Dígame.

—Gracias por todo. Estando usted aquí..., estamos en buenas manos.

Elinor no se sentía en absoluto importante, mucho menos imprescindible, pero agradeció

el cumplido con una hermosa sonrisa. La persona que más consuelo precisaba en aquellos momentos era el viudo y no sabía cómo acercarse a él, cómo entregarle las fuerzas que le faltaban, las ganas de vivir que había perdido. Le partía el alma verlo tan devastado, se sentía impotente, frustrada por no servir de ayuda. Se aproximó a él, rodeado de parientes ancianos y conocidos que apenas si sabían ofrecerle un puñado de frases formales, de las que enfrían aún más el corazón.

—Señor, ¿necesita algo? ¿Quiere que le preparen una tisana caliente con miel? —le ofreció en un murmullo silencioso.

Robert Lindsay elevó hacia ella sus ojos grises inundados de lágrimas, empañados de intenso dolor. Negó tristemente con la cabeza.

—Cualquier cosa que precise... —insistió Elinor Gibbs antes de retirarse.

No tuvo tiempo. Ni de moverse ni de acabar la frase.

El señor Wilson que, por supuesto no se había retirado a descansar, acababa de dar paso a una nueva visita. Dos mujeres que se adentraron en el salón como si la casa les perteneciera: una era joven, un revoltijo de lazos y perfume que cruzó la sala con resuelta energía y se arrojó a los brazos de Robert Lindsay, erguido en pie para recibirlas. La otra, una anciana apoyada en un bastón, con la cabeza cubierta con una toca de encajes, que miraba alrededor con desconfianza, tal que si deseara encontrarse en cualquier lugar de la tierra menos allí.

—¡Gretta! —exclamó Robert abrazando angustiado a la más joven, que apretó sus hombros con rostro compungido.

—Hermano, querido hermano, qué terrible adversidad...

—¿Cómo no has asistido al funeral?

—Siento no haber llegado a tiempo. Ha sido..., ha sido culpa de la tía Violet. —Su aristocrática barbilla apuntó hacia la anciana—. Quise apresurar el viaje, pero se negó con la excusa de que asistir a honras fúnebres predicen la propia muerte. Y ella ya tiene una edad...

—Tía Violet...

Gretta liberó a su hermano y le permitió dedicarse por entero a la dama, a la que recibió

con una venia y un parco abrazo a continuación.

—Haga el favor de tomar asiento. Imagino que el viaje ha sido espantoso.

—Mucho, sobrino, mucho. Lamento tanto lo de tu esposa... ¿Cómo están los niños?

—Puede imaginarse. Además, su institutriz, con la que les unían fuertes lazos, se ha casado hace poco y está de viaje. Su nanny es nueva, aún andaban acostumbrándose.

La hermosa Gretta sonrió con frialdad, tomó la mano de su hermano y le propinó una tanda de golpecitos de consuelo.

—Nada de eso tendrá importancia ahora que por fin estoy aquí. Esta casa necesita con urgencia una señora que la organice.

—Tenemos a la señora Gibbs —Robert Lindsay la señaló a modo de presentación—, cuyos talentos resultan de inestimable ayuda...

Elinor inclinó la cabeza para saludar, pero Gretta Lindsay no se dignó a mirarla siquiera y la intentona quedó en el aire.

—Me refería a una auténtica señora de la casa, hermano, no a una simple ama de llaves.

—Pero... ¿qué estás pensando?

—¿No es obvio? En lo necesario, querido, la tía Violet y yo nos mudamos a vivir aquí, contigo y con los niños.

Robert se mostró perplejo. La anciana señora Violet carraspeó incómoda.

—¿Aquí?

—Claro que sí. La familia nos necesita, ya es hora de que los Lindsay vuelvan a estar unidos. Y de ese modo, te ahorras el pago del alquiler de nuestra casita. —Sonrió de un modo tan satisfecho y tan poco apropiado para el momento que atravesaban, que Elinor sintió un estremecimiento a lo largo de la espalda—. Todo son ventajas.

—Sí —musitó Robert con debilidad—, supongo que tienes razón.

—La tengo, querido, la tengo. Puedes estar seguro de ello.

El tono de la voz de Gretta, el destello de triunfo que brilló en sus pupilas, sus ademanes autoritarios. Los finos labios apretados de la señora Violet, sus ojos de halcón escrutándolo todo,

su mueca contrariada. Un puñado de detalles que pusieron a Elinor la piel de gallina y le gritaron a voces que lo peor estaba por venir.

2

Lo inapropiado

Londres, 1822

La bandeja resbaló de las manos temblorosas y fue directa al suelo, derramando todo su contenido, salvo un poco de salsa y un par de codornices que fueron a parar al regazo de la señorita Lindsay. La muchacha chilló como una gata montesa perseguida por una jauría.

—¿Qué hace?! ¡Anciano torpe y estúpido! ¡Mire lo que ha hecho con mi vestido!

El rostro arrugado del mayordomo quedó descolorido tal que un trozo de papel viejo, sus ojos desorbitados, las manos, ahora vacías, agitándose en el aire como queriendo recoger la comida que había volado. Desde su posición, petrificada junto a la puerta, Elinor hizo una indicación a los demás criados para que limpiasen el desastre cuanto antes. Sus manos, cruzadas por delante sobre el regazo, se crisparon histéricas.

—Lo siento, lo siento mucho, señorita, lo siento...

—¡Quíteme las manos de encima! ¡Apártese!

—Gretta, te lo ruego —intervino Robert, conciliador—, cálmate, ha sido un accidente.

—¿Un accidente? Es un viejo atolondrado, inservible, inútil...

—Recupera la compostura, sobrina —ladró la tía Violet sin inmutarse—, haz el favor de

conducirte como la señorita que eres.

—¿Acaso la educación me obliga a soportar desmanes como..., este?

—Señorita, yo... —El señor Wilson insistió en sus disculpas, sin embargo, los desagradables y bruscos gestos de la «señora de la casa» se lo impidieron.

—¡Cállese de una vez! No sirve usted para nada, Robert, ya hace mucho que...

—Gretta, por favor...

En aquel momento, el mayordomo se desplomó contra el suelo como un saco arrojado desde una carreta. Elinor ahogó una exclamación de horror y quebrando todas las normas de protocolo en el comedor, se abalanzó hacia el pobre anciano sin sentido sobre la alfombra. Los lacayos acudieron a auxiliarlo con premura.

El señor Lindsay se había puesto en pie, mortalmente pálido.

—¡Señor Wilson, santo cielo! ¡Llamen a un médico!

—Me encargaré de que lo lleven a su habitación —intervino Elinor, conmovida y temblorosa.

La señorita Lindsay soltó un bufido muy poco aristocrático y muy descortés, que su tía, milagrosamente, no reprendió.

—Por favor..., menudo escándalo están montando por nada. Se trata de un octogenario, lo cierto es que no debería estar trabajando a su edad.

—Gretta, si no es mucho pedir —le rogó Robert con la voz entrecortada—, guarda silencio. El señor Wilson es un miembro más de esta familia.

Los lacayos ya salían por la puerta trasladando al menudo mayordomo.

—Desde luego que no lo es, hermano, es simplemente un criado. No estarás sugiriendo que deberíamos tratarlo como a un igual.

—El recuento de años que lleva con nosotros y con la familia de mi esposa...

—No obstante —interrumpió—, si tanto aprecio le tienes, deberías animarlo a jubilarse en alguna casita encantadora en el campo. No está en condiciones para gobernar una mansión y mucho menos, para servir una mesa. Imagina si en lugar de estar presente tan solo la familia,

tuviésemos invitados... Me dan vahídos solo de pensarlo.

Antes de abandonar el comedor, Elinor lanzó una última mirada de resentimiento a la hermana del señor Lindsay. Desde que llegó, la casa se había convertido en un infierno que con el paso de los meses no había hecho más que empeorar. No era sencillo superar un duelo tan trágico como el que les había tocado sufrir, Gretta Lindsay no se lo había permitido a nadie, y al mismo tiempo, soportar a una bruja dando órdenes a su antojo y capricho, desautorizándolos a ella y al señor Wilson ante los demás sirvientes, volviéndolos locos a todos por el simple placer de verlos atormentados.

La señorita con aspiraciones a milady había impuesto una larga retahíla de exigencias absurdas: prohibió que nadie se mantuviera sentado en su presencia; requirió la continua permanencia de una doncella fuera de la habitación donde se encontraran ella y la tía Violet, por si necesitaban alguna cosa estúpida. Y si las dos damas no compartían estancia, se necesitaban dos doncellas de pie como pasmarotes, inactivas, pero con dolor de espalda. La casa Lindsay era grande y pudiente pero no era Grovenor House, no podían darse el lujo de prescindir no de una, sino de dos criadas, «por si acaso».

De no ser por el afecto que les tenía al señor Lindsay y a los niños, hacía tiempo que Elinor se habría marchado de allí para no volver.

—El señor Wilson jamás se recuperó de la pérdida, señor —explicó a su patrón, sentado ante la cama del mayordomo.

El médico acababa de llegar y Robert se apresuró a retirarse para concederle espacio y que pudiera reconocerlo. Se reunió con su ama de llaves en el fondo del cuarto.

—El pobre hombre quería a mi esposa como a una hija.

—Está triste y agotado. Pero servir en esta casa es toda su vida, señor, no puede prescindir de él como si fuera un trasto inservible, eso acabaría con su existencia...

—Lo sé, señora Gibbs, pero también me siento responsable de su bienestar y no es justo que asuma las mismas funciones que cuando era un hombre joven y sano. Tengo que pensarlo.

—¿Robert?

El señor Lindsay se giró a mirar. La puerta del dormitorio estaba abierta y Greta se encontraba parada en el pasillo, frente a ellos, mirando a Elinor Gibbs como si quisiera asarla a fuego lento.

—¿Puedes venir un momento, por favor?

—Vaya, le informaré en cuanto el doctor emita un diagnóstico —se comprometió Elinor, sonriendo.

Robert le palmeó suavemente el hombro. Un gesto inconsciente, nada premeditado, que atrajo la atención de la señorita Lindsay y le hizo fruncir los labios con disgusto.

—Me gustaría que me explicaras a qué vienen esas familiaridades tan inapropiadas con el ama de llaves. ¿No te preocupa que la gente pueda hablar?

Robert parpadeó atónito.

—¿La gente? ¿Qué gente?

—Los criados, ese médico, cualquiera. La gente es tremendamente chismosa, ya lo sabes, siempre en busca del escándalo de la temporada. Y desde luego, si saltara a la luz que tienes tratos cercanos con tu ama de llaves... Eres viudo, les darías carnaza para disfrutar despellejándote durante meses. De paso arrastrarían la reputación y el buen nombre de esta familia por el lodo. Otro desastre que no quiero ni pensar, tanta desventura me agota.

Su hermano sacudió la cabeza con incredulidad.

—¿En serio estás pensando...? Greta, los niños y yo tenemos mucho que agradecerle a la señora Gibbs, siempre estaré en deuda con ella por cómo se hizo cargo de...

—No será mucho suponer que se haya limitado a cumplir con sus obligaciones, ¿verdad?

—Bueno, hay formas y formas de acometer tareas tan delicadas como estas, y ella...

—Claro, claro, porque tu poco caritativa hermana no te ha prestado ninguna ayuda —protestó, claramente ofendida—. Que hasta he renunciado a mi casa y mi vida con tal de verte acompañado, protegido y contento.

—No es eso, Greta, no es eso. —Trató de tomar su mano, pero ella la retiró de un tirón—. Te lo ruego, no seas así.

—¿Cómo quieres que sea? Si tienes más atenciones y te muestras más amable con el ama de llaves que con tu pariente más cercana. Mira que la tía Violet no para de advertirme y no quise escucharla, lleva meses aconsejándome que la vigile, que no la pierda de vista. Es una mujer ambiciosa, se ve a la legua, y tú un hombre desvalido y necesitado de cariño. Campo abonado para alguien sin escrúpulos como ella.

—Gretta, no la conoces, apenas si la has tratado en todos estos meses...

—No estarás recriminándome que no haya forjado amistades con el servicio —aulló la joven, fuera de sí.

—Ignoras qué clase de persona es, no tienes ni idea de lo que estás diciendo.

—Soy mujer, hermano —lo interrumpió enérgica—, y desde luego, no estoy ciega como tú. El agradecimiento o eso que tú piensas que es agradecimiento, puede estar acercándose peligrosamente a otra cosa que nos comprometerá a todos y que podría...

—Gretta... —replicó Robert con desmayo—. Ahora no, por lo que más quieras te lo suplico. No hoy.

—Ah, claro..., el mayordomo —recalcó desdeñosa—. Debes de estar ahogándote en preocupación.

Cuando Robert Lindsay se libró de la condena que era su hermana y regresó al dormitorio del señor Wilson, la expresión de su rostro era la de alguien que sufría profundamente, atrapado entre la espada y la pared de sus afectos. No dijo nada, solo dejó escapar un suspiro, sin embargo, fue suficiente para Elinor, que lo entendía todo. Sería su hermana, pero la señorita Gretta Lindsay era malvada. De nada habían servido sus muchos esfuerzos para agradarla, tratando de construir entre ambas una relación, si no efusiva, cordial al menos. O respetuosa. El caso era que siempre se estrellaba contra un muro helado y sólido.

Y el buen Dios sabía cuánto le costaba a ella ocultar sus verdaderos sentimientos, especialmente cuando el primero en la fila se llamaba «antipatía».

La cuestión principal podía ser que la señorita Lindsay la odiara. No entendía el motivo, no obstante, cada vez que la miraba le echaban chispas los ojos. Y puede que la anciana tía Violet y

su bastón la detestaran también, aunque tercamente lo callasen.

3

El violín

Tras el sermón de su hermana, repleto de reproches y resentimiento por algo que ni siquiera había hecho aún, Robert pasó muchas horas encerrado en la biblioteca, reflexionando. El doctor había recomendado tranquilidad, reposo y mimos para el señor Wilson, que solo tenía muchos años, algún que otro achaque, y cansancio por sobrecarga de tareas. Por ese lado estaba tranquilo. Pero en lo concerniente a la señora Gibbs...

Tenía algo para ella. Le había comprado un regalo en pago por su dedicación a la familia, por sus desvelos con sus hijos y con él mismo y ahora, después de oír a Gretta, dudaba si dárselo era o no correcto. Quizá él, llevado por la ingenuidad de su sentimiento, no había detectado nada malicioso en su trato cercano con la jefa de sirvientes, cuando en realidad la estaba comprometiendo.

Tonterías.

¿Quién en su sano juicio pensaría que un hombre como él y su ama de llaves...?

Su hermana.

Su hermana lo había pensado y lo martirizaba con sus funestas advertencias. Pero claro, era Gretta y Gretta era... eso, Gretta. Seguramente, como la joven aseguraba, parte de la culpa la tenía la severa tía Violet que pasaba con ella la mayor parte del tiempo, metiéndole abominaciones en la cabeza.

Alguien llamando con prudencia a la puerta de su despacho lo sacó de sus cavilaciones.

—¡Pase!

—Buenos días, señor. —Pese a que Robert se lo había amonestado muchas veces, Elinor no podía reprimir una ligera reverencia nada más encontrárselo—. ¿Deseaba verme?

—Sí, señora Gibbs, muchas gracias por venir, sé lo ocupada que está ahora que nuestro mayordomo guarda reposo. ¿Qué tal sigue el querido señor Wilson?

Elinor ladeó la cabeza con gracia.

—Puede imaginarse, lo lleva muy mal. Tan pronto ruge furioso, como llora desconsolado. Es un hombre muy capaz que ha trabajado desde el alba toda su vida. La inactividad lo mata lentamente.

Robert Lindsay suspiró preocupado.

—Ahora nos toca convencer a su testarudez para que se tome la vida menos a la tremenda y usted es la encargada de ayudarme, solo no lo lograré ni en sueños.

—Sobreestima usted mi influencia sobre el señor Wilson, señor.

—Usted, mi estimada señora Gibbs, es una buena influencia en todo caso y para todo el mundo.

«No para su hermana y su tía», pensó ella. Pareció que su patrón le leyera el pensamiento.

—Querría agradecerle, de paso, su paciencia y benevolencia con mi hermana, que a veces es muy insolente y de difícil trato.

—No tiene por qué darlas —repuso Elinor con humildad, apretando los labios para que no se le escapara el insulto espantoso que le rondaba la mente.

—¿Qué opinión le merece la nanny de los niños?

—Bueno, son tiempos difíciles y no es la señorita Smith, pero se las arregla con bastante dignidad, yo misma intento pasar con ellos todo el tiempo que puedo. Magda está enseñando a la nanny a tocar las castañuelas.

Pese a su permanente rictus de infinita tristeza, sus palabras arrancaron una sonrisa a la boca de Robert.

—Excelente, excelente. La música sana los corazones. La he hecho llamar porque tengo

un..., obsequio para usted. Una humilde muestra de mi agradecimiento que, no le quepa duda, es eterno.

El señor Lindsay se retiró unos pasos detrás de su mesa de escritorio y regresó con una caja alargada de buen tamaño. Se la ofreció al ama de llaves que, después de superar la sorpresa y conseguir cerrar la boca, la llevó hasta una mesita cercana para poder abrirla.

Con un gemido de admiración absoluta, se cubrió la cara con las manos.

—¿¡Un..., violín!?

—Escuché que sabe tocarlo, que desde niña quiso tener uno propio.

Los ojos verde bosque de Elinor, ocultos tras unas gafas que no necesitaba usar, se enterraron en el rostro de Robert Lindsay. Estaban húmedos.

—¿Recuerda que dije eso? ¿Cómo es posible?

—Mi esposa decía que era muy observador, que siempre estaba atento a los detalles. Que por eso y por otras cuantas cosas..., me quería.

Elinor se apresuró a alargarle el pañuelo que acababa de sacar para enjugar sus propias lágrimas. El señor Lindsay lo necesitaba mucho más.

—No se ponga triste, señor, por lo que más quiera. La señora lo estará mirando desde el cielo y se sentirá apenada. Gracias por el regalo, es..., es..., muy especial.

Con el corazón inflamado de emoción por el presente, después de poner el violín a buen recaudo en su dormitorio como el tesoro más valioso, Elinor se dirigió a la cocina. Desde el corredor se escuchaba un bullicio alocado en el que distinguió apenas las palabras «desaparecida», «Peggy» y «holgazana», si bien, cuando su figura esbelta se recortó en el umbral de la puerta, las voces cesaron abruptamente y se hizo un silencio de cripta.

—¿Se puede saber qué sucede?

—La perezosa de Peggy, señora Gibbs —explicó la cocinera—, lleva parte de la mañana

desaparecida, sus tareas están sin hacer, nadie la ha visto y...

Elinor la hizo callar con un gesto de su mano.

—La he mandado al mercado a comprar fruta fresca para lord Boran. Me temo que sus criadas sí que son holgazanas y para ser un señor tan mayor, lo tienen algo descuidado.

—Cierto —intervino una de las ayudantes de cocina, siempre a la última en cuanto a chismes—. Dicen que han visto a su mayordomo en el mercado haciendo la compra. ¡Imagínense! ¡Al mayordomo en persona, ni más ni menos!

—Deberían despedirlas de inmediato, esas muchachas son unas inútiles —zanjó la cocinera, recolocándose la cofia.

—O están hechizadas —terció la otra, cambiando la olla de fogón—, el mayordomo de esa mansión es terriblemente guapo.

El ama de llaves arqueó una ceja.

—Veo entonces, que no solo es atractivo, también es buena persona.

—No debería ser así —la cocinera meneó la cabeza con disgusto—, los mayordomos nunca son jóvenes ni bien parecidos.

—Tampoco las amas de llaves —se le escapó a una de las muchachas.

Los ojos de Elinor la buscaron veloces e interrogantes.

—¿Yo soy joven y bien parecida?

—Bueno... —La muchacha agachó la cabeza y se retorció las manos en el regazo—, es joven.

Aquella noche Elinor fue feliz después de mucho tiempo. Su mejor amiga, la española Esperanza de Montesinos, o Hope, a quien todos en aquella casa conocían como Mary Smith, antigua institutriz de los niños Lindsay y compañera de correrías, se había casado con el marqués de Heallford, uno de los aristócratas más infames y deshonorosos de Londres que, sin embargo,

tras conocerla, rendido a sus encantos, embrujado por completo, había renacido con todos sus honores y decoro, convirtiéndose en el esposo perfecto. Los dos se habían embarcado en una aventura sin igual a la búsqueda de un fabuloso tesoro pirata enterrado que, a ratos, le hacía sentir mucha envidia.

La echaba de menos.

Terrible y angustiosamente.

¿Y qué decir de las demás ladies? Lady Grace y su hermana lady Victoria; lady Sarah, la dulce y encantadora lady Clara... Cuatro fabulosas mujeres pertenecientes a la nobleza con las que había vivido los más apasionantes lances. Por precaución habían interrumpido sus incursiones nocturnas en casa ajena muchos meses atrás y aunque Elinor, que no tenía nada que perder ni una familia respetable que vigilara y juzgase sus entradas y salidas, protagonizó algún que otro golpe en solitario, todo había perdido el brillo de la excitación compartida: las miradas cómplices en la oscuridad, los gestos frenéticos de lady Grace dando órdenes, la velocidad a la que lady Victoria era capaz de desvalijar un vestidor, las ingeniosas soluciones aportadas por lady Sarah cuando estaban en apuros, o la sonrisa inocente de lady Clara mientras descuartizaba cualquier cerradura con sus ganzúas. Las risas contenidas cuando se reunían a comentar la hazaña en su discreto rincón apartado del salón de té, tras las cortinas verdes.

Nada volvería a ser igual sin ellas, ni se le parecía, ¿dónde estaba la emoción? En ninguna parte. Así que finalmente, Elinor decidió olvidarse de su pasado como ladrona, para centrarse en el cuidado de una familia devastada que la necesitaba mucho.

Y creyó que todo marcharía bien hasta que las detestables señoritas Gretta y Violet hicieron su aparición estelar y todo se enturbió hasta lo inimaginable.

No obstante, ahora tenía un violín, lo que toda su vida había deseado. Curioso, porque tras su fachada gris de ama de llaves amargada, era una mujer rica. Sin embargo, la obsesión por ahorrar y guardar el producto de todos sus botines para el futuro, le impidió invertir en su mayor anhelo. El señor Lindsay era un ser maravilloso.

Se acercó a la ventana desde la que se veía una luna enorme, redonda y tan brillante como

un espejo de plata. Acomodó el violín sobre su hombro, tomó el arco y se sumergió en la burbuja mágica de la melodía que de niña le enseñó su padre. Las notas se derramaron en el aire como copos de nieve al viento, viajando por toda la casa, filtrándose como perfume bajo las puertas, confortando los corazones de los niños Lindsay y también, pese a todos los impedimentos y sólidos obstáculos, el de Robert.

4

Fuego

—¡Traigan más agua! ¡Rápido! ¡Más agua...!

—¿Han salido todos? ¿Dónde está el duque?

—¡El duque! ¿Alguien ha visto al duque?

—¡Dios mío! Qué tragedia tan grande...

—¡Ayuda, ayuda! —se oyó en un lugar indeterminado. Los que estaban más cerca y pudieron escuchar la agonía de aquella voz, trataron de orientarse en la oscuridad— ¡Un médico! ¡Traigan un médico! ¡Rápido!

—¡Aquí! ¡Aquí está! ¡Llamen al doctor! ¡Avísenlo, ya!

La confusión era indescriptible. Gritos, alaridos, voces cruzadas lanzando peticiones que nadie llegaba a entender, ojos llorosos, hombres corriendo desesperados de un lado a otro de la calle, acarreando cubos llenos de agua, luchando por apagar el fuego empeñado en devorar Boran House, la mansión del duque en Londres, donde se había desatado un incendio salvaje. El caos, el resplandor anaranjado de las altas llamas, infernal en la negrura de la noche, convertía la escena en algo temible y dantesco.

—¡Aquí, aquí! ¡Vengan! Es el duque, el duque... —aulló uno de los hombres que colaboraba en las tareas de extinción.

Un joven alto y fornido, arrodillado en el suelo en mitad de la calle, sostenía entre sus brazos al anciano duque de Boran. Los dos tenían revuelto el cabello, chamuscadas las ropas y

arreboladas las mejillas a causa del calor. Una multitud de personas se abalanzó sobre ellos con la intención de ayudar. El médico se abrió paso a codazos.

—Sigan apagando el fuego —les ordenó—, sigan apagándolo, aquí no harán más que estorbar. ¡Permítanle respirar! ¡Despejen!

Casi a regañadientes, los voluntarios se alejaron regresando a las tareas de extinción. Solo quedaron un par de criados de la casa Boran, el joven que había rescatado al duque sacándolo de entre las llamas con riesgo de su propia vida, y el anciano aristócrata que con mano temblorosa buscó la de su salvador para apretarla con afecto.

—Gracias, Richard, gracias, hijo mío —balbuceó, mientras que el doctor comprobaba su estado.

—No hable, excelencia, no se canse. Ya está a salvo, todo está bien —respondió Richard con los ojos inundados de lágrimas. Luego miró al médico— ¿Cómo lo encuentra?

—Gracias a usted, joven, y a su valerosa intervención, tenemos al duque sano y salvo...

Un jadeo agónico escapó de los labios del anciano, que se llevó la mano libre al pecho, y una especie de pavoroso espasmo lo agitó de pies a cabeza. El doctor frunció el ceño y le tomó el pulso. Richard se estremeció de miedo.

—¿Qué le pasa? ¿Qué le está pasando?

—Me temo que está sufriendo un ataque al corazón...

—¡Sálvelo! ¡Tiene que salvarlo! —gritó desesperado, entre sollozos.

—Duque, ¡duque, míreme! —reclamó el médico.

Pero el anciano no lo miraba a él, sino al joven que le había salvado la vida y cuya mano estrechaba con las escasas fuerzas que le quedaban.

—Señor, aguante, sea fuerte, no nos deje... —rogó Richard, sin contener ya las lágrimas.

—Richard, hijo mío, eres...

—No hable, excelencia, guarde las fuerzas. Respire hondo y pelee.

Richard miró interrogante al doctor entre las pestañas mojadas. El buen hombre negó lentamente con la cabeza y el joven se mordió el labio y cerró los ojos.

—Te aprecio como un hijo —repuso el duque con voz entrecortada, cada vez más débil—. Ojalá tuviera más tiempo para agradecerte...

—Excelencia, usted me ha dado mucho, me lo ha dado todo. No se canse, se lo suplico, no se canse.

—Recuérdame siempre, como alguien querido de tu... familia.

—Duque... duque, no se me muera.

Consciente de que el final estaba cerca, el galeno se puso en pie y se alejó unos pasos, concediéndoles intimidad para que pudieran despedirse con libertad. Miró desolado alrededor, la vetusta mansión del duque estaba construida en sólida piedra capaz de resistir con gallardía al incendio. Las llamas estaban prácticamente sofocadas y como resto quedaban gruesos regueros negros sobre la hermosa fachada blanca, aunque todo el interior se hubiera consumido. Cuando volvió a bajar la mirada, Richard lloraba sin consuelo abrazado al duque cuyos ojos ya se habían cerrado.

Se le atravesó un nudo amargo en la garganta.

Jamás antes había visto tanto afecto entre un noble y un sirviente.

—Pero ¿murió quemado? ¡Eso es horroroso!

Los ojos de la doncella parecían a punto de salirse de las órbitas. La otra criada agitó la cabeza con energía.

—Su mayordomo lo salvó, lo sacó del fuego con vida, sin embargo, al pobre hombre le falló el corazón.

—Era ya muy anciano...

—Y el impacto de un desastre semejante en su propiedad le afectaría tanto...

Las dos muchachas charlaban mientras estiraban las sábanas. El ama de llaves apareció en el dormitorio y se las quedó mirando con los puños apoyados en las caderas.

—A ver si hablamos menos y batimos más las manos. ¿Somos capaces de mover la lengua sin dejar de trabajar?

—Disculpe, señora Gibbs.

—Estamos muy agitadas.

—El incendio en la mansión del duque ha sido algo espantoso, señora Gibbs, todo el mundo habla de ello.

Elinor soltó un bufido de resignación.

—Lo entiendo, sé que será imposible pedirles que no parloteen al respecto, pero trabajen, no quiero protestas ni regaños por parte de la señorita Lindsay. Esas sábanas, a lavandería. ¿Habéis colocado las ramitas de lavanda en los armarios?

Las doncellas asintieron con una pequeña reverencia.

—Señora Gibbs, ¿sabe que fue el mayordomo del duque quien le salvó la vida?

—Algo he oído. Parece ser que tenemos todo un héroe al final de la calle.

—Pero ahora se encuentra solo y sin empleo. Parando en una pensión como un vagabundo cualquiera...

—¿Cómo puede ser, alguien tan valioso como él? —se extrañó Elinor, revisando la calidad de las velas de los candelabros.

—Las hijas del duque viven en Escocia, solteronas las dos, y en tanto no se localice un heredero, la casa permanecerá cerrada. El guapísimo señor Bennet se ha quedado sin trabajo.

El tono sugerente de la doncella hizo que algún engranaje en el avispado cerebro de Elinor se pusiera de inmediato en marcha.

—Es una lástima. Me temo que no abundan las personas como él. Continúen con los dormitorios, quiero sábanas limpias en todas las camas, incluso en los cuartos de huéspedes. Y que las de las señoritas Gretta y Violet estén bien perfumadas, no lo olviden.

—Como usted ordene, señora Gibbs.

Elinor salió al pasillo dándole vueltas a una idea en la cabeza, tan concentrada en lo suyo, que no descubrió la presencia de la señorita Lindsay hasta que prácticamente la tuvo encima.

—¿Quiere hacer el favor de mirar por dónde va? —graznó la joven, indignada por lo que consideró una imperdonable falta de pundonor.

Elinor se apresuró a reverenciarla para que se quedase contenta.

—Lo siento, señorita Lindsay, me distraje un segundo, todos estamos muy afectados por el incendio en la mansión de lord Boran, al final de la calle.

—Ah, sí, es cierto. Se rumorea que el pobre caballero ha muerto, ¿no? —Elinor asintió afligida— ¿Sabe a dónde irá a parar su inmensa fortuna?

—Lo lamento, no sé nada.

Gretta chasqueó la lengua contrariada.

—Decepcionante, resulta usted de muy poca ayuda, señora Gibbs, debería estar más al tanto de los sucesos. Si ni siquiera sabe lo que ocurre en nuestra misma calle...

—Será que no soy muy devota de los chismes, señorita —replicó entre dientes.

—¿Me está llamando chismosa a mí, por casualidad?

—Dios me libre, señorita. Si no me necesita para nada más, debo controlar los menús de la semana con la cocinera —se despidió Elinor, loca por perderla de vista.

—No se moleste, pienso cambiarlos.

—¿Disculpe?

—Los menús de la casa. Pienso cambiarlos, de modo que no se tome demasiadas molestias.

—Pero...

—Señora Gibbs, compórtese como lo que es, una sirvienta. Sea dócil y modesta, deje de ofenderse porque la señora de la casa asuma decisiones que le conciernen y límitese a obedecer. Esta familia la ha ensalzado a unos altares que no creo que merezca.

Gretta desapareció pasillo adelante antes de que el ama de llaves pudiera siquiera abrir la boca para protestar. Ahogó un suspiro de hondo coraje y dirigió sus pasos al dormitorio del señor Wilson. Lo encontró sentado en su butacón junto a la ventana, leyendo un libro que cerró nada más verla entrar.

—¿Cómo se encuentra hoy, señor Wilson? ¿Le agrada la novela que le traje?

—Es una historia fascinante, me tiene embebido por completo. Ahora me pregunto cómo he sobrevivido tantos años sin leer.

—¿Ve? De algo sirve disponer de tiempo libre.

—¿Cómo se las está arreglando la casa?

—Usted siempre intranquilo. —Sonrió con dulzura y le ahuecó los almohadones que tenía a la espalda—. Va todo bien, perfectamente bien, no tiene de qué preocuparse.

—¿Se ha enterado del infortunio del duque de Boran?

El bonito rostro de Elinor se contrajo en una mueca de dolor.

—¿Cómo no saberlo? Una terrible desventura, una desdicha.

—Las doncellas me han dicho que el mayordomo de milord, el mismo que le salvó la vida exponiendo la suya, se ha quedado sin empleo.

Elinor se lo quedó mirando con aires de sospecha.

—¿Por casualidad tiene algo en mente? Ese joven no tardará en encontrar un puesto, se lo rifarán las mejores casas.

—Nosotros deberíamos ser la mejor entre las mejores y reclutarlo antes de que nos lo arrebatan.

—¡Señor Wilson! ¿Está insinuando que...?

—No insinúo nada, sugiero una solución al inevitable problema que sufrimos en esta mansión. Y es una buenísima idea.

La señora Gibbs tomó asiento frente al anciano al que tanto admiraba y le tomó las manos con fervor.

—Señor Wilson, no quiero volver a oír que se considera un problema.

—Mi situación actual me convierte en un estorbo, seamos honestos. Permítame hablarlo con el señor, ese joven Bennet..., el mayordomo del difunto duque, el cielo lo tenga en su gloria, podría ser una magnífica incorporación, para muchos años.

—¿Y qué hará usted? —quiso saber, sinceramente preocupada.

—El señor me ha ofrecido un cómodo retiro en una casita en Bibury, Gloucestershire, que seguro que es encantadora. Tengo una prima soltera que no vive en demasiadas buenas condiciones. Estará feliz de poder mudarse y me hará compañía.

Elinor lo miró suspicaz.

—¿Está seguro?

El anciano esquivó su sagaz mirada.

—Es deber de un buen cristiano aceptar las cosas tal y como llegan. Y tomar las decisiones que hagan falta, por difíciles que resulten.

5

La marquesa

Cuando el lacayo atrajo su atención para avisarla de que acababa de llegar una visita, la señora Gibbs sintió que su corazón explotaba de júbilo. ¡Por fin! Por fin su queridísima Hope, Esperanza de Montesinos, dejaba de ser una carta que llegaba siempre tarde para convertirse en un ser real al que podría abrazar. Elinor corrió a la puerta y se arrojó a sus brazos sin pensar en los buenos modales ni en las normas que las distanciaban socialmente, pero que ambas detestaban.

Tardaron varios minutos en poder separarse.

Al final, fue Elinor la que lo hizo para admirar a su amiga, de sombrero a chapines.

—¡Cielo santo, Hope, querida! ¡Mírate! ¡Qué elegancia! Eres toda una marquesa.

Estaba más que hermosa: exuberante, radiante, lujosamente vestida a la última moda de París. Soltó una risita traviesa y volvieron a abrazarse.

—El señor las anima a tomar un refrigerio en la terraza cubierta —interrumpió el lacayo con un carraspeo.

—Qué amable el señor Lindsay, te trata como si también fueras una visita, qué típico en él —alabó Hope, desprendiéndose del precioso sombrero y del abrigo—. Le envié mis condolencias y unas flores, pero deseo verlo cuanto antes y decirle lo mucho que me devastó la desaparición de la señora.

—Salgamos a la terraza. —Elinor la atrapó por el codo y la empujó con suavidad retirándola del vestíbulo—. Sería una catástrofe si la tía o la hermana del señor Lindsay nos descubrieran tan amigas.

—Somos amigas —afirmó Hope, cortante, recordando todo lo que Elinor le había contado por carta acerca de las dos arpías.

—Ya no, a juicio de ellas. Tú eres una marquesa y yo una triste ama de llaves. Una sirvienta, como no permiten que olvide un solo instante, con todo un barranco separándonos. Si nos sorprenden, me mandarán volver a mis tareas y te acapararían con conversaciones y halagos tan azucarados que acabarías vomitando.

Hope hizo un gesto de abierto rechazo.

—No me hace falta conocer personas tan detestables, te lo ruego, no me las presentes o perderé los estribos. Tengo tanto que contarte... ¿Y los niños?

Salieron tomadas del brazo, avasallándose con las noticias que una y otra se querían contar. Riendo bajito para no molestar a nadie, sin poder soltarse de las manos salvo cuando no les quedó más remedio para sujetar las tazas de té.

Pasado un buen rato de animada charla, el señor de la casa bajó a saludar a la ilustre invitada. Elinor se puso de inmediato en pie, aunque Robert le hizo una seña para que volviera a sentarse y se inclinó ante Hope.

—Marquesa...

—¡Señor Lindsay! Cómo me alegro de verlo. Por favor, se lo ruego, déjese de reverencias en privado. Recuerde que un día fui la institutriz de sus hijos, que usted me acogió en su casa y me dio un empleo cuando más falta me hacía.

—Sea bienvenida. ¿Recibió mi carta agradeciendo sus condolencias?

—La recibí, señor Lindsay, y el cielo sabe lo que me habría gustado no estar tan lejos cuando todo ocurrió.

—Los niños acabarán sus lecciones en un rato. Sería un honor que pudiera esperar para saludarlos. Se alegrarán tantísimo de verla...

—En realidad, me gustaría que me permitiera llevarlos conmigo a Grovenor House unos días, si le parece bien. Si no es ahora, más adelante, cuando usted juzgue conveniente.

Los ojos del señor Lindsay se llenaron de luz.

—Estarán más que encantados con la noticia. —Desvió la mirada hacia Elinor—. Imagino que le agradará acompañarlos.

Elinor vibró de entusiasmo e ilusión sobre su silla.

—Le tomaré la palabra una vez hayamos resuelto la cuestión del mayordomo. Ahora no podría, por mucho que lo desee, ausentarme de la casa.

—Ah, sí, ese asunto. —Robert se golpeó la mandíbula con un dedo, como si pensara—. El señor Wilson me ha transmitido su idea y creo que... Pero ¿qué estamos haciendo? Aburrirnos a nuestra visita con cuestiones domésticas que pueden esperar. —Se incorporó e inclinó la cabeza ante la marquesa—. Las dejo a solas para que puedan charlar. Tómese el tiempo que necesite, señora Gibbs, no hay prisa. Lady Heallford, espero que tengamos ocasión de vernos de nuevo muy pronto.

—Deja este maldito trabajo —siseó Hope, una vez solas, ocultando sus labios tras la taza de té—, el señor Lindsay sigue siendo un encanto, pero no tienes por qué soportar la humillación de esas dos brujas. No sabes lo que me hacían sufrir tus cartas. Por lo que me has contado, la joven debe ser para arrojarla por una ventana y la vieja malvada será la que la incita desde las sombras.

—Tirando la piedra y escondiendo la mano, lo que suele suceder —rió Elinor, a la que el buen humor que le provocaba la presencia de su querida amiga, la llevaba a ser imprudente—. Hablando en serio, Hope, no puedo ahora. La situación de la casa es complicada. Como has oído, nos quedamos sin mayordomo, el señor Wilson está muy mayor y jamás ha conseguido recuperarse del duelo por lo de la señora. Es posible que lo sustituya el que fue mayordomo del difunto duque de Boran... ¿te enteraste de lo del incendio?

A la hora del almuerzo, las caras de Greta y Violet Lindsay eran el vivo retrato de la angustia y la tribulación. Apostada en su esquina, de pie sin despegar los labios, Elinor contó mentalmente lo que tardaría la más joven en explotar.

«Tres, dos...»

—Por cierto, hermano, he tenido conocimiento de que hoy recibimos una visita muy distinguida, una marquesa, ni más ni menos. Aunque nadie ha mostrado la deferencia de presentarnos, no han debido considerarlo necesario ni conveniente.

—Lo cierto es que se trataba de una audiencia de carácter privado, no social —aclaró paciente Robert Lindsay, sin apartar los ojos de su sopa.

—¿Privado? ¿Una marquesa? ¿En favor de quién? —ladró Greta, buscando alrededor algo invisible.

—Lady Heallford es íntima amiga de la señora Gibbs. Vino a verla. Y a los niños que, por cierto, pasarán una temporada con ella en Grovenor House —añadió, impidiendo que Greta lanzase un grito de frustración.

—¿De qué conoce el ama de llaves a una marquesa? Por favor, no me lo cuentes, no necesito saberlo, es algo que carece por completo de interés. Eso sí, exijo que nos la presentes la próxima vez que venga. ¿Y qué es eso de que se llevará a los niños?

—Bueno, la marquesa fue su institutriz durante un tiempo.

Greta Lindsay ató cabos y sumó dos más dos.

—Ah, «esa» marquesa. Así que se trata de ella —sonó decepcionada, mirando de reojo a la silenciosa tía Violet—. No creo que sea una buena idea que tus hijos pasen más tiempo con esa sirvienta venida a más. Que haya tenido suerte en la vida no significa...

—Lady Heallford es hija de un conde español, Greta, ha tenido la mejor crianza y una educación impecable a la que nosotros, desde nuestra humilde posición, no podríamos siquiera soñar a aspirar.

—Nosotros no somos tan humildes —rugió furiosa. Y no volvió a mencionar a la

marquesa durante el resto de la comida.

No obstante, al dismantelarse la mesa y salir del comedor, Greta procuró acercarse a Elinor lo suficiente como para derramarle el veneno que llevaba dentro, cerca del oído.

—Que sea la última vez que trae a sus amigas a tomar el té a esta casa.

Avanzada la tarde, tras la cena, Elinor curó sus penas y suspiros con ayuda del violín. Y atraído por la hipnótica melodía, a pesar de lo avanzado de la hora, el señor Lindsay pidió verla y con la excusa de zanjar el tema del mayordomo, los dos pasearon durante un rato por los jardines.

Desde la ventana de su dormitorio, Greta espiaba ahogada en irritación, triturándose las muelas de tanto apretar.

6

Mortificación

—Señora Gibbs, tengo entendido que hoy nos visitará el nuevo mayordomo.

—El señor Richard Bennet, sí señor —respondió Elinor desde su esquina en el comedor.

La tía Violet, repentinamente indispuesta, no había bajado a desayunar y la mesa la compartían el señor Lindsay y su hermana Gretta. Por orden y disposición de la hermanísima, los niños Lindsay ahora desayunaban, almorzaban y cenaban recluidos en el gabinete infantil sin contacto con los adultos para no molestar. Elinor echaba en falta las entrañables escenas familiares de todos juntos, riendo y charlando, cuando la señora estaba aún viva. Olvidando las ganas irreprimibles que sentía de estrangular a Gretta, cerró los ojos, apretó los párpados y fingió no suspirar.

—Bien, entrevístelo, por favor, señora Gibbs. La señorita Lindsay y yo debemos ausentarnos hoy, visitaremos al abogado.

—Robert, querido, creo que no es en absoluto necesario ni procedente que informes al ama de llaves de nuestras actividades y destinos. ¿Qué se hará del..., cómo se llama? ¿El señor Wilson?

Propinándole un puntapié a la evidente tensión que le producía discutir con su hermana, Robert estuvo muy feliz de poder dar buenas noticias.

—Por fin ha aceptado trasladarse a la casita de Gloucestershire que le ofrecí. Por lo visto, lo acompañará su...

—¿Vas a pagarle una vejez con todas las comodidades en el campo? —estalló ella, horrorizada—. Ya cobró un buen salario todos estos años, imagino que habrá ahorrado con sensatez, ¿es que no puede pagársela por sí mismo? ¡Nunca imaginé que el asunto de la casita fuera a tu cargo!

—Es un obsequio que le ofrezco gustoso. El señor Wilson estuvo muchos años al servicio de la familia de mi esposa y luego tuvo la amabilidad de trasladarse a nuestra casa, a honrarnos con su valiosa experiencia y una fidelidad digna de encomio.

Las cejas de Gretta dibujaron un arco donde se leía «desinterés y desprecio».

—¡Qué gran cosa! Deberías ser mucho más cuidadoso con los gastos...

Robert colocó una mano afable sobre los dedos crispados de su hermana.

—No te desveles, Gretta, querida, nuestras finanzas están bien saneadas. Si decides casarte tendrás una dote elevada y deseable.

La respuesta de la joven fue apretar los finos labios, uno contra otro, hasta convertirlos en una línea cruel.

En cuanto tuvo oportunidad y tras ordenar a las doncellas la esmerada y pronta recogida de la mesa, Elinor escapó a las cocinas como si la persiguieran los demonios. Ante el asombro de la cocinera y las muchachas que la ayudaban, se derrumbó en una silla ante la mesa y escondió la cabeza entre los brazos extendidos.

—No puedo más. Dios me asista, no puedo soportarlas —gimió golpeándose una y otra vez la frente contra el tablero.

—No sufra, señora Gibbs —la consoló la cocinera sin necesidad de más detalles—, tampoco son santas de nuestra devoción.

Le colocó por delante una tisana caliente. Elinor levantó media cara y la observó con un ojo.

—Imagino que hablamos de las mismas personas.

—La monstruosa señorita Gretta y su malévola tía muda.

La cocinera le dedicó un guiño y Elinor sonrió, repentinamente consciente de que

aquellas personas eran su familia. Solo que, durante años, por un ridículo sentido de la jerarquía en el servicio doméstico que imponía las costumbres y su afán de mantener oculta su verdadera y cercana personalidad, jamás se había permitido intimar con ellas. Sonrió.

—¡Qué demonios! Creo que lo necesita —gruñó la cocinera, retirando la taza, sirviendo en su lugar una copa de vino.

—Sírvase usted otra, señora Hills.

No tuvo que repetirlo dos veces. La alegre cocinera se sumó a la cata dejando la botella de vino a medias.

—Acabaremos muertas. Son caprichosas y crueles y mangonean al señor como les viene en gana.

—Pobre señor Lindsay... —suspiró Elinor mirando al vacío, ocupándose del vino a continuación—. La última exigencia de la tía Violet es que le sirvan las comidas en su gabinete privado. Se niega a molestarse en bajar a la mesa. Es agotador.

—Esta casa necesita cuanto antes una esposa. Una nueva señora Lindsay que ponga a esas pérfidas mujeres en el lugar que les corresponde —expuso la cocinera con un deje muy persuasivo en la voz.

Atraída por la entonación y su significado, Elinor la miró a los ojos. La señora Hills arqueó una ceja y le sonrió pícara. El ama de llaves se puso seria.

—Deje de pensar eso que está pensando.

—Sería magnífico, señora Gibbs —se ilusionó la mujer, sujetando un ramillete de puerros como si fueran las flores de una novia.

—Imagínense cómo reaccionarían las señoritas Lindsay si ocurriera —rio otra criada—, les daría un ataque.

—¿Les gustaría que les leyera por las noches después de la cena igual que hacía la señorita Smith? —ofreció Elinor, desesperada por desviar el peligroso curso de la conversación.

Cinco pares de ojos se centraron desorbitados en ella.

—¿Lo haría?

—Por supuesto que lo haría, no se lo estoy sugiriendo por echar el rato.

El vaivén del carruaje sobre los adoquines de la larga calle empezaba a marear a Gretta Lindsay. Apenas si había intercambiado una palabra con su hermano desde que abandonaran la casa.

—No veo demasiado a la tía Violet, últimamente apenas si coincidimos. —Robert rompió el hielo, dejando de atisbar por la ventana, sonriendo a la joven—. ¿Sabes si tiene alguna inconveniencia? ¿Está feliz o se arrepiente de haber dejado la vida tranquila y saludable del campo?

Servida la ocasión en bandeja, Gretta abrió la boca y dejó salir todos sus huracanes.

—La tía Violet está mortificada. Lamentablemente, solo se confía a mí —manifestó con voz chillona—. Yo también lo estoy. Mortificada. Lo estoy. En demasía.

—¿Mortificada? ¿Puedo saber la causa?

—Oh, vamos, Robert, no te hagas el inocente. Esa especie de..., cortejo de todo punto improcedente que te traes con el ama de llaves. No comprendo qué ves en ella, es áspera, medio boba y bastante fea. ¡Y es una criada, por amor del cielo!

—¿Otra vez insistiendo con eso?

—Os he visto paseando por el jardín después de atardecido, Robert, algo íntimo e indecoroso. Y seguramente, no he sido la única en percatarme.

—Tratábamos asuntos del servicio, la contratación de un nuevo mayordomo... ¡Por Dios santo, Gretta! Deja de ser tan retorcida.

—Para eso están los despachos y las bibliotecas. Si me apuras, hasta los salones. Con las puertas abiertas, por descontado. Si no se tiene nada que esconder, son lugares mucho más adecuados.

—A veces necesito respirar aire fresco —confesó Robert con una mirada agotada.

—Con el ama de llaves. —Giró el cuello y fingió mirar la calle—. Debes de creer que soy una completa estúpida.

Robert llenó de aire sus pulmones y pareció sacar a relucir una energía hasta entonces escondida en algún rincón negro.

—La señora Gibbs tiene una personalidad arrolladora, me contagia alegría, ganas de vivir, algo que en estos tiempos aciagos me hace mucha falta.

—¿Alegría? Es la mujer más insípida que he conocido en toda mi vida.

—Eso es solo porque tú no le permites mostrarse tal cual es.

Las pupilas de Gretta centellearon con un brillo malicioso, perverso.

—Ahora va a resultar que la culpa de que la pobre sirvienta sufra y esconda sus formidables talentos, es mía. ¿Se ha quejado? ¿Ha lloriqueado por lo mala que es con ella tu horrible hermana?

—No me gusta tu comportamiento con el servicio, Gretta. Ni con los niños. Te ruego encarecidamente que tengas en cuenta lo que te digo y que trates de suavizar esa altivez y ese carácter tan desagradable.

Gretta se mordió la lengua para no escupir lo que pensaba. Su hermano estaba despertando, rebelándose contra su autoridad en la mansión. Y la responsable de ese cambio tan poco conveniente no podía ser otra que Elinor Gibbs. La aborrecía. La maldijo. La condenaba. La quería lejos. No estaba dispuesta a permitir que aquella mujer insignificante le pasara por encima.

Había llegado la hora de avanzar un paso en su diabólico plan.

7

Richard Bennet

—Le doy mi más sentido pésame por el fallecimiento de lord Boran, señor Bennet. Sé que no eran parientes, aunque también me consta que lo apreciaba usted mucho.

El joven pareció turbado ante la mención de su señor. Agachó la cabeza y concentró toda su atención en las lentas vueltas que daba su sombrero entre las manos. Seguramente estaba nervioso, si bien no lo transmitía, observó Elinor con perplejidad.

—El duque fue lo más parecido a un padre que recuerdo haber tenido.

—¿Llevaban muchos años juntos? —quiso saber ella, acompañando el interrogatorio con una afable sonrisa.

—Los suficientes —fue la enigmática respuesta.

Vaya, pensó Elinor, se cerraba en banda. Se había colocado la armadura y se hacía el duro. No era lo que esperaba, sin saber por qué, se había forjado la idea de un joven sencillo y amable, ridículamente fácil de tratar. De hecho, ella estaba siendo infinitamente más benévola y complaciente al entrevistarle que recordaba haberlo sido jamás con otro candidato. También era cierto que el señor Bennet traía bajo el brazo unas inmejorables referencias que eran llave de oro para cualquier mansión que se preciara.

Volvió a intentarlo con un esbozo de sonrisa.

—¿Y le gustaría quedarse con nosotros en Lindsay House? El señor Wilson, nuestro anterior mayordomo, acaba de jubilarse y lo ha recomendado encarecidamente.

—Es muy amable de su parte. ¿Cuándo veré al señor Lindsay? —replicó el aspirante con tono endurecido y algo de impaciencia.

—Una vez haya dado yo el visto bueno. Lamento decirle que primero deberá provocarme una buena impresión a mí, señor Bennet.

Para informarle, Elinor utilizó un tono suave que no pretendía, ni mucho menos, retarlo. Pero el mayordomo levantó dos increíbles ojos del color de la plata y la traspasó con una hostilidad inesperada. Era un hombre cuya belleza sobrenatural te cortaba el aliento al tiempo que te encogía el alma.

—Entiendo que mi trabajo depende de mis capacidades, señora, de mis referencias por todos bien conocidas. Del grado de satisfacción de milord, que en paz descanse, no de mis encantos personales ni de que alguien se deje seducir por ellos. A fecha de hoy me sobran ofertas de empleo, señora.

El agraciado rostro del ama de llaves perdió todo rastro de buen humor. Con un dedo se recolocó las gafas en el puente de la nariz. ¿Cuándo había hablado ella de encantos personales ni de seducción? ¿Cuándo había dado pie a interpretaciones tan erróneas? Era como si se expresaran en idiomas diferentes. Notó un latido potente a nivel de las sienes que era todo un presagio de inconvenientes y molestias.

—Pues le sobrarán, sin embargo, aún no ha aceptado ninguna. ¿Puedo saber el motivo?

—Debo sopesar con cuidado las características de la casa y la familia con la que seguramente pase el resto de mi vida.

—Lo considero un claro signo de prudencia —concedió ella, reconociendo su sensatez.

—Gracias, señora Gibbs. —Richard inclinó levemente la cabeza—. Me congratula que lo valore de ese modo.

Elinor lo observó suspicaz, a punto de preguntarle si se estaba burlando de ella. Sin embargo, logró controlar su impetuoso carácter y mantener la boca cerrada. Aquella arrogancia del candidato a mayordomo, pese a estar muy fuera de lugar, pese a que debería irritarla en extremo, le recordaba demasiado a su verdadera personalidad, esa que Elinor por cautela

mantenía escondida: rebeldía, impetuoso desafío y probablemente, bajo todo ello, una aguda inteligencia. Para desconcierto del joven, le sonrió amplia y cerró el cuaderno de notas en el que escribía.

—Veré si el señor Lindsay ha vuelto y puede recibirle ahora.

—¿He de deducir que he superado con bien su estricto filtro?

—Señor Bennet, dadas sus capacidades que jamás he puesto en duda, será todo un honor que se una a esta familia; pero le advierto que esa actitud insolente no le convertirá en alguien demasiado popular.

Él no se molestó en responder, como si ser popular o no le trajera sin cuidado. Se encaminó hasta la puerta del pequeño cuartito cercano a las cocinas que Elinor usaba como despacho, la abrió y se apartó con galantería para dejarla pasar. El ama de llaves se sintió estudiada por sus hipnóticos ojos, con un nudo de extraña inseguridad apretándole la garganta. De repente se detuvo y miró atrás por encima del hombro.

—Una última advertencia: tengo entendido que su señor, el duque, falleció de un ataque al corazón, ¿cierto?

—Así fue, en efecto.

—La difunta esposa del señor Lindsay nos dejó por idéntico motivo. En esta casa procuramos evitar en lo posible conversaciones en torno a enfermedades del corazón, téngalo en cuenta.

Horas más tarde, Elinor entró en el despacho del señor de la casa y flexionó ligeramente las rodillas a modo de saludo.

—Señora Gibbs, he de decir que el nuevo mayordomo resulta muy de mi agrado. Solo espero que al igual que usted, tenga la suficiente serenidad como para sobrellevar a mi querida hermana, a mi anciana tía y las excentricidades de ambas.

—Me alegro mucho, señor Lindsay. Los niños están impacientes por visitar Grovenor House y deseaba solventar el asunto de la vacante del señor Wilson cuanto antes para poder disponer su marcha.

—No se ausente ahora, por favor. —La nota de urgencia en su frase sonó a petición desesperada. Elinor dio un respingo y Robert Lindsay, consciente de su atrevimiento, reuló de inmediato—. Quiero decir, el señor Bennet necesitará algo de atención de su parte, habrá que familiarizarlo con las costumbres de la familia y ponerlo al día en cuanto a sus funciones.

—Me temo que en ese aspecto el señor Bennet se ve muy pagado de sí mismo, seguro de su valía y... No obstante, tiene usted razón, no conoce esta casa, alguien tendrá que ocuparse de guiarlo hasta que se organice.

—Los niños pueden ir a Grovenor House en estos días, si le parece bien. Más adelante usted podrá acompañarlos..., cuando guste.

—¿Tendrán algunas de las señoritas Lindsey algún reparo en contra?

—¿Del viaje de los niños? Me temo que justo lo contrario. Silencio en este hogar, es a lo que ambas aspiran de continuo, no escucho más que quejas.

Dos, tres segundos, no más. Elinor se lo quedó mirando con la misma intensidad y ternura con la que miraría a un animalito herido y abandonado. Robert alzó los ojos grises y se encontraron en un explosivo choque de carruajes. Un mensaje mudo de apoyo descorazonado que la tomó por sorpresa. Fue algo raro, inquietante. Algo que jamás antes había percibido en su mirada, en la energía que desprendía.

Era interés. Interés por ella.

Y Elinor tuvo la impresión de que solo en ese momento veía al hombre que siempre se había ocultado bajo la superficie.

Exhaló un suspiro al tiempo que agachaba la cabeza para romper el hechizo.

—Gracias por todo, señora Gibbs, sé que se lo he dicho mil veces, sin embargo...

—No tiene por qué darlas, señor, solo cumplo con mis obligaciones. Y mentiría si no admitiese que les tengo un gran afecto. A usted, a los niños...

—Observo que mi hermana y mi tía quedan excluidas... —Mitigó una alegre carcajada.

Elinor se puso del color de las cerezas.

—Por supuesto, por supuesto que también aprecio a las señoritas..., desde cierto punto de vista. Es solo que... Llevan menos tiempo entre nosotros...

—No se agobie, señora Gibbs, la comprendo, créame, Gretta ha sido difícil desde niña —repuso en otro tono, más resuelto, menos solemne, contento por la distracción—. Ahora anda entretenida pensando en traerse a una vieja amiga para que le haga compañía, lo que, de cumplirse, acrecentará el mal humor de la vieja tía Violet porque estará aún más sola y desplazada.

—Yo podría intentar...

Robert frenó su ímpetu con un gesto de la mano.

—Olvídese de eso, señora Gibbs, ya tiene bastante trabajo. Detestaría que mi tía la avinagrara y le hiciera perder su maravilloso brillo.

Elinor, que jamás de los jamases se quedaba sin palabras, no supo qué decir. Tal que si hubiese olvidado cómo se hablaba.

—Es muy..., amable de su parte —balbuceó.

—Atienda y apoye al señor Bennet para que se habitúe a nosotros y a nuestras manías lo antes posible. Así dispondrá de absoluta libertad para visitar a lady Heallford unos días.

Al salir del despacho del señor de la casa, antes de sumergirse en otros quehaceres, empujada por un impulso inexplicable, Elinor decidió subirle una tisana a la señorita Violet. Quizá haberla mencionado en la conversación había traído a su memoria la cantidad de jornadas completas que la dama pasaba recluida en su dormitorio y el gabinete contiguo, sin contacto humano, sin hablar con nadie. Podía ser una vieja cascarrabias y malvada, podía seguramente ser la llama que encendía a Gretta en su contra, pero le inspiraba lástima, no era más que una pobre anciana solitaria. ¿Qué ocurrió para que, de un día para otro, hubiese suspendido el contacto humano con los ocupantes de aquella casa?

—¿Me permite pasar, señorita Violet?

—Ya está dentro, no sé para qué pregunta —farfulló la mujer, agitando enloquecida la mano a modo de invitación.

Elinor dejó la tisana sobre su mesita y la miró con dulzura. El ceño fruncido de la dama no se suavizó.

—No he pedido nada.

—Es aromática y medicinal. Pensé que le agradaría tomarla.

—Pensó usted mucho.

—Está endulzada con miel.

—Supongo que debo darle las gracias.

—Puede hacer lo que desee, señorita. ¿Hará las paces con su doncella?

Violet Lindsay la repasó de arriba abajo.

—No sea impertinente, señora Gibbs, se está metiendo en lo que no le importa.

—Es que me duele verla aquí tan aislada y tan sola. Debería bajar al comedor con el resto de la familia.

—No se le ocurra darme órdenes y procure que las cosas que me conciernen ni le duelan ni le dejen de doler, no entiendo su interés —advirtió áspera, con un dedo tieso.

El ama de llaves se hizo convenientemente la sorda y continuó alentándola con su mejor talante.

—Anímese, cuando tengamos a la amiga de la señorita en la casa todo podría ser más divertido. Mejores conversaciones, juegos de cartas, recitales al piano... Tengo entendido que esa señora toca muy bien...

El mensaje encriptado entre las arrugas de aquel rostro se hizo impenetrable. Las pupilas de la anciana soltaron un destello cuando dijo:

—Tenga cuidado, señora Gibbs, vigile sus espaldas. Cuando la señora Widow se instale en esta familia... serán dos brujas unidas en su contra.

Elinor no supo qué replicar: tragó saliva y escapó de allí en cuanto le fue posible hacerlo sin resultar demasiado grosera. Las palabras de la señorita Violet le martilleaban en la memoria.

¿Debía tomarlo como una amenaza..., o como una advertencia?

Aquella noche, Elinor volvió a tocar el violín y Robert Lindsay la escuchó a través de las paredes, preguntándose si las dulces notas iban dedicadas a su persona, a confortar su corazón herido. Dándose cuenta de que quizá tuviera, después de todo, algo que agradecer a su retorcida hermana ya que, gracias a su insistencia, él había empezado a mirar a Elinor con otros ojos: había descubierto la belleza deslumbrante que se ocultaba tras una fachada de oscura severidad y, la certeza de que le agradaba.

8

Dos personas, un reto

Richard Bennet demostró ser un joven despierto, sumamente inteligente y habilidoso, que tomó las riendas de su puesto en apenas un par de jornadas. Necesitó de poca guía y desde su llegada se dedicó a sus funciones con desmedida entrega y afán. Pese a su carácter retraído y algo distante, el personal femenino estaba revolucionado cual corral de gallinas, todas riendo y cuchicheando tanto a su paso como a sus espaldas. Era el hombre más apuesto que habían tenido la gracia de ver nunca.

Hasta la estirada señorita Lindsay sufrió un vahído cuando se lo presentaron el primer día. Si bien se esforzó en disimular, a Elinor no le pasó desapercibido su sofoco, ni el modo en que se sonrojaban sus mejillas cuando coincidían o él se acercaba más de lo normal al controlar el servicio de la mesa.

Claro está, se trataba de un criado, la señorita jamás se rebajaría a pensar en él de ningún modo indecoroso. Así y todo, cualquier pretexto era válido para reclamar su presencia y tenerlo ocupado y a la vista.

Con la incorporación del joven mayordomo a pleno rendimiento, la marcha de la casa mejoró como de la penumbra más opaca a la luz brillante, todo el mundo parecía estar contento, acometer sus tareas, incluso las menos agradables, con gorjeos de felicidad. El señor Bennet estaba pendiente de todo y tenía la extraña virtud de ser omnipresente, estaba en todas partes

siempre presto a ayudar a quien lo necesitara. En sus consejos y sugerencias no había ni pizca de pedantería, solo sincera preocupación por el bienestar de la mansión y sus ocupantes y aun así... Elinor sentía un palpito extraño, no dejaba de verlo como un hombre que hablaba lo imprescindible, con algo oscuro alrededor, que no se dejaba conocer.

Cuando Gibbs entró en las cocinas con una larga lista escrita en las manos, encontró a Richard sentado a la mesa con una humeante taza de té delante y varios platos de dulces, un surtido digno de un príncipe para que escogiera a placer. Una miríada de criadas revoloteaba alrededor con risitas insidiosas y actitud servil, coloradas como tomates, torpes como cabras ciegas.

—Buenos días, señor Bennet —saludó, sin apenas mirarlo.

Él respondió de igual modo.

—Señora Gibbs.

—¿Desea un té, señora Gibbs? —intervino la cocinera, quebrando aquel frío intercambio de cortesías.

—Gracias, señora Hills, me vendrá bien para calentar los huesos. Traigo el listado de las compras pendientes para la semana próxima...

La cocinera se retorció el mandil, agobiada, mientras hacía indicaciones a la muchacha para que sirviera el té.

—Ay, señora Gibbs..., la señorita Lindsay ha variado todos los menús y ahora tenemos un montón de comida que no podemos utilizar y se echará a perder.

Richard Bennet arqueó las cejas asombrado, si bien no dijo nada. Elinor se acercó un poco más a la mesa y sin sentarse todavía, eligió una silla a precavida distancia del mayordomo.

—No lo permitiré, desde luego. Es una contrariedad, ahora que los niños se marchan necesitaremos menos víveres, sería un buen momento para ahorrar. Prepararemos menús alternativos donde podamos usar los ingredientes que la señorita Lindsay ha rechazado.

—Los alimentos se estropearán de igual modo —soltó Richard con su voz grave y penetrante—, no pretenderá que la familia de repente coma el doble.

Elinor giró sobre sus talones y apoyó las manos en las caderas.

—¿Usted qué propone?

—Mantener los menús originales hasta consumir la comida ya almacenada, incorporando una de las recetas nuevas sugeridas, en cada ocasión. De la lista de futuros menús, seleccione los platos que podrían resultar más duraderos, por si sobra.

—¿Y llevarle la contraria a la señorita? —se escandalizaron Elinor y la cocinera al unísono— ¿Tiene usted idea de a lo que nos exponemos?

—Supongo que con una explicación razonable será suficiente —dijo él, con insultante calma.

Elinor lo miró furiosa mientras se sentaba y sorbía un poquito de té.

—Imagino que tiene pensado ser usted quien la dé.

—Es parte de mi responsabilidad como gobernante máximo de la casa, sí.

—No lo decía por eso —se le escapó a Elinor.

La cocinera la miró con evidente susto. ¿Cuándo pensaba aquella mujer insensata cerrar el pico?

—¿Y por qué lo decía, si se puede saber?

—Pese a contradecir sus órdenes, la hermana del señor lo tomará mejor si es usted quien la informa, habida cuenta las sonrisas que se le escapan cada vez que lo ve de lejos.

Por un puñado de minutos, el silencio en aquella estancia pesó más que los cuerpos de todos ellos juntos. Finalmente, Richard gruñó entre dientes.

—Suenas como sonaría una mujer celosa.

—¿Disculpe? —se enervó Elinor— ¿Qué es lo que ha dicho?

—Que puede que la señorita Lindsay no sepa demasiado de economía doméstica. Es cuestión de hacerle entender. Con educación y respeto.

—Oh, sus aptitudes para convencer a personas obtusas deben de estar fuera de lo corriente, señor Bennet, lo felicito —replicó Elinor con fastidio.

Él inclinó un poco la cabeza. Lo peor de todo fue su sonrisa torcida de suficiencia. Elinor

se olvidó del té a medio tomar, ya que se puso en pie de un salto.

—¿Podría hablar con usted en privado, señor Bennet?

—Cuando lo desee.

—Ahora mismo. Acompáñeme al gabinete.

En un pestañeo, tenían a la cocinera atravesada en mitad del camino como una barricada entre los dos bandos de una guerra.

—Ya le hemos contado que al principio usted y la señorita Smith también se llevaban mal y acabaron siendo las mejores amigas —explicó, deshecha en sonrisas.

—¿Por qué dice eso, señora Hills?

—Porque a la vista está que ustedes dos..., no se gustan demasiado. —Escondió a toda prisa sus ojillos brillantes—. Disculpen el atrevimiento.

Elinor se quedó rígida, pero Richard echó atrás la cabeza y rompió a reír.

¡Rompió a reír!

Era la primera vez desde que se había incorporado que le veían relajar el ceño.

—Me inclino ante su sagacidad, señora Hills. Veo que no se le escapa nada.

—¿Se puede saber de qué se ríe? —Elinor apretó los puños a los costados—. Nosotros dos no tenemos que gustarnos, en absoluto. Solo coordinarnos en bien del servicio de la mansión y trabajar con cordialidad, como he hecho toda la vida con el bueno del señor Wilson, eso es todo.

Salió despedida a toda prisa hacia la puerta.

—¿Ya no necesita hablar conmigo, señora? —quiso saber Richard, retrepándose perezoso en el respaldo de su silla.

Elinor ni se molestó en responder a su descarada pregunta. ¿Aquel era el hombre cumplidor y adorable del que todo el mundo hablaba? ¿El que había salvado la vida al duque de Boran y al que este amaba como a un hijo? ¿El que media ciudad consideraba un héroe? A ella le parecía un deslenguado, un sinvergüenza y un auténtico demonio.

Si Richard Bennet se aliaba de algún modo con la señorita Lindsay, le harían la vida

imposible. Sus días en la casa familiar, como bien anhelaba Hope, estarían contados. Y sin embargo, algo encerrado dentro de su pecho la empujaba a presentar batalla, a mantenerse firme en su posición de poder. Por el bien de los niños, por el bien del viudo que parecía necesitarla con inusitada fuerza, por el bien de ella misma y de su atormentada conciencia.

Como para Elinor Gibbs, la música siempre había sido el bálsamo curativo de todas las penas, después de una cena frugal en sus habitaciones salió al jardín, se acomodó bajo el sicomoro y se puso a tocar. En cuestión de segundos se había evadido de pensamientos tristes: el recuerdo de la desaparecida señora Lindsay a la que no conseguía olvidar un solo día, lo mucho que echaba de menos la presencia de Hope en la casa, la lástima perpetua que le provocaba el viudo señor Lindsay, las sospechas que envolvían al seductor señor Bennet y, el tormento infinito que suponía aguantar a las señoritas Lindsay una jornada tras otra.

—¡Señora Gibbs, señora Gibbs!

—¡Suba, señora Gibbs!

—¡La esperamos en el cuarto de música!

Elinor alzó la cabeza y miró a las ventanas. Tres cabecitas agolpadas en un balcón y un montón de manos que se agitaban en el aire haciéndole indicaciones para que se acercara. Los hijos de Robert Lindsay eran adorables, del primero al último. La sensata y bonita Lilian, la mayor, que ya ejercía de madre de sus hermanos; el joven Robert, maduro para su edad, digno heredero de su padre; y la angelical Magda, un torbellino de dulzura que enamoraba a todo el mundo a primera vista.

—¡Suba y toque para nosotros! —insistió Lilian.

Elinor sonrió asintiendo. Y cuando abandonaba el recodo del jardín que era su refugio favorito, asomado a otra ventana espiando sus movimientos, descubrió al señor Bennet.

9

Dúo de arcos

—Denos un maravilloso recital de despedida antes de marcharnos, por favor, señora Gibbs — aplaudió Magda encantada.

—¿Tardará usted mucho en venir a Grovenor House? —quiso saber Robert, ahuecando la voz para parecer mayor, como de costumbre hacía desde que falleció su madre.

Elinor acarició los rizos oscuros del niño y repartió sonrisas entre los tres. Se había sentado en la butaca que habían dispuesto para ella y mantenía el delicado violín en el regazo.

—Iré en cuanto me sea posible, os lo prometo. Hay cosas que hacer en la casa ahora que tenemos nuevo mayordomo.

—El señor Bennet es muy guapo, ¿no le parece, señora Gibbs? —intervino Lilian cubriéndose traviesa la boca con las manos.

—Sí, es muy muy guapo, ¡parece un príncipe! —añadió emocionada la pequeña Magda.

—Lo cierto es que no necesitamos ningún príncipe. Nos basta con que sea eficiente y desempeñe bien su trabajo. —Elinor escurrió el bulto, harta ya de que todo el mundo alabase los atributos físicos del irritante señor Bennet—. ¿Qué queréis que toque?

—¿«El conejito perdido en el campo»? —sugirió Magda con las manitas en actitud de rezo.

—¡Esa es una canción para críos! —se burló su hermano mayor.

—Toque mejor «Claro de luna nueva» —indicó Lillian, tomando del brazo a su hermanita, conduciéndola al sofá para que se sentara y a ser posible, permaneciera quieta.

—A mí me gusta la del conejito —protestó la menor de los Lindsay con un puchero.

—La tocaremos después —le prometió Elinor colocando el violín bajo su mentón, apoyando el arco sobre las cuerdas.

La melodía fluyó suave y mágica por toda la estancia, envolviéndolos con su tibio lazo. Sosegaba los espíritus, tenía la virtud de calmar los miedos y arrullaba como el abrazo de una madre. Los niños se acomodaron apretados en el mismo sofá, tomados de las manos, observando con deleite cómo los ágiles dedos del ama de llaves, cuya verdadera y extraordinaria personalidad habían descubierto gracias a la señorita Smith, bailaban sobre el diapasón.

De espaldas a la puerta, Elinor no se percató de que alguien a quien los niños miraron un instante y que les hizo señas para que guardaran silencio, se apostaba bajo el umbral con otro instrumento de la misma familia. Solo cuando escuchó una segunda melodía acompañando a la suya, giró la cabeza para mirar, sin interrumpir la pieza.

Richard Bennet les sonreía desde la entrada, de pie cuan alto e imponente era, tocando con delicadeza e inmejorable técnica, la misma canción. Elinor habría querido enfadarse con él, gritarle con furia que desapareciera, pero le fue imposible: no solo porque tocara realmente bien, es que parecía otra persona; su rostro estaba transfigurado, desaparecida su arrogancia, lleno de ternura y emoción, poseído por el poder de la música, dominado por el hechizo del momento, transmitiéndoles lo mismo a ellos.

Cuando acabaron a la par, los niños aplaudieron entusiasmados.

—Señor Bennet, no sabíamos que tocara el violín... —empezó a decir Elinor.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? ¿Por qué no están estos niños ya en la cama?

Se hizo el silencio. La señorita Violet golpeó el suelo con el bastón y los labios apretados en un rictus de profunda contrariedad.

—¿No les ha dicho mi sobrina en repetidas ocasiones que se dejen de musiquitas y alboroto por la noche cuando es hora de que todos duerman?

Elinor se puso en pie de inmediato. Los niños la imitaron.

—¿Necesita algo, señorita Lindsay? —preguntó Richard con voz aterciopelada. La expresión crispada de la anciana se relajó de inmediato— ¿Quizá no puede descansar y necesita un vaso de leche templada, una tisana? ¿Le subo unos pastelillos? ¿Quiere que toque algo especialmente suave para que concilie el sueño?

Por primera vez desde que había llegado a aquella casa la vieron sonreír. Poco, apenas un esbozo tímido, pero sonrió.

—Es usted muy atento, señor Bennet, no hace falta. Solo venía a advertirles. Vamos, niños, acuéstense antes de que aparezca la otra señorita Lindsay y se lleven una regañina.

—Buenas noches, señorita Violet. Señora Gibbs, señor Bennet... —Los niños se inclinaron en una graciosa reverencia y salieron desfilando por la puerta.

La anciana los miró suspicaz un segundo, dio media vuelta sin añadir nada más y desapareció pasillo adelante. Elinor y Richard permanecieron solos, de pie en medio de la sala de música, mirando a ninguna parte.

—He de reconocerle el mérito de meterse a las damas en el bolsillo cuando gusta, con solo chasquear los dedos —refunfuñó ella, poco contenta.

—La señora Hills tiene razón, ¿me equivoco?

—¿A qué se refiere?

—A que no le gusto. En absoluto.

Elinor se entretuvo en colocar los cojines amontonados en un extremo del sofá.

—Seamos sinceros, yo tampoco le agrado a usted.

—No es nada personal, señora Gibbs, no me gusta la gente, en general, si bien estoy convencido de que no es su caso.

Ella lo miró con curiosidad. Había sonado casi como si se disculpara.

—Cuesta creer que no le guste la gente si se pasa usted la vida arriesgando el pellejo, haciéndose el héroe para salvar personas de entre las llamas.

—El duque..., el duque era especial.

—Sé que le tenía mucho aprecio, incluso que era como un padre para usted... Aun así, me resulta excesivo si luego...

—¿Si luego?

—Se dedica a encandilar con sonrisas y palabras encantadoras a algunos, seguramente para sacar provecho, y con claridad, excluye de su simpatía a otros.

—¿Con la exclusión se refiere a usted misma?

—Desde luego, aunque espero no ser la única. Me sentiría ofensivamente discriminada.

Él agachó la cabeza y la ladeó en un gesto seductor del que seguramente no era consciente.

—No soy arrogante, señora Gibbs. Ni altanero. Tiene mi palabra.

—No creo haber dicho tal cosa.

—No la ha dicho, pero la piensa.

—¿Se le ha pasado por la cabeza que pueda estar sacando conclusiones anticipadas sin ninguna base? —volvió a desafiarlo, consciente de que la pobre opinión personal que cada uno parecía tener del otro estaba más que clara.

—Entra dentro de lo posible que usted no desee competencia en la llevanza de la casa.

—¿Disculpe? —bisbiseó muy indignada— ¿A qué se refiere con «competencia»?

—De sobra es conocido que las relaciones entre amas de llaves y mayordomos a menudo no son pacíficas. Cuando los dos pretenden disponer o intentan que sus normas queden por encima...

—Se equivoca de parte a parte —lo interrumpió airada—, yo no soy de ese tipo de personas. Sé perfectamente cuáles son mis deberes y también hasta dónde llegan mis capacidades de mando. Es más, no aspiro a disponer de un ejército de soldaditos a mis órdenes, que la gente baile cuando yo muevo el dedo no me produce ningún placer.

Richard la escuchaba atentamente, envuelto muy a su pesar por la intensa energía de aquella mujer. Demasiado joven para lo que aspiraba aparentar, pero valiente, resuelta y decidida. Peleona, como le gustaban a él. Estuvo a punto de preguntarle qué era lo que sí le

provocaba placer, pero se habría ganado un buen bofetón de esos que dan las damas con la mano abierta.

Al margen que no habría sido, en absoluto, una tarjeta de presentación aceptable.

—Admitamos entonces que no desea presentar batalla —aventuró con un tono algo más amistoso.

Ella tenía apretados los puños. Malas noticias.

—Ocúpese de sus asuntos, señor Bennet y hágalo a la perfección, que yo me ocuparé de los míos. Lamento desilusionarle si le digo que no habrá luchas de poder, ni ofensivas, ni llegará la sangre al río. Eso sí, esmérese con esta familia porque de lo contrario, mayordomo archirrecomendado y todo, yo misma me encargaré de que lo pongan de patitas en la calle.

—No pienso pelear con usted.

—Tampoco es mi intención, ha sido usted quien lo ha sugerido.

—De hecho, debería admitir cuan benévolo soy, dado que me corresponde la posición titular en la jerarquía del servicio y, sin embargo, ya ve que le doy manga ancha y pocas órdenes.

—Será porque es un recién llegado, démosle tiempo, dejemos que el supremo intendente se asiente y veremos.

—No soy soberbio ni altanero, por mucho que usted lo piense —insistió Richard, devastándola con la mirada.

Elinor se la mantuvo, provocadora.

—Ah, ¿no? ¿Entonces qué es?

—Desconfiado. Tan solo desconfiado. Y detesto tener que esforzarme por caer bien.

—Tengo la completa seguridad de que cae bien sin esforzarse demasiado.

—¿Y eso le incomoda?

Elinor lo observó con fijeza por entre sus largas pestañas. Era condenadamente guapo, tenía razón la gente. Tenía razón Magda, lo bendecía un halo de clase y elegancia alrededor que lo hacía parecer descendiente directo de la realeza.

—Insisto: no he entablado ni pienso entablar ningún tipo de rivalidad con usted, señor

Bennet, no pretendo que surja. De hecho, mi relación con el señor Wilson ha sido siempre buena, más que buena, diría yo. Es solo que..., que tampoco suelo trabar amistad con facilidad. Me cuesta...

—Me pasa lo mismo. —Le sonrió por primera vez, comprensivo. Una sonrisa tentadora por entero dedicada a ella—. Al parecer, a la gente como nosotros solo la entiende... Otra gente como nosotros.

—La música ayuda —apuntó Elinor, moviendo el violín con una tenue sonrisa de concordia.

—Ayuda. Nadie imagina cuánto.

—Yo sí lo imagino. Lo sé. Recuerde que soy de «esa» clase de gente.

Richard alargó una mano hacia el ama de llaves.

—¿Me permite empezar de nuevo, señora Gibbs? Buenas noches, mi nombre es Richard Bennet y aunque me cueste demostrarlo y no lo parezca, estoy muy agradecido a la familia Lindsay por haberme empleado. Es un honor conocerla. Espero que nuestro trabajo en común sea todo un modelo de coordinación y llegue a ser digno de alabanzas.

Ella aceptó estrechársela tras un titubeo de medio segundo.

—Elinor Gibbs, el ama de llaves más antipática, hosca y poco comunicativa que conocerá en la vida.

—No mienta, se lleva usted bien con los niños.

—Bueno, es que los niños son encantadores. Si eso ocurre, es exclusivamente culpa de ellos.

—Y les lee novelas románticas a la cocinera y a las doncellas por las noches.

—Solo porque la señorita Smith instauró la rutina y me vi en la obligación de perpetuarla para que no la echasen desesperadamente de menos. Las criadas deprimidas no rinden.

—El señor Lindsay le confiaría las llaves de su hogar sin dudarlo un instante.

—Soy eficiente en mi trabajo, eso debo admitirlo con orgullo y sin ruborizarme.

El caso es que habían mantenido toda aquella charla sin soltarse las manos tras haberlas

estrechado en prueba y sello de su incipiente amistad, algo de lo que Elinor fue consciente de repente: también notó que el contacto la perturbaba, que allí donde él tocaba la piel ardía.

Y que empezaba a temblar ligeramente.

La recuperó de un educado tironcito, hundió las pupilas en la punta de sus zapatos, balbuceó una despedida muy torpe para tratarse de Elinor Gibbs, y huyó.

10

Confidencias

—Los niños se han empeñado de un modo absurdo en aprender a tocar el violín. Me lo han repetido unas diez veces esta mañana antes de salir para Grovenor House. Les he dicho que no, desde luego. —Gretta Lindsay expuso su queja con voz chillona y brusca.

—¿Por qué no? ¿Qué inconveniente hay? —preguntó Robert, distraído, sin dejar de ojear la gaceta de la mañana.

—No es un instrumento demasiado sofisticado. Mucho mejor el pianoforte, claro está, especialmente para las niñas.

—La música es algo que debe sentirse, de modo que sería mucho más adecuado que eligieran libremente el instrumento de su preferencia.

—Vamos, hermano, les concedes a tus hijos unas libertades de juicio poco convenientes para la edad que tienen. No son más que niños confusos aguardando un consejo adulto e inteligente que los guíe.

Por toda respuesta, Robert dejó salir un pacífico gruñido.

—Menos mal que en breve llegará Lavinia. Verás como te deslumbra, es una joven exquisita, dulce y templada, de buena familia y esmerada educación. Borda como los propios ángeles.

—Muy interesante —aseguró Robert, atascado en la primera línea de una noticia.

—Tuvo la desgracia de quedarse viuda hace unos años, igual que tú.

Ahora el señor Lindsay sí levantó los ojos del papel y buscó las pupilas de su hermana.

—¿La traes a Londres para que vuelva a casarse?

—Así debería ser. Es una mujer bonita con muchos años por delante, no deberíamos resignarnos.

—Os deseo suerte. A las dos.

El labio superior de Gretta se encogió en un pequeño temblor.

—No es preciso ser desagradable.

Robert ya había devuelto toda su atención al plato.

—No era, ni mucho menos, mi intención serlo. ¿Qué hay de la tía Violet? ¿Ya nunca baja a comer?

—Prefiere hacerlo en la quietud de su gabinete privado. Los niños son ruidosos y molestos.

—De mis hijos ya hace tiempo que te deshiciste. Además, desde hoy ni siquiera se encuentran en la casa.

—La tía Violet es una señora mayor con muchas manías. Tú lo ignoras porque tienes la suerte de no tener que soportarla. Déjala que se quede donde prefiera estar. Volviendo al tema de Lavinia...

—Ni lo intentes, Gretta —la frenó Robert, con diplomacia.

La joven pestañeó tan contrariada como perpleja.

—¿Por qué? ¿Acaso es mejor alimentar tu ridículo flirteo con el ama de llaves?

—No hay ningún flirteo con nadie, hermana —le aseguró él, algo molesto, pero sin llegar a rebelarse.

—Podría haberlo. Con mi amiga Lavinia, que es encantadora. ¡Oh, señor Bennet!

El mayordomo hizo una reverencia perfecta delante de la dama.

—¿Deseaba verme, señorita?

—Sí..., esto..., ahora mismo he olvidado el motivo, pero sí, quería, necesitaba..., verlo.

Robert Lindsay carraspeó sonoro. Las mejillas de su hermana se habían coloreado hasta

parecer dos ciruelas maduras y miraba al mayordomo por entre sus pestañas.

—Puede volver a sus quehaceres, si recuerdo de qué se trataba, volveré a llamarlo.

Los ojos inquietos de Gretta persiguieron la portentosa figura del señor Bennet hasta que desapareció por la puerta.

—¿Y cuándo dices que llega tu amiga?

Gretta salió a empujones del trance en el que se encontraba sumida.

—En un par de días, imagino. Depende del transporte.

—Entonces deberíamos sacar entradas para la ópera y el teatro. Y puede que fuese buena idea aceptar alguna de las invitaciones a bailes y fiestas que llegan a la casa.

—¡Oh, Robert! ¿En serio, lo harías?

—Si tenemos una invitada es nuestra obligación de cortesía hacer que se divierta. Y ahora, si me disculpas...

—¿A dónde vas?

—Tengo temas que tratar con la señora Gibbs. Temas que no admiten demora.

—Robert...

—Gretta... Que pases un buen día.

Ante la mirada incrédula de su controladora hermana, el señor Lindsay se levantó y a paso calmado abandonó el comedor.

—¡Señor Bennet! —chilló Gretta fuera de sí, apretando la servilleta con la mano crispada y los nudillos completamente blancos.

El mayordomo acudió al vuelo.

—Dígame, señorita.

—Avisé a la señora Gibbs que tengo que hablar con ella. En mi saloncito privado, en tres minutos y espero que no se retrase.

—Creo que el señor...

—Es muy urgente. La espero arriba.

—Sí, señorita.

Gretta habría subido de dos en dos los escalones si las normas sobre recato se lo hubieran permitido. Se alisó la falda, tomó asiento frente a la puerta de su gabinete, cogió un libro, lo soltó en la mesita, lo volvió a tomar e hizo como si leyera, estiró su falda por segunda vez... Llamaron a la puerta.

—¡Adelante!

—¿Quería verme, señorita Lindsay?

—En efecto, señora Gibbs. Pase y cierre.

Elinor hizo lo que le mandaban, cruzó las manos delante del regazo y esperó de pie con un leve suspiro.

—En breve llegará a la mansión una buena amiga mía, una conocida de mi antigua residencia, la señora Lavinia Widow. Quiero que preparen una habitación para ella, prevean una estancia prolongada, donde pueda disponer de todas las comodidades.

—Por supuesto, señorita. Me encargaré de ello.

—Quiero que sepa, y le hago esta confidencia para que no se llame a engaños, que es mi intención que la señora Widow y mi querido hermano entablen una saludable relación que los lleve a contraer matrimonio en fecha no muy lejana. Ella es la compañera perfecta para alguien como Robert, tiene clase, está a su altura y por desdicha, enviudó a temprana edad.

Elinor se preguntó por qué demonios estaría contándole todo aquello a ella. No obstante, fiel a su vena subversiva, su antipatía por Gretta pudo más que su prudencia.

—¿Sabe si el señor está de acuerdo con esos planes?

La mirada de Gretta fue cortante como un sable bien afilado.

—¿Cómo osas ser tan insolente?

—Solo trataba de responder a su muestra de confianza, señorita. Creo que debería usted tratar el asunto con su hermano antes de...

—¡Guárdese sus consejos! ¡No tengo por qué seguirlos! Ni siquiera debería escucharlos. Creerá que trata con una ingenua estúpida, que no me he dado cuenta de qué clase de persona es usted, está intentando seducir al señor con carantoñas a los niños, consuelo y buenas maneras.

Desde luego sería una oportunidad de oro para alguien de su posición, escalar hasta convertirse en la señora Lindsay...

—Tenga la firme seguridad de que no...

—¡No me interrumpa! No permitiré que algo así suceda. Me trasladé a esta casa para proteger la vulnerabilidad de Robert sin sospechar siquiera que estaría amenazada por alguien como usted. Doy gracias al cielo cada día por haberme iluminado. No se saldrá con la suya, señora Gibbs, ni lo sueñe. Robert se casará con alguien de su condición, no con una vulgar criada.

—Insisto en que se equivoca... —trató de defenderse Elinor, temblando de ira. Todos aquellos insultos, aquel desprecio en el tono, el rechazo que destilaba.

—Tenga por seguro que pondré toda mi voluntad en deshacerme de usted cuanto antes. Mi tía y yo la detestamos desde lo más profundo de nuestro ser, no pienso detenerme hasta convencer a mi hermano de que la solución más inteligente es prescindir de sus servicios. Cazafortunas, descarada.

Elinor apretó las mandíbulas, dispuesta a no soltar ni una sola réplica. Se limitó a atravesarla con una fría mirada que era toda una declaración de guerra.

Deslizando los ojos lejos de su rival, Gretta se atusó el lazo que adornaba su escote. Volvieron a llamar a la puerta y apareció una doncella.

—El señor pide ver a la señora Gibbs en su despacho, señorita.

El rostro de Gretta sufrió un breve espasmo. Ahuyentó a la doncella con una mano que se sacudía medio loca en el aire.

—Ándese con cuidado, señora Gibbs. No dé pasos en falso, no pienso pasarle ni una.

Elinor caminó hasta el despacho del señor Lindsay entre abatida e hirviendo de rabia. Aquella horrible mujer, ¿qué se creía? Claro que el señor Robert era un hombre atractivo y

deseable, claro que cualquier mujer se sentiría una privilegiada de poder convertirse en su esposa. Sin embargo, nada de aquello se le había pasado a Elinor por la mente. Quizá porque era consciente de su posición como miembro del servicio, porque Robert siempre había sido «su señor», porque ella adoraba a la difunta señora Lindsay y jamás se habría atrevido a mirar a su esposo con ojos de deseo.

Entró con la cabeza gacha y no la alzó en ningún momento.

—¿Señora Gibbs? Señora Gibbs, ¿se encuentra bien?

—Sí, señor —respondió con un hilo de voz—, perfectamente.

—La he mandado venir porque quería decirle..., en realidad quería sugerirle..., yo...

Robert abandonó su silla y rodeó la mesa de escritorio visiblemente nervioso. Se colocó delante de Elinor y ella, instintivamente y sin necesidad de mirarlo, retrocedió dos pasos.

—Lo que voy a proponerle quizá..., quizá le suene extraño, pero..., ¿le apetecería..., es decir, sería de su agrado..., acompañarme al teatro en alguna ocasión?

11

La llegada

Elinor levantó la cabeza como si hubiesen tirado del cuello con una cuerda.

—¡Señor! ¿Al teatro..., usted y yo juntos? ¿Cómo se le ocurre?

Ruborizada hasta la raíz del oscuro cabello, llevó las puntas de los dedos a las mejillas que le quemaban, reacción muy poco habitual en una persona con un pasado temerario como ella. Robert trató de tocarla, si bien a mitad de camino dejó caer el brazo a un costado, como si se hubiera arrepentido del impulso.

—Siento si la he ofendido, señora Gibbs, le ruego que me perdone, no era mi intención...

—No me ha ofendido, señor —aclaró Elinor con voz estrangulada—, ¿cómo iba a ofenderme? Es solo que... sería algo impensable, de lo más improcedente.

—¿Porque soy el dueño de esta casa y usted mi ama de llaves?

—Evidentemente, señor. No podemos..., nadie debería vernos juntos bajo ningún concepto fuera de las discusiones sobre asuntos domésticos que, por cierto, viene asumiendo su hermana.

Con un paso ansioso, Robert avanzó en su dirección. Pero antes de que llegase a su lado, Elinor se replegó tomando distancia. Para él fue como una advertencia sin palabras que lo abochornó. Estaba permitiendo que sus pasiones aplastaran su virtud, el decoro que como caballero debía a toda dama. La culpa la tenía Gretta, la caprichosa e irresponsable Gretta que,

con sus persistentes insinuaciones, su obsesiva fijeza, había logrado que él tomase conciencia del glorioso valor de la mujer con la que convivía.

Ahora ya no era capaz de pasarlo por alto.

—Tiene usted un corazón por el que muchos aristócratas matarían, señora Gibbs. Es joven y hermosa...

—¿Hermosa? —se extrañó Elinor, teniendo en cuenta que el señor Lindsay jamás había visto su apariencia real, escondida tras aquel medio disfraz, el pelo recogido tirante y anticuado, el horroroso vestido negro de sirvienta, el rostro blanqueado y las gafas falsas.

—Hermosa a mis ojos, sí, lo confieso —admitió Robert, abriendo de par en par el alma —, que soy capaz de ver más allá y admiro sus talentos, la bondad de sus actos, su generosidad.

—Señor, se lo ruego...

—Sé que estoy comportándome de un modo indecoroso, que mis frases pueden parecerle atrevidas, incluso ofenderla, pero se lo juro, Elinor, por el amor que le tengo a mis hijos, que no están exentas de sinceridad. Solo lamento no haber estado más despierto y haber abierto los ojos antes respecto a lo que sentía. Quizá el peso del dolor era demasiado grande.

—Señor Lindsay, le agradezco mucho que tenga tan elevada opinión de mi persona. No obstante..., su hermana, la señorita Lindsay mandaría decapitarme antes de permitir que...

—Nadie sabrá de esta charla, tiene mi palabra. Solo nosotros dos.

Giró sobre sus talones y la miró con fijeza. Tenía unos ojos grises profundos y melancólicos. Era un hombre apuesto con un aire atormentado que no hacía sino incrementar su poder de seducción. En la mente de Elinor, mil ideas se cruzaron a endemoniada velocidad confundiéndola aún más.

—Ni siquiera le pido que me responda en este momento, solo que lo piense. Ahora que sabe lo que siento, piénselo, se lo ruego. Yo estaré aquí..., aguardando con toda la paciencia que usted merece.

Elinor no supo qué decir. Quedarse sin palabras no era algo que le sucediera con frecuencia. Tragó saliva con dificultad, hundió la barbilla contra el pecho y flexionó las rodillas

en una elegante reverencia del tipo que le había enseñado su amiga Hope. ¿Qué pretendía? ¿Demostrarle a Robert que ella también podía comportarse como una dama? ¿Debería contarle todas las veces que había acudido a bailes y fiestas vestida como una princesa, bien enojada, haciéndose pasar por una tal lady Mary Wildmore que ni siquiera existía? ¿Llegaría el momento de confesar que había sido ladrona en compañía de cuatro nobles de la alta sociedad que se aburrían mortalmente y necesitaban acción en sus vidas?

Eso no podía salir jamás de sus labios, no solo estaría traicionándose a sí misma, eso era lo de menos, las estaría delatando a ellas, a las ladies, algo radicalmente prohibido.

Mirándola, Robert Lindsay comprendió que la joven se sentía incómoda.

—Puede retirarse, señora Gibbs, le agradezco el que me haya escuchado con tanta benevolencia —repuso con una humildad que encogió el corazón de Elinor.

—No hay de qué, señor —respondió con un hilo de voz.

Debido a los preparativos para recibir a la señora Lavinia Widow, el trabajo se multiplicó en la mansión. La interminable ristra de exigencias de Gretta Lindsay se multiplicó por cuatro y la casa fue engalanada como si quien los visitaba fuera la reina madre en persona. El desbarajuste de tanto follón y los continuos encuentros con Richard Bennet, que se la quedaba mirando de un modo muy perturbador antes de sacudir la cabeza y seguir adelante como si no la hubiese visto, no permitieron a Elinor meditar demasiado acerca de la propuesta del señor Lindsay. Una palabra resumía bastante bien su estado de ánimo: estaba enredada, confusa, no entendía lo que sentía, si es que sentía algo.

Por fin llegó el gran día, el carruaje que traía a la señora Widow y sus cientos de bultos y baúles se detuvo ante la puerta de la mansión Lindsay y Gretta ordenó que todos los miembros del servicio la recibieran de pie, en la entrada, tal que escuadrón de soldados listos para pasar revista.

Del coche bajó una joven cuyo rostro angelical recordaba bastante al de Gretta. Sus bucles castaños, suaves y brillantes, delicadamente peinados, enmarcaban unas mejillas aristocráticamente pálidas, una boca rosada y pequeña, y unos ojos del color del café. Sus ropajes, aun siendo de viaje, eran suntuosos y de buena calidad.

—¡Mi querida Gretta! ¡Mi amiga del alma!

—¡Lavinia! ¡Por fin! ¡Cuánta falta me has hecho!

Las dos jóvenes se abrazaron alborozadas, entre risas contenidas y saltitos de histérica euforia. Robert las observaba con una afable sonrisa prendida en los labios.

—Tenía tantas ganas de poder presentarte a mi hermano... Robert, esta es la señora Lavinia Widow. Lavinia, mi queridísimo hermano, Robert Lindsay.

Lavinia se colocó frente a Robert y lo miró unos instantes directa y descaradamente a los ojos antes de alzar la mano y ofrecérsela con recato para que se la besara.

—Señora Widow, sea muy bienvenida a Londres y a nuestra humilde morada.

—Es muy amable por su parte acogerme, señor Lindsay. —La dama recibió el cumplido con gran satisfacción.

—Espero que su estancia entre nosotros le sea grata —agregó él, cumpliendo con las normas de protocolo, ofreciéndole su brazo para subir la escalinata.

Pasó por delante de todos los criados que, uno a uno, fueron inclinándose en una leve reverencia sin dignarse a mirarlos ni a esbozar la menor sonrisa. Salvo al llegar a Richard, donde sus ojos oscuros y sorprendidos se detuvieron pestañeando a toda velocidad.

—Le presento a nuestro mayordomo, el señor Bennet —la informó Robert con amabilidad— y a la señora Gibbs, nuestra ama de llaves.

La coqueta sonrisa apenas mostrada por Lavinia, la dedicó por completo a Bennet, y se borró de inmediato. Ignoró a Elinor y su intento de saludo como si en el lugar que la joven ocupaba no hubiese más que aire.

—Saludemos a la tía Violet primero, querida. Tomemos luego una taza de té y podrás cambiarte y descansar tras el viaje —parloteaba Gretta sin cesar, conforme se adentraban en el

edificio.

Richard Bennet hizo una seña a la servidumbre para que rompieran filas. Miró largamente a Elinor, sin sonreír, sin expresar nada, sin articular palabra, como solía hacer muchas veces, desconcertándola.

—Bueno, ya llegó nuestro segundo castigo —bufó entre dientes—. El Señor nos asista.

Elinor hizo lo imposible por contener la risa.

—¡Señor Bennet!

—¿No lo huele, señora Gibbs? Hay maledicencia, envidia y azufre flotando en el ambiente. Saquemos los plumeros.

12

Enemigos y amigos

—Menos mal que por fin ha llegado, señora Widow —refunfuñó Violet Lindsay—, mi sobrina estaba a punto de perder el juicio o desfallecer a causa del aburrimiento.

—No exagere, tía —la contradijo Gretta exultante—, aunque no me cabe duda de que a partir de ahora todo será mucho más entretenido. Iremos juntas a pasear al parque, asistiremos a fiestas, acudiremos a la ópera y al teatro...

—Me agoto hasta las cejas con solo imaginarlo —gimió la anciana.

La doncella terminó de servir el té en el gabinete de la señorita Violet y tras inclinarse, dejó a las tres mujeres hablando en libertad de sus cosas.

—Usted no hace falta que nos acompañe a ningún sitio, tía, estará mucho mejor y más tranquila si permanece en casa. Lavinia y yo tenemos asuntos importantes que tratar...

—¿Cómo cuáles?

Las dos jóvenes cruzaron una pícara mirada.

—Como que mi estimada amiga aproveche bien las circunstancias que van a darse e intime con mi terco hermano a fin de que, cuanto antes, Robert le pida matrimonio.

—No sé por qué no me sorprende nada de lo que tienes planeado —gruñó Violet.

—La tía Violet está de acuerdo conmigo en que hay que distanciarlo cuanto antes de esa entrometida arribista que es el ama de llaves —afirmó Gretta con resolución—. Solo verla cerca

me desquicia los nervios.

—¿Acaso el ama de llaves pretende...? —se escandalizó Lavinia con los ojos muy abiertos— ¡Qué me dices! ¿Con el señor de la casa, nada menos?

—En cuanto mi difunta cuñada nos dejó empezó a tejer su tela de araña. Imagina, un hombre solo, sensible y apenado, con tres hijos que por alguna razón que no acierto a entender le tienen cierto afecto a esa criada con delirios de grandeza... Una trampa tan sencilla como macabra.

—Debería condenarse a los infiernos solo por idearlo —aulló Lavinia, aprovechando que abría la boca para meterse un pastelillo.

—Amén, querida. No se te ocurra hablar ni ser amable con ella.

—No estaba en mi intención pensarlo siquiera —aseguró Lavinia con énfasis.

—Mientras más apartada se vea de la familia, mucho mejor.

—El que sí me ha llamado la atención por apuesto y gallardo, es el señor Bennet —reconoció Lavinia, con un destello de interés en las pupilas.

Gretta le lanzó una veloz mirada. Tan rápida como acerada.

—Sí, es un hombre muy atractivo, pero claro, no es más que un sirviente. —Suspiró fingiendo indiferencia—. Bueno, creo que debería conducirte a tu nueva alcoba para que puedas descansar un rato antes de la cena. Recuerda lo que te he dicho, nada de confianzas con esa detestable y vulgar mujer.

La cena fue toda una colección de ultrajes hacia el ama de llaves a la que trataban como si fuese invisible y a la que finalmente pidieron que abandonase la sala por no ser necesaria. A Gretta y a Lavinia no les pasó inadvertido que antes de salir, Elinor intercambiara una mirada de asentimiento con el señor que, inapropiadamente, se la devolvió.

—Esto está yendo demasiado lejos —rugió la señorita Lindsay al oído de su amiga.

Al acabar, pasaron al salón a tomar café y jugar unas cartas. En el vestíbulo, Greta decidió ausentarse unos instantes con el pretexto de ir a comprobar el estado de la tía Violet y si había cenado ya, dejando solos a su hermano y amiga, que no tuvo reparos en colgarse del brazo del dueño de la casa para caminar acaramelada hasta su destino en la sala.

—Se agarraba bien fuerte y a él se le veía francamente incómodo. —La doncella que ponía al corriente de los chismes a todo el personal en la cocina, aguantó una carcajada—. Pobre señor Lindsay.

—La señora Widow es muy bonita y está muy bien educada —opinó otra criada, dejándose caer como un fardo en una silla—, harían una buena pareja.

—¿Y aguantar sus órdenes y caprichos todo el tiempo? —se quejó la chica que preparaba té para el grupo—. Sería espantoso.

—Tendremos ocasión de comprobar si el trato de la señora Widow con el servicio es tan tiránico como el de la señorita Lindsay —terció Elinor, entrando en aquel momento. Todas se cuadraron e hicieron una reverencia—, no se alteren ni saquen conclusiones anticipadas, quizá no sea tan terrible, después de todo.

—¿Quiere té, señora Gibbs? ¿Está bien la señorita Violet?

—No entiendo esa manía repentina que le ha tomado a su doncella personal, si la trajo ella misma. Ahora no quiere que nadie la ayude para dormir y esta noche me ha tocado a mí hacerlo.

—¿A usted? —se horrorizaron las mozas.

—Sí, bueno, no tiene importancia —las tranquilizó Elinor con una sonrisa. El rugido de su estómago los calló a todos de golpe. En ese momento entraba Richard en la cocina y la joven se llevó la mano al estómago muy avergonzada—. Lo siento, no he cenado.

—¡Qué ocurrencia, con la de tiempo que se pasa en pie, corriendo de un lado para otro atendiendo a todo el mundo! —La cocinera se puso manos a la obra—. Le preparo algo ahora mismo. ¿Le apetece té o comer alguna cosa, señor Bennet?

El joven se acomodó junto al ama de llaves observándola con lo que parecía curiosidad.

—¿Por qué demonios no ha comido todavía a estas horas? Debe cuidarse o las señoritas no tendrán nadie a quien atormentar.

—No diga eso, señor Bennet, no lo diga ni en broma —rogó Elinor con gravedad.

—Bueno, no hay que ser demasiado listo para deducir que la han convertido en blanco de sus crueldades. Un poco de té estará bien, señora Hills, muchas gracias.

—La señora Gibbs empezará esta noche una novela nueva —anunció emocionada una de las pinches de cocina—. La que acabamos ayer ha sido tan emocionante...

—Primero permítanle alimentarse. ¿Quieren que toque un poco el violín mientras tanto?

Todas aplaudieron con un frenesí digno del mejor festival. Hasta Elinor y su mortal agotamiento recibieron la oferta con gran ilusión. Y pocos minutos después, mientras ella recuperaba las fuerzas con una deliciosa crema de verduras y un poco de carne asada, el mayordomo las enamoraba a todas (aún más si eso era posible) con el fruto de su arte. El ama de llaves terminó de comer y apoyó los codos sobre la mesa para deleitarse con la deliciosa música y el perfil de adonis de Richard.

De acuerdo, a ratos era un maldito cascarrabias; sin embargo, había algo en él, atrayente como un imán, tan misterioso que Elinor se sorprendió descubriendo que lo espiaba, que observaba su comportamiento para analizarlo, las muchas ocasiones en que se perdía en sí mismo, en una intensa tristeza que parecía poseerlo, tal que un maleficio. De repente se sentía intrigada, con ganas de saber más de él. No cabía duda de que en Richard latía alguna espantosa desdicha, un padecimiento del pasado que de algún modo lo había marcado a fuego para los restos.

Con una sonrisa satisfecha que agradecía los aplausos y muestras de admiración, él depositó el violín sobre la mesa y apuntó con un dedo al libro cerrado junto a Elinor.

—Su turno, señora Gibbs. Transpórtenos a otros mundos lejanos con el eco de su magnífica voz.

Sí. Realmente Richard se expresaba como un hombre culto que debía leer mucho y quizá en varios idiomas. Elinor se aclaró la garganta con una tosecilla deseando sonar etérea y

portentosa como las hadas del bosque, de las que envuelven a los hombres con su encanto y no los liberan jamás.

Acabado el capítulo del día y hechos los comentarios pertinentes, en los que él no participó, la alegre reunión empezó a disolverse. Les esperaba un buen madrugón en un puñado de horas y todas las pesadas tareas de la jornada. Los sirvientes empezaron a despedirse, incluida Elinor.

—¿Le gustaría salir un rato al jardín a tomar un poco el aire? —fue la inesperada propuesta de Richard, que por poco la hizo tropezar.

13

El jardín guarda rincones

—Los que se llaman sabios afirman que airear la mente es bueno para conciliar el sueño — afirmó Richard, caminando con los brazos a la espalda.

Elinor apretó contra sí el chal que le cubría los hombros. Decidió que, ya que la iniciativa del ratito de intimidad había partido de él y que parecía de inmejorable humor, era una oportunidad tan buena como cualquier otra para indagar un poco en su pasado.

—Si me permite, a veces lo noto ausente, señor Bennet, lo veo triste; perdone que me entrometa. ¿Se acuerda mucho de lord Boran?

Al oír el nombre del duque su expresión impenetrable se dulcificó y, para sorpresa de Elinor, no hubo freno a sus palabras.

—Bastante a menudo. Fue un hombre significativo en mi vida, más de lo que pueda expresar con palabras.

La mujer se atrevió a insistir con una pregunta que, en su día, el mayordomo se había negado a responder.

—¿Llevaba mucho tiempo a su servicio cuando ocurrió la tragedia?

—Casi seis años, aunque para mí fueron toda mi vida.

El que ahora le respondiera sin reticencia la hizo sentir mucho más cómoda.

—Es usted joven, ¿dónde había servido antes?

—Si se refiere a en qué casa, señora Gibbs, no había sido mayordomo antes en toda mi vida. Su excelencia tuvo a bien ofrecerme el puesto y formarme para que lo desempeñara dignamente.

—¿Puedo preguntar..., a qué...?

Richard realizó un movimiento estratégico antes de que Elinor le preguntase por sus anteriores dedicaciones. Su incipiente confianza tenía un límite y no era algo de lo que le apeteciese dar detalles en aquel instante.

—¿Y usted, señora Gibbs? ¿Cómo llega una belleza como usted a convertirse en ama de llaves?

Elinor arqueó las cejas oscuras, atónita ante la pregunta.

—Me permito recordarle que ahora que nuestra relación es más amigable, debería tenerme usted cierto aprecio, de modo que le ruego que no se burle... —solicitó Elinor, recordando los muchos elogios que había recibido en su papel de Mary Wildmore, pero en lo escasamente creíble que sonaban si se los dedicaban a la áspera señora Gibbs.

Bennet se detuvo justo al pie del sicomoro. Quedaron frente a frente y cuando ella intentó dirigirse al banco para tomar asiento, él se lo impidió asiéndola de un brazo.

—Quítese esas horribles gafas o al menos explíqueme por qué las lleva.

Elinor permaneció boquiabierta de estupor.

—O si lo prefiere, suelte ese cabello brillante y sedoso como el ónix, permítanos disfrutar del ardor de sus ojos verdes. Es usted hermosa, Elinor, aunque haga todo lo posible por impedir que se note.

Los labios de Elinor se despegaron jugosos con la intención de replicar, de inventar algún embuste que la sacara con bien del aprieto. Pero no se le ocurrió nada: al parecer, Richard había mirado mucho más al interior que cualquier otra persona y sin dificultad, la había descubierto. Ni siquiera la avispada e inteligente Hope había sido tan rápida.

—¿Por qué será que tengo la impresión de que trata usted de adularme al tiempo que

esquiva mi curiosidad?

En efecto, eso es lo que hacía. No obstante, la habilidad de Richard salió a relucir mucho más abiertamente cuando respondió:

—¿Por afirmar algo que todo el mundo podría ver..., si usted lo permitiera? —Su tono fue tan aterciopelado y envolvente, su mirada tan intensa y fija, que el corazón de Elinor dio un vuelco.

—Seguramente solo trato de asemejarme a lo que se espera de un ama de llaves y no buscarme problemas, señor Bennet. De nada serviría ir por ahí pavoneándome, fingiendo ser lo que no soy, o apegarme a vestimentas fastuosas y poco prácticas, impropias de una empleada. Me contento con lo que tengo.

—Me cuesta creerlo.

—Eso es porque no conoce lo suficiente mi labor recta y concienzuda en esta casa. Usted es tan solitario, a lo mejor ignora el valor de un auténtico compañero.

—¿Eso le parece?

—Es lo que transmite. Disculpe si me equivoco, si como una vez me acusó, saco conclusiones precipitadas y sin base. Se niega a dar detalles respecto de su pasado y brilla en sus ojos esa chispa de melancolía...

—¿Y qué me dice de usted, Elinor Gibbs? También es una solitaria, ¿de dónde y por qué surge esta dama tan peculiar, tan poco corriente?

—Puede que parezca otra cosa, sin embargo no soy más que una sirvienta con un poco de lustre. —Inclinó humilde la cabeza—. De mi pasado hay poco que contar, carece por completo de interés. Mi pobre madre tuvo la desgracia de quedarse viuda con cuatro hijos que sacar adelante y en cuanto tuve edad suficiente me puse a servir.

—No tiene usted porte de criada, en absoluto, más bien parece una dama. Y de las de alcurnia, una dama de las que merecen.

—Eso debieron de pensar mis señores, los ancianos condes de Cavendish. Se empeñaron en hacer de mí un ama de llaves modélica. Y a su fallecimiento vine a esta casa, igual que usted.

—Igual que yo —repitió Richard como en un eco.

—Y desde entonces. He visto crecer a esos niños y los adoro, como si fueran de mi propia familia. La señora, que en paz descanse, era magnífica, un ángel, debería usted haberla conocido. En cuanto al señor...

Él parpadeó interesado.

—¿Qué le sucede al señor?

—Me rompe el corazón verlo en su estado. Tan embebido en los negocios... Siempre les dedicó mucho tiempo, pero ahora es como si hubiese perdido las ganas de vivir, como si solo sobreviviera por inercia en bien de sus hijos.

—¿Y piensa que usted podría ayudarlo a recuperar esa..., alegría? —quiso saber Richard, con intención.

Elinor levantó los ojos entre sorprendida y molesta.

—¿Otro con el mismo pensamiento? ¿Por qué demonios todos piensan que yo busco algo con el señor?

—Compruebo entonces que no soy el único. —La deseable boca de Richard esbozó una triste sonrisa torcida—. Será porque lo vemos plausible, o que pensamos que forman buena pareja o que usted, siendo como es, le haría mucho bien. Quién sabe. Lo que me interesa es lo que siente usted.

—Bobadas. ¿Cree ni por un instante que alguien como el señor Lindsay se interesaría por su criada?

—Me permito recordarle, una vez más, que hasta en la servidumbre hay jerarquías y que definirse a usted misma como criada, no le hace justicia. Quizá vaya más allá de una relación señor-empleada, quizá se trate solo de la atracción de un hombre inteligente que no está ciego, por una mujer maravillosa capaz de hacerlo dichoso.

El pecho de Elinor se agitó con un jadeo entrecortado. La idea de verse como una mujer valiosa y deseable a juicio de Richard sonaba tan agradable... Y que sus labios lo contasen era un regalo del cielo. Lo miró como si acabara de conocerlo.

—Gracias. Por mirarme con tan buenos ojos.

—No me ha contestado —exigió él, con suavidad—. ¿Siente algo por el señor Lindsay?

Con un suspiro y el pulso acelerado, Elinor se puso en pie y carraspeó.

—Le ruego que no me haga preguntas tan indiscretas, señor mío.

Richard Bennet continuaba mirándola con aquella sonrisa peligrosa bailándole en los labios y una respuesta que no llegó a brotar le palpitó en la garganta.

—Apuesto mi honorabilidad a que siempre ha querido algo más en la vida —susurró él, sondeándola como si quisiera leer en su interior.

—Se confunde, de punta a punta. Ya le he dicho que soy feliz con lo que tengo, las posesiones materiales no me quitan el sueño.

—Quizá no estemos hablando de las mismas cosas.

Llegó un momento en que Elinor no pudo soportar más la presión de aquella mirada deslizándosele bajo la piel, tanteando sus sentimientos y sus más ocultas emociones como dedos mojados en miel. Se puso en pie de un salto y se alisó la falda con un deje casi histérico.

—Lamento irme, tengo asuntos que tratar con la señora Hills. Si no surgen mayores problemas, lo veré mañana, a la hora del desayuno.

—¡Señora Gibbs! ¡Señora Gibbs!

El ama de llaves estaba sentada ante la mesa de la cocina con un apetitoso tazón de caldo entre las manos. Acababa de sentarse por primera vez en más de nueve horas de faena continua y la estridencia de los gritos le perforó el cráneo como algo punzante.

—¿Qué tripa se le ha roto ahora a la señorita Lindsay? —masculló entre dientes.

—No se trata de la señorita, se trata de mí, señora Gibbs, de algo que he hecho...

—Bien, habla entonces, Fany.

La desencajada muchacha no lograba serenarse. Parecía a punto de aullar o de llorar o de echar a correr despavorida.

—¡Ay, señora Gibbs! ¡Señora Gibbs! Tengo que contarle... Es que no sé si he hecho bien.

—Deja de temblar y de retorcerte las manos. Limítate a respirar y a empezar por el principio. ¿Qué ha pasado?

—Verá usted, hoy vinieron tres hombres..., buscando al señor Bennet.

Todo el personal reunido en la cocina contuvo la respiración.

—¿Tres hombres?

—Con una pinta rara, señora. Dos de ellos parecían policías. El otro... El otro bien podía

ser un abogado o juez o algo así.

—¿Qué podrían querer dos policías del señor Bennet? —se extrañó la cocinera, entornando los ojos.

—¿Estás segura de que lo eran? —insistió Elinor con el tono un poco agudo.

—No, señora, solo que lo parecían.

—¿Y qué te preguntaron? ¿Qué les dijiste? —interrogó el ama de llaves, empezando a desesperarse.

—Me preguntaron si sabía del paradero del antiguo sirviente del duque, en la casa al final de la calle, la que se quemó. Les dije que no, que no habíamos vuelto a verlo.

Elinor, la señora Hills, las criadas, un lacayo presente... Todos se miraron con asombro. La muchacha causante del incidente volvió a lloriquear.

—¿Hice mal, señora Gibbs? Es que me pareció que querían inculparlo en el incendio, por eso mentí, para protegerlo.

Y se echó a llorar con desconsuelo. Mientras la robusta señora Hills la consolaba, Elinor pensó que era de esperar, cualquier componente femenino de aquella mansión jamás permitiría, si podía evitarlo, que se perjudicara a Richard Bennet.

—Sería tan injusto que culparan al señor Bennet de algo que no hizo, ¿verdad? —gimoteó la chiquilla.

Se extendió un cuchicheo de conformidad general.

—Él arriesgó su vida para salvar al duque —les recordó otra criada con los ojos empañados—, lo sacó respirando de entre las llamas.

Elinor sacudió la cabeza.

—Hiciste bien, Fany, deja de llorar.

—¡Señor Bennet!

La exclamación de la cocinera hizo que todos se girasen hacia la puerta. El mayordomo estaba allí, de pie, rígido y muy serio, escuchándolo todo desde solo Dios sabía cuándo.

—Nos ha oído, señor Bennet —musitó Elinor, con un nudo en la garganta—. ¿Está de

acuerdo con cómo se ha llevado el asunto?

A duras penas, él esbozó una sonrisa.

—Gracias —murmuró pasados unos instantes.

—Yo pondré al tanto al señor Lindsay. Supongo que tal y como están las cosas sería conveniente que durante unos meses no asomara mucho por ninguna parte. Instruya a un lacayo para que se ocupe de abrir la puerta y recibir a las visitas en nombre de la familia para que nadie lo vea ni pueda reconocerlo.

—Las señoritas pondrán el grito en el cielo —se temió la cocinera.

—Me consta. Por eso solo lo sabrá el señor. Sean discretos.

Ya había pasado la hora del té cuando Elinor, que llevaba largo rato preguntando por el mayordomo sin localizarlo, salió al jardín a respirar un poco de aire fresco y a aclarar sus ideas. Le dolía terriblemente la cabeza, la señorita Gretta y la señora Lavinia acudían esa noche a un estreno teatral y tenían al servicio de habitaciones medio desquiciado con el desbarajuste y sus histéricos requerimientos en cuanto al atuendo, el peinado y las joyas. La joven sintió una profunda compasión por el señor Lindsay que las soportaría toda la velada en solitario, sin apoyos de ninguna clase.

Claro que eso no era todo: Richard Bennet. Tenía a toda costa que descubrir qué ocultaba.

La temperatura era tan amable que, con solo sentir la brisa en el rostro, Elinor fue más feliz. Caminó por el sendero que llevaba a su rincón favorito, el del viejo banco bajo el sicomoro, sin embargo, lo encontró ocupado: Richard estaba allí sentado, con los codos apoyados en las rodillas, la cabeza hundida entre las piernas y era la viva imagen del desconsuelo. Ella consiguió llegar haciendo tan poco ruido que lo sorprendió.

—¿Se encuentra bien, señor Bennet? ¿Ha sucedido algo que yo deba saber?

Él alzó vivamente la cabeza y se apresuró a secar las lágrimas que rodaban por su rostro. Enrojecidos por el llanto, sus iris del color de la plata eran aún más hipnóticos y visibles. Negó con la cabeza sin despegar los labios.

—¿Le importa que me siente?

—No, Elinor, por favor, tome asiento. Me vendrá bien su compañía.

—¿Está preocupado por la visita de esos hombres?

Él sonrió con dolor y la vista fija en ninguna parte.

—Veo que va directa al grano. Sí, he de reconocer que algo de eso hay en mi ánimo quebrantado.

—Si desea... desahogarse, dejarlo salir. Me tienen por buena escuchante.

—Que alguien pueda siquiera imaginar que levante un dedo para dañar al duque, me parte el corazón y me ofende en igual medida. Ese hombre es..., fue lo más importante que tengo en mi vida. No como un padre, mucho más que un padre. Me sacó del hospital de caridad donde estaba encerrado desde que perdí la memoria y me regaló una vida, algo parecido a una familia, un hogar..., recuerdos.

A Elinor se le secó la garganta de repente.

—¿Un hospital? ¿Qué le paso?

—Padezco una rara enfermedad, amnesia creo que la llaman. Carezco de recuerdos más allá de lord Boran. No sé cómo me llamo realmente, ni quién soy. De dónde vengo, quién es mi familia, si soy un hombre honrado o un criminal peligroso. Ignoro el motivo de entender idiomas que ni sé de dónde provienen, que pueda leer música, que sepa tocar el violín y el piano... — Giró hacia ella sus atormentados ojos—. ¿Cuándo aprendí? ¿Quién me enseñó? ¿A qué me dedicaba? ¿Puede imaginar un calvario peor?

—¿Estaba en el hospicio?

—Debieron de encontrarme tirado en la calle, al menos eso me dijeron. Medio muerto y sin un penique en el bolsillo. Nadie me conocía, nadie supo de mí, nadie me reclamó. Y allí me quedé hasta que el duque, benefactor del hospital de caridad, se interesó por mi caso.

Elinor se llevó la mano a los labios, impresionada por la terrible historia. El misterioso proceder de Richard Bennet pudo hacerle sospechar muchas cosas, pero nunca supuso algo así.

—¿Y si ha vuelto a pasar? —lo oyó preguntar, con voz ronca.

—¿Qué quiere decir?

—¿Y si han vuelto a borrarse los recuerdos de mi memoria, pero fui responsable de ese incendio? ¿Y si quemé la mansión de lord Boran aunque no consiga recordarlo? ¿Y si no soy alguien en quien se pueda confiar?

Sin pensar en lo que hacía, Elinor abrió los brazos y Richard se refugió en ellos, igual que un niño convulso bajo un llanto silencioso y amargo. Los dedos de ella volaron sin permiso a la nuca y acariciaron su pelo.

—No diga eso, Richard, es usted una buena persona, lo es, no le quepa duda. Se sacrificó, expuso su vida por salvar a su excelencia de las llamas. ¿Cómo lo habría pensado siquiera de ser alguien infame?

—Mi vida pasada es un borrón, un vacío que no contiene nada.

—Crearé nuevos recuerdos —trató de consolarlo ella— y puede que algún día, lo que se fue de ese modo extraño, regrese de forma prodigiosa. Tenga fe, no pierda la esperanza.

Elinor aspiró su olor. Richard se dejó envolver por el de ella. Estaban tan cerca, tan inconvenientemente cerca, que con solo quererlo sus labios se unirían en una caricia con la que ya habían soñado por separado.

Y es que sus ojos verdes lo tenían atrapado sin remedio. De haber podido elegir se habría zafado de sus encantos, del poder hechicero de sus movimientos, del modo en que te miraba al hablar, del cómo movía las manos, de su carácter seguro y desafiante. Pero no había podido, todo en ella lo provocaba de un modo insoportable y empezaba a tenerlo cautivo.

Todavía con los ojos húmedos, al mirarla se le escapó una sonrisa.

—Me gusta usted, Elinor, ¿puedo llamarla Elinor? Me gusta la persona que esconde bajo tantas capas de sonrisas fingidas. No la que muestra, la que oculta.

—Fue magistral, inolvidable, qué drama tan desgarrador, ¿verdad, querida? —La señorita Lindsay parecía dispuesta a volverlos locos a todos aquella mañana durante el desayuno con su imparable verborrea—. Y nuestra querida amiga Lavinia era, sin duda, la muchacha más bonita de los palcos, ¿no te lo pareció, hermano?

Con un imperceptible suspiro, Robert sonrió asintiendo, al tiempo que tomaba un panecillo. Las mejillas de Lavinia se sonrojaron de placer.

—Espero que hayas puesto a nuestra invitada al tanto de las medidas temporales adoptadas para..., proteger al señor Bennet —irrumpió Robert, girando el rumbo de la conversación hacia derroteros menos comprometidos a nivel personal—. No se trata de nada grave ni importante, señora Widow, no tiene de qué preocuparse. Simplemente estén avisadas y no se sorprenda si un lacayo sustituye a nuestro mayordomo en ciertas tareas...

—¡No lo comprendo! —Gretta soltó un alarido apenas contenido— ¿Por qué razón tendría la familia que verse afectada por respaldar a un simple criado?

—Gretta, santo cielo...

—¿Y si ha hecho algo realmente malo?

—Por ese lado puedes estar tranquila, hermana, el señor Bennet es intachable...

—Querida, si Robert lo ha decidido debe de ser lo más conveniente. Él nunca se equivoca

—intervino Lavinia, poniendo coto a los terrores de su amiga con voz melosa.

—¡Es una molestia! Y si viene gente importante a visitarnos no les gustará ser recibidos por un simple lacayo. —Gretta desvió la mirada hacia el dueño de la casa— ¡Esas medidas que tú consideras faltas de importancia pueden arruinar nuestra reputación!

—No seas drástica, querida hermana —la serenó Robert sin perder la calma—, he dejado muy claro que se trata de una situación pasajera. Pronto volveremos a la normalidad.

—Aun así... —insistió ella, terca.

Su hermano decidió entonces propinar lo que consideraba un golpe bajo pero imprescindible.

—Vaya, qué contrariedad, y yo que pensé que el señor Bennet era de tu agrado.

La intención en su tono hizo que Gretta diese un respingo y su rostro se coloreara con violencia.

—Sí, bueno..., es muy eficiente, sabe lo que hace. Considero que bajo su mando la casa marcha como es debido, pero... ¡Robert! ¿Qué intentas insinuar?

Toda la atención de Robert se concentró en su taza de té. Solo una leve sonrisa apareció por el borde de su comisura, delatándolo.

—Absolutamente nada, hermana, no te alteres. ¿No has logrado convencer a la tía Violet para que baje a la mesa?

Gretta parecía poseída por los demonios.

—¡No tengo tiempo para ocuparme de la tía Violet! ¡Fany!

La joven criada acudió a la carrera con una mueca de espanto en la cara.

—¿Qué manda la señorita?

—¿No dispuse claramente que cambiaran esta vajilla por la de porcelana azul?

—Señorita...

—¡Señorita, nada! —La palma de la mano de Gretta, con la servilleta enrollada en los nudillos, se estampó con furia contra la mesa— ¿Por qué no se han cumplido mis órdenes?

—La señora Gibbs siempre nos dice...

—¡Olvídense de las instrucciones de la señora Gibbs! ¡Les dije que a partir de ahora seré yo la que tome las decisiones en cuanto a la casa!

—Sí, señorita Lindsay. Voy corriendo a decir que la cambien.

La moza hizo un par de torpes reverencias muy seguidas y desapareció como una flecha.

—Quiero un listado completo de las normas del ama de llaves, pienso cambiarlas todas.

Robert la miró sin entender.

—¿Cuál es la razón, si puede saberse? Hemos funcionado de maravilla desde que entró a nuestro servicio, ni siquiera mi esposa interfirió en las decisiones de la señora Gibbs porque todas las considerábamos acertadas.

Gretta desafió a Robert con unas pupilas duras como el hierro helado.

—Nada se mantiene en el tiempo de manera permanente, hermano, las cosas evolucionan y cambian.

Lavinia quiso poner fin a la discusión, apoyando una lánguida mano en el antebrazo de su anfitrión, puede que saturada de gritos y amenazas veladas.

—Robert, ¿me acompañará esta tarde al parque? Me muero por conocer esos rincones románticos de Hyde Park de los que todos hablan, y por ver los crocus que ya deben de estar florecidos.

Robert dudó un instante. No quería parecer grosero, sin embargo, no le dijo que sí enseguida. Lavinia le sacudió un poquito el brazo.

—¡Vamos, Robert! No se haga de rogar. Le vendrá bien caminar y hablar de naderías, le despejará la mente.

Fany llegó llorando a la cocina. La señora Hills y las otras muchachas se apresuraron a rodearla.

—¿Otra vez? ¿Qué diablos te sucede? ¿Por qué te la pasas últimamente lloriqueando?

—La señorita Lindsay quiere volvernos locos a todos. No hace más que cambiar las normas de la señora Gibbs, si descubre que ha indicado algo, ella le da la vuelta.

—Solo para fastidiar —corroboró la otra ayudante.

—En la lista de la compra que me ha entregado para la semana no hay más que ingredientes de los que provocan alergias a la señora Gibbs. Ya saben, esos que cuando los come le llenan el cuerpo de ronchas y picores, como una urticaria —farfulló enfadada, la cocinera—. No dispongo de dinero para nada más, salvo que el señor Bennet tenga un fondo reservado para imprevistos, la pobre señora Gibbs se tendrá que contentar con un poco de arroz y unos huevos cocidos.

—¿Acaso la señorita conoce de sus problemas?

—No lo sé, ¿pero no les parece mucha casualidad? Ha podido averiguarlo preguntando a cualquier lacayo, son bastante tontos y no saben tener quieta la lengua. O al señor, ha podido preguntarle al señor.

—Es muy malvada —exclamó Fany con horror— ¿Lo saben la señora Gibbs y el señor Bennet?

—No he tenido más remedio que ponerlos al corriente —suspiró la anciana mujer—, no podía exponerme a que la señora Gibbs comiese algo y se nos enfermara.

—Qué pesadilla de mujer.

—Es la hermana del señor, no hay nada que podamos hacer.

—Sería un buen momento para que la señora Gibbs pasara unos días en casa de la señorita Smith..., quiero decir, de la marquesa, con los niños. Así la señorita Lindsay podría tranquilizarse y a lo mejor se le borran las malas ideas de la cabeza.

—La señora Gibbs no quiere marcharse ahora —les informó Fany.

Todos los presentes miraron a la muchacha con un signo de interrogación pintado en la cara.

—¿Por qué no?

Fany se encogió de hombros.

—¿Le dará pena dejarnos sin nuestra lectura de por las noches?

La cocinera tenía su propia versión del asunto.

—O le dará pena el señor, solo y sin nadie que lo defienda frente a esas dos malas pécoras. ¿Habéis notado cómo se le pega la señora Widow?

—Es una descarada.

—Y lo ha forzado a que esta tarde la lleve al parque. ¿Qué te apuestas que se saca cualquier excusa de la manga para acudir sin chaperón y poder coquetear a gusto?

—¿Quería verme, señorita Violet? —Elinor obedeció la señal de la anciana para que se adentrara en el gabinete.

—Más que verla quería que retirara el servicio de té. He acabado.

Elinor no se molestó en ofenderse ante una tarea que claramente no le correspondía. Se limitó a colocar las piezas de porcelana en la bandeja bajo la severa inspección de Violet. El bastón de la anciana, que golpeaba rítmicamente el suelo, estaba a punto de volverla loca.

—Apenas ha probado las galletas —observó con tono alegre.

—Señora Gibbs, ¿no tiene nada que decirme?

Elinor dejó lo que tenía entre manos y la miró sin entender.

—¿Cómo piensa defenderse de esas dos?

—¡Señorita Violet!

—Mi sobrina me ha hecho la vida imposible mintiendo a diestro y siniestro hasta que tomé la determinación de dejar de mezclarme con la familia, sobre todo con ella. Pero eso no significa que no me entere de todo lo que trama.

—Pensé que se llevaban ustedes..., bien —tartamudeó Elinor, muy sorprendida.

—Se negó a asistir al funeral de la pobre esposa de Robert y me culpó a mí con toda la desfachatez del mundo. Así lo hace todo, es retorcida como una serpiente hambrienta, una

artimaña tras otra. Y ahora, para colmo, esa odiosa amiga suya que viene a sacar tajada de la situación. No me andaré con rodeos, señora Gibbs, ¿puedo pedirle un favor?

A Elinor le costó reaccionar.

—Sí, claro, lo que desee...

—Proteja a mi sobrino, se lo ruego. Sálvelo de esas mujeres.

—Pero ¿qué puedo hacer yo?

La anciana señorita Lindsay la miró fijamente a los ojos. De repente, sus pupilas parecían insufladas del valor de un bravo guerrero.

—Cásese con él. Robert lo está deseando.

16

El plan de Hope

—Y yo que pensaba que ahora, sin mí y sin las ladies, tu vida volvía a ser aburrida...

—¡No te burles! —Con la mano libre, Elinor le arrojó a su amiga un suave cojín de plumas a la cabeza. Sin parar de reír, Hope lo agarró al vuelo—. Las arpías han hecho de su rutina un ir y venir de bailes y teatros sin descanso, me las restriegan por la cara cada vez que tienen ocasión y lo peor, vuelven de fiesta a las tantas y me sacan de la cama sin la menor consideración para que les ponga comida por delante —se quejó con un cómico gimoteo—. Encima pretenden pasar por caritativas cuando dicen que prefieren molestarme a mí «porque la pobre cocinera está tan mayor...»

—Santo cristo, hay más criados en esa casa —se escandalizó la marquesa dejando a un lado las mofas—, son realmente despiadadas.

—Lo son. Y haga lo que haga, todo empeora sin parar, apenas si me dejan un instante a solas con el señor Lindsay. —El bebé que Elinor sostenía amorosa entre los brazos emitió unos deliciosos ruiditos y la joven le hizo una carantoña — ¡Por todos los santos, Hope! Tu hijo es una monada, mira qué morritos...

La feliz madre sonrió ancha y orgullosa.

—¿Y qué piensas de la insólita petición que te ha dedicado la tía de los Lindsay?

Elinor tomó una bocanada de aire, confusa.

—Me parece... un despropósito.

—Siempre pensé que el señor Lindsay no te era indiferente. ¿Jamás aceptarías casarte con él? —indagó Hope, muy intrigada en el fondo.

—No es eso, en otras circunstancias sí lo haría, al menos me lo plantearía, es solo que...

—Hay otro que te gusta más —adivinó la marquesa sin necesidad de muchos datos— ¿El mayordomo guapo y misterioso?

—Hope, santo cielo... —Elinor puso los ojos en blanco, desesperada.

—No me lo estás contando todo, lo sé, te conozco.

—No puedo contarte algo que ni siquiera yo entiendo. El señor Lindsay me agrada, aunque también me inspira una profunda compasión, lo veo tan frágil y desamparado... No sé si todo eso pueda confundirse con el amor y me da igual, puede que no lo ame pero me importe, aún tengo que averiguarlo. De lo que sí tengo certeza es de que esa mujer horrible no le conviene. Y no pararé hasta verla desistir de su sucio propósito.

—Muy honorable por tu parte. ¿Y el mayordomo tentador?

Elinor anticipó su respuesta con un bufido.

—Richard Bennet es un enigma en sí mismo. Tengo que averiguar de dónde viene, si está mintiendo. Iré al hospital de la caridad, preguntaré...

—Pienso acompañarte.

—Te lo agradezco, no obstante, preferiría no llamar demasiado la atención, recuerda que tú ahora eres marquesa.

—En efecto, un título abre muchas puertas, no lo dudes. Quieres ayudarlo y te entiendo. Yo pretendo ayudarte a ti.

Elinor levantó unos ojos húmedos llenos de pesar.

—No lo niego, desearía ayudarlo a comprender su pasado, pero también... ¡Oh, Hope! También necesito saber si es una buena persona, me lo parece, aunque quién sabe, querría..., querría saber... ¿Soy retorcida por necesitar un mínimo de seguridad?

Hope la miró con cariño, abrió los brazos y Elinor y el bebé se acurrucaron en ellos, contra su pecho. Hope les besó la cabeza alternativamente a una y otro.

—Qué vas a ser retorcida, es normal que quieras averiguar todo lo posible acerca de un hombre por el que empiezas a sentir cosas.

Elinor se irguió de un tirón.

—Algo que no me impedirá continuar con mi propósito en relación con el señor Lindsay.

—¿También hay... cosas en esa dirección? —quiso saber Hope, picarona. Agitó una mano en el aire pidiéndole callar cuando ni siquiera había hablado—. No me digas nada, no hace falta, ni siquiera lo sabes. A eso le llamo yo torbellino de emociones.

Elinor estuvo a punto de romper a llorar por culpa de la presión. Todo lo que retenía dentro, lo que no se contaba a sí misma, lo que no llegaba a entender, le estaba provocando un sufrimiento y un dolor casi físicos.

—No puedes competir contra la señora Widow cuando tú no puedes acudir a esos bailes, estrenos y reuniones, y ella sí. —La decidida voz de Hope la arrancó de sus ensoñaciones—. Antes de que nos demos cuenta tendrá al señor Lindsay atrapado en su red de araña perversa.

—Por encima de mi cadáver —sentenció Elinor con los puños apretados.

Hope abrió los ojos con desmesura y ladeó de un modo simpático la cabeza buscando la cara de Elinor.

—¡Oh, oh, amiga! Tanta vehemencia me produce zozobra...

—Es increíble el modo absurdo en que los hombres educados se dejan embaucar por una cara bonita y unas buenas maneras. Me enerva que la señorita Lindsay siempre se salga con la suya.

—Robert Lindsay es un hombre bondadoso, tienes razón.

—Y eso es una debilidad terrible que lo ablanda frente a las argucias de esas dos.

—Lo que yo llamaría una presa fácil.

—Todo lo contrario de nuestro escurridizo señor Bennet, a quien probablemente sea imposible cazar —musitó Elinor entre dientes, más para sí que para su amiga.

La marquesa de Heallford se había puesto en pie alertada por unos ruidos procedentes del exterior. Miró un segundo por la ventana y apuntó con el dedo, sonriendo.

—Ya vuelven los niños. Les encanta pasear hasta el bosque y cruzar el lago con las barquitas, lo han hecho casi a diario desde que llegaron. No te los lleves aún, son adorables y los echaba tanto de menos...

Elinor se colocó a su lado y atisbó también al cantarín grupo que regresaba con las mejillas saludables y medio bailando.

—¿Quién viene con ellos?

—Es la señorita Nola Lamber, nuestra invitada.

—¿Una invitada? ¿Especial? ¿Tengo que ponerme celosa?

—No digas tonterías, querida, tú siempre serás mi Elinor del alma, mi medio hermana. La señorita Lamber es una rica y exótica heredera nacida en la isla de Antigua. Trabamos amistad con su familia durante la expedición..., ya sabes, en busca del tesoro, el proyecto de vida de mi querido esposo —explicó bajando la voz hasta convertirla en un susurro confidencial—. Es una jovencita encantadora y su padre estuvo de acuerdo en que debía venir a conocer Londres y... ¿quién sabe? Quizá enamorarse y casarse con alguien a su altura. Sin embargo, y aunque nunca presumimos que fuese dócil y tontorrón, se nos ha revelado como una damita la mar de independiente y mucho más aventurera de lo que jamás pueda imaginar su padre, ni en sus más horrendas pesadillas.

—Esa definición me recuerda mucho a nosotras mismas —rio Elinor, encantada con la historia— ¿Qué se ha atrevido a hacer?

—¡Oh, sí, no lo dudes! ¡Nola es de las nuestras! Te llevarás muy bien con ella. Ha decidido que quiere conocer la isla de punta a punta y por su cuenta. No he podido presentártela hasta ahora porque ha estado en Bath, con la sola compañía de su doncella, tomando las aguas tan ricamente.

—Me gusta esa chica.

—Y en dos días parte para Edimburgo. Está decidida a no dejar piedra sin levantar en las tierras de Escocia.

—Qué vida tan excitante...

—Y respaldada por una fortuna de casi ciento cincuenta mil libras —informó Hope meneando la cabeza.

Elinor ahogó un gemido de admiración.

—La envidio fuerte y terriblemente.

—¿Se te ha ocurrido contar tu propio dinero? Creo que deberías hacerlo, te llevarás una sorpresa, señora ricachona. A propósito de fortunas, tengo algo para ti, algo que traje de nuestro..., viaje.

—¡Señora Gibbs, señora Gibbs!

Los tres niños Lindsay se adentraron como una tromba en el salón y se arrojaron a los brazos del ama de llaves que tuvo el tiempo justo para pasar el bebé al cuidado de su madre. Elinor respondió a su efusividad con abrazos y revoltijos de pelo.

—Mis niños queridos, cuánto os hemos echado de menos.

—¿Está bien papá? —preguntó Lilian, la mayor, con aires de señorita ilustrada.

—Sí, lo está, ¿por qué me lo preguntas?

—Porque si es así, preferimos quedarnos —aclaró Robert. La pequeña Magda asintió con brío—. No nos retrasaremos en nuestras lecciones, estudiamos cada día, a lady Heallford le gustaría y nosotros...

—No soportamos a la tía Greta —resumió Lilian con los labios apretados.

—Ni a su horrible amiga Lavinia.

—Nos tienen todo el día encerrados en nuestros dormitorios —se quejó Robert, con las cejitas juntas.

El asombro de Elinor se vio interrumpido por una risa fresca y juvenil procedente de la chica que acompañaba a los niños. Era alta y esbelta como un junco, con una deliciosa piel del color de la melaza. Ojos profundos como pozos sin fondo y el cabello casi suelto, abundante y de un sedoso castaño oscuro, prácticamente negro. La joven caminó hacia Elinor con la mano extendida.

—Por fin la conozco, Elinor, he de confesar que me mataba la curiosidad, incluso por las

noches. Soy Nola Lamber.

—Encantada de conocerla, señorita Lamber, bienvenida a Londres.

—Le ruego que me llame Nola y que me permita llamarla Elinor, señora Gibbs. ¡Virgen santa! Estos tres niños son un regalo del cielo, creo que no me he reído más en toda mi vida.

—¡Ayer nos caímos al lago! —narró Robert muy excitado—. Mientras jugábamos a los piratas.

Nola lo abrazó por detrás, simuló estrangularlo y a continuación le llenó la cara de pellizquitos y besos.

—Traidor, quedamos en que sería nuestro pequeño secreto...

Robert pataleó muerto de risa bajo el ataque de cosquillas.

—¿Nos acompañará al té, Nola? —invitó lady Heallford, al tiempo que avisaba a la doncella para que recogiese al bebé.

—Por supuesto, muero de ganas de conocer más a fondo a la persona que ha robado el corazón de mi buena amiga Esperanza. Las amigas de Hope son mis amigas, si me lo permite. Parto para Escocia, no obstante, sepa que tendremos tiempo de intimar a mi vuelta —prometió con una luminosa sonrisa.

—Eso, si no le da por explorar los acantilados de Cornualles —se mofó la marquesa con un simpático gesto.

—Todo se verá, querida. Subiré a cambiarme y adecentarme un poco.

—Niños, subid a vuestras habitaciones, daos un baño y poneos ropa limpia —instruyó Elinor, repasándolos con tierno afecto.

Y así fue como todo el revuelo desapareció en un instante, la sala volvió a quedar en silencio y Hope y Elinor en callada compañía.

—¿Qué me estabas diciendo cuando llegaron? —preguntó impaciente la joven morena.

Lady Heallford se puso en pie, avanzó hacia un precioso mueble de cajones que ocupaba un rincón de la estancia y regresó con una caja decorada con incrustaciones de madreperla entre las manos.

—Tómalo. Es tuyo.

—¿Mío? ¿Qué es?

—Ábrelo, demonios.

Con mano temblorosa por la emoción, Elinor despegó la tapa de la caja. Sus ojos se abrieron con desmesura y sus labios dejaron escapar un jadeo.

—¡Hope! ¡Hope!

—Lo aparté del tesoro. Para ti, mi querida hermana.

Elinor sacó el grandioso collar de eslabones de oro y enormes diamantes de la caja.

—Es..., es...

Hope se colocó a su espalda y se dispuso a probárselo.

—Es una joya digna de una reina, lo que tú te mereces. Porque, además, tengo un plan.

—Hope... Cuando empiezas a maquinar me provocas miedo.

Los ojos verdes de Hope se entrecerraron soltando un centelleo travieso.

—Nada peligroso, daré un magnífico baile aquí, en Grovenor House al que, por supuesto, como amiga íntima de la anfitriona, estarás invitada. También los Lindsay, incluida esa detestable señora Widow que pretende pisarte el puesto. Es hora de que todas esas estiradas vean la capacidad de brillo de la señora Gibbs en sociedad.

17

Despedida

Gretta Lindsay montó en cólera al enterarse de que su ama de llaves asistiría al gran baile en calidad de invitada. Ante aquel comportamiento de todo punto inadmisibile, estuvo incluso a un paso de rechazar la invitación. Pero la tentación de codearse con unos marqueses y sus amistades más cercanas, todos gente rica e influyente, y la decidida presión de su amiga Lavinia, la convencieron a última hora de que era mucho más inteligente ignorar a la criada y sacar beneficio del evento.

Al fin y al cabo, ella también debía pensar en casarse.

Mientras vivió en aquel horrible pueblucho de la costa, condenada a soportar las chocheces de la tía Violet, retirada de toda vida social interesante, casi se resignó a convertirse en una solterona privada de futuro, felicidad y brillo. Sin embargo, la muerte de su cuñada había resultado ser una bendición que lo cambió todo, la trajo a Londres, la convirtió prácticamente en señora de la mansión Lindsay y de repente, abría ante ella un horizonte de posibilidades matrimoniales que ya había dado por perdidas.

Aunque soñar noche y día con Richard Bennet no ayudase, precisamente.

Elinor, por su parte, se sorprendió deseando que el mayordomo pudiese asistir a la fiesta y subir la escalinata de Grovenor House tomada de su brazo como si de un caballero se tratara. Ingenua infeliz. Como bien había dicho él, podía ser cualquiera: un marinero adicto al licor, un

maleante asaltador de caminos, un jugador empedernido a quien alguien ajustó una cuenta perdida... ¿Cómo saberlo? Solo darle vueltas en la cabeza sin llegar a ninguna parte le producía escalofríos y un intenso malestar.

—Señorita Lindsay, ¿me había llamado?

La anciana dama giró el trasero en la silla delante de su tocador. La revisó de pies a cabeza y sonrió complacida.

—Sí, la he llamado con el pretexto de que me ayude a elegir diadema, aunque la verdad es que sé perfectamente que deseo ir a ese baile sin diadema y, solo quería verla ya vestida. ¡Está usted exquisita, querida mía! Mataría de envidia a una mismísima duquesa.

Por primera vez delante de la tía Violet, a Elinor se le escapó una asustadiza sonrisa.

—¿De verdad lo cree?

Había pensado echar mano de uno de los primorosos vestidos de su época de ladrona, cuando se hacía pasar por lady Mary Wildmore, pero Hope se empeñó en regalarle una indumentaria completa y era tan hermosa y delicada que apenas si podía creerlo. La tela del vestido, en lugar de un tejido, parecía una nube tachonada de estrellas. Había peinado su cabello de un modo no demasiado diferente a como lo usaba a diario, pero el hecho de no llevar las gafas ni el polvo blanquecino cubriéndole el rostro, la convertían en un sueño hecho realidad.

—Hágale caso a esta vieja bruja, no le quepa la menor duda. Esta noche le ordeno que brille cuanto pueda y dé un buen escarmiento a esas dos señoritingas maquiavélicas.

Asustada ante la idea de seguir en aquella dirección tan peligrosa, Elinor hizo una precipitada reverencia deseando esfumarse.

—Si no precisa nada más, señorita Lindsay, bajaré a la cocina a dar las últimas instrucciones al servicio antes de partir.

—Vaya, vaya y cumpla con sus obligaciones, rigurosa Elinor. ¡Ah! Procure no estropear el traje.

La señora Gibbs bajó la escalera y el pecho comenzó a agitársele conforme le llegaban los murmullos apagados de las voces en las cocinas y pudo distinguir la profunda y varonil voz

de Richard. Se quedó petrificada en el umbral de la puerta, una mano a cada jamba, mirándolos sin hablar. Ellos, que discutían de naderías tomando café en torno a la mesa, le devolvieron la mirada boquiabiertos.

—¡Señora Gibbs! ¿Es usted? —balbuceó la cocinera absolutamente perpleja.

—¡Cielo santo! ¡Parece una reina! —la secundaron dos criaditas a dúo.

—¿Y las gafas? ¡Miren el peinado!

—Señora Gibbs... ¡qué ojos más preciosos tiene!

Elinor se ruborizó ante tanto halago junto. Richard no despegó los labios, la admiraba desde su posición, rígido en la silla, su espalda recta como la de un marqués y las pupilas dilatadas.

—Hermoso collar, señora Gibbs —alabó por fin con voz de profundo terciopelo.

Elinor se llevó una mano temblorosa al escote. No sabía bien cómo valorar que, de todo el conjunto, Bennet hubiera ido a fijarse en exclusiva en la costosísima joya.

—Es un regalo de lady Heallford.

—El estilo del diseño me resulta familiar —musitó, concentrado en estudiarlo.

—Permítame que lo dude, señor Bennet, es una antigüedad de procedencia española, prácticamente una reliquia.

Richard titubeó un instante y acabó encogiéndose de hombros.

—Tiene usted razón, ¿qué voy a saber yo de diseños españoles? Que se divierta mucho esta noche, lo tiene bien merecido.

—Gracias, señor Bennet. Agradezco a todos sus buenos deseos; pero no olviden que si asisto a este baile es únicamente por obra y gracia de la señorita Smith. —Hizo una elegante inclinación de cabeza, recogió el bajo del vestido y salió al pasillo.

Para Richard, verla desaparecer fue como soportar que la hoja de un cuchillo afilado le cortase las entrañas. Tanto lo perturbó dejar de tenerla delante que, sin pensar en lo que hacía, ni en las habladurías a las que podría dar lugar, saltó de la silla y corrió tras ella.

—¡Señora Gibbs, espere! ¡Antes de que se vaya tengo una pregunta que hacerle...! —

exclamó, con la sola intención de justificarse.

Por azares del destino, se encontraron en la zona más angosta y menos iluminada del corredor. Elinor lo miró interrogante, él la tomó de la muñeca y la arrastró hasta un recodo a salvo de ojos y oídos curiosos.

—Está bellísima... —susurró admirado hasta la emoción.

Ella esquivó el poder insoportable de sus ojos plateados. Richard había soltado su brazo, pero estaba a solo un paso.

—Todo el mundo la mirará esta noche, querrá estar a su lado. —Le cogió de nuevo la mano y se la llevó a la boca. Sus labios recorrieron uno a uno sus nudillos, expandiendo su cálido aliento por la delicada piel bajo el guante—. Disfrutarán de su compañía y yo estaré aquí, solo, sintiéndome miserable por no poder impedir que baile con otros.

Elinor tragó saliva sin poder dar crédito a lo que oía.

—Richard...

Los labios masculinos se deslizaron hasta el interior de su muñeca. Elinor retrocedió un paso. Luego otro. Y de pronto estaba apoyada contra la pared con el cuerpo de Bennet demasiado cerca. Casi sintiendo sus ángulos. Derritiéndose de deseo. El silencio estremeció el aire, Elinor habría parado su corazón para que no latiera de aquel modo infernal. Leyendo el anhelo que latía en sus pupilas, el joven se sintió por un instante el rey del mundo.

—Sé que no tengo ningún derecho a pedir nada, mucho menos que no asista o que no se divierta; jamás lo haría, pero...

—¿Se encuentra bien? Está muy extraño, lo que dice es insensato, ¿le ocurre algo?

—Si fuera posible..., piense un poco en mí.

—Richard, se lo ruego, alguien podría vernos...

Él se llevó la mano de ella al rostro. Apoyó con dulzura la mejilla en la palma abierta y entrecerró los ojos, queriendo atesorar su aroma bajo la propia piel. Elinor dejó escapar un suspiro largo y contenido, rendida a medias, dispuesta a entregarse sin pensar en nada más, si no fuera porque...

—¡Señora Gibbs! ¿Dónde se mete? ¡Elinor!

Elinor dio un respingo. La intimidad de un momento mágico voló por los aires hecha pedazos.

—Es la señorita Violet. —Forcejeó para liberar sus dedos.

Él se lo permitió con un último beso ligero en las yemas.

—Dedíqueme un único pensamiento. Uno solo. Con eso me daré por pagado —rogó en un susurro sedoso.

Cuando Elinor abandonó la zona de servicio, su corazón palpitaba enloquecido, pensó que se ahogaría. Las manos le temblaban, el rostro le ardía.

Tan agitada iba, que ni siquiera se permitió disfrutar la expresión de pavor absoluto en los rostros de las señoritas Gretta y Lavinia al verla vestida para el baile, el modo en que, cuando sus ojos se posaron en ella, se les endureció y les vibró toda la cara.

Una lástima.

—Cómo me alegro de que mantenga usted una amistad tan íntima con la marquesa y ella sepa distinguirla con su trato —cuchicheó la anciana Violet, espantando el sofoco a costa de pelear con su abanico, sin garbo alguno—. Invitada a la fiesta, ni más ni menos. Me hace casi tan feliz como que nos hayamos visto obligados a venir en coches diferentes. Por lo que veo, las brujas echan humo por las narices.

Elinor acarició el aire con su abanico y mucha más elegancia que la dama. El arrebató y la pérdida de control de Richard, su imagen, la pasión contenida en sus palabras no se borraban de su mente, la mantenían en un constante estado de turbación. ¿Cómo había ocurrido aquello? ¿De qué modo el señor Bennet se había dejado llevar? ¿Y por qué razón? Rezó en silencio para ser capaz de apartarlo de su memoria y concentrar sus cinco sentidos en la noche, que podía complicarse.

—No obstante, bien que se han ocupado de que el señor Lindsay las acompañase a ellas —consiguió farfullar en voz baja, sin conseguir disimular del todo que estaba distraída.

—Les he concedido unos minutos de gloria. Le aseguro que será toda la atención que mi sobrino les dispense esta noche. Me ocuparé de ello. ¡Oh, aquí vienen los marqueses!

Antes de que Hope y Hugo estuviesen delante, la señorita Lindsay ya había flexionado

sus viejas rodillas en una exagerada reverencia que la dejó exhausta, atascada y no le permitió erguirse de nuevo. Elinor y el propio lord Heallford se apresuraron a levantarla.

—No hacen falta venias, señorita Lindsay —aseguró Hope con amabilidad—. Es un placer tenerla entre nosotros. Mi amiga, la señora Gibbs la tiene en alta estima.

—Ah, ¿sí? —La anciana arqueó las cejas, atónita.

—Qué hermosa estás, Elinor —saludó el marqués, obviando todo protocolo—, brillas como una gema en lo alto de un brillante escenario.

—La culpa de todo este artificio la tiene tu querida esposa, marqués. Es una maga del disfraz.

Las dos jóvenes rompieron a reír conocedoras de la gran verdad que se escondía tras la frase. Violet Lindsay se la quedó mirando con descaro.

—Pues a ver si el papanatas de mi sobrino reacciona de una vez —bufó airada—. Debe de ser que se ha acogotado ante tal despliegue de belleza.

—También han confirmado asistencia lady Victoria, lady Clara y lady Sarah. Lady Grace se encuentra de viaje por los Alpes —anunció Hope con entusiasmo—. Sé que te alegrará verlas.

—¿Más amistades ilustres? —interrumpió lady Violet antes de que Elinor pudiera responder—. Señora Gibbs, está resultando usted ser una auténtica cajita de sorpresas.

—No se imagina hasta qué punto —rio la marquesa colgándose del brazo de su amiga—. Iremos a recibirlas. Querido, ¿te ocupas de entretener un rato a nuestra estimada señorita Lindsay y que no le falte de nada?

El guapísimo marqués, al que Violet había dedicado ya un par de aleteos de pestañas casi sin ser consciente de ello, le ofreció galante su brazo a la anciana. Ella lo aceptó en el acto con orgullo.

—Cuenta con ello, querida. Señorita Lindsay, permita que le ofrezca una limonada...

Ambas parejas se separaron, caminando en direcciones opuestas. Pronto, Elinor estuvo rodeada por el grupo más distinguido del evento, el más esplendoroso, aquel en donde todo invitado ponía sus ojos codiciosos. Las conversaciones que todo el mundo ansiaba tener, las risas

que todos deseaban disfrutar y la cordial familiaridad que hasta el invitado de mayor categoría, en el fondo de sus entrañas, en especial la señorita Lindsay y la señora Widow, envidiaba. Hope aprovechó maliciosa la expectación que despertaban para hacer señas y atraer a Robert Lindsay.

—Señor Lindsay, supongo que conocerá a la mayoría de mis amigos. Miladies, milores, les presento al señor Robert Lindsay es un buen amigo de la familia.

Hubo un ágil intercambio de saludos y reverencias que Gretta y Lavinia espionaron en la distancia, rechinando los dientes por no haber sido incluidas. Las sacaba de quicio ver a una simple y desgraciada ama de llaves convertida en el centro de la reunión, objeto de todas las alabanzas, codeándose con la nobleza como si perteneciera a ella y, sobre todo, odiaban verla junto a Robert como si fuesen pareja. Cuando finalmente decidieron que ya estaba bien de pasar desapercibidas, las dos se agarraron del brazo dirigiéndose muy dispuestas hacia el grupo.

Robert las vio venir con el rabillo del ojo y adivinó sus intenciones.

—Concédame este baile, Elinor, por lo que más quiera. Y el siguiente y todos los demás que le sigan. No me deje a merced de la señora Widow.

—Pero...

—Baile conmigo, me lo debe —repitió, tomándola sin disculparse de la cintura, arrastrándola del modo más natural posible hasta la pista de baile—. Le regalé un violín.

Los ojos de Hope y de las ladies los persiguieron, brillantes de excitación, mientras Gretta y Lavinia frenaban en seco su maniobra de aproximación al selecto grupo.

—¿Por qué me mira de ese modo? —consiguió preguntar Elinor, tras los seis primeros y descontrolados pasos de baile—. Parece que hubiese visto a un fantasma.

—¿Acaso no es así? Señora Gibbs, no logro salir de mi asombro, esta noche parece usted..., otra persona completamente distinta.

—Un poco de acicale hace milagros en una mujer —repuso ella, con modestia.

—¿Dónde tenía ocultos todos estos encantos?

Ella describió una grácil pirueta sin perder la sonrisa.

—Bajo la normativa de la buena ama de llaves, señor, como debe ser.

—No se merece este puesto tan humilde, Elinor, ¿está feliz con lo que hace?

—Mucho, señor Lindsay —mintió para no ofenderlo—, me siento completa.

—¿Le gusta el trabajo que desempeña?

—Me gusta la familia Lindsay.

—¿No ha pensado en fundar su propia familia? ¿En casarse?

—No creo que el matrimonio esté hecho para alguien como yo. ¿Por qué ha dicho que le debía el baile? —añadió a toda velocidad, al percibir el abatimiento de Robert—. No es un pago acorde con ese maravilloso instrumento.

—Lo del violín ha sido una bobada producto de los nervios. En realidad, el baile no, pero sí me debe un favor: después de haberle confesado mis sentimientos y no haberse dignado a responderme, un caballero necesita ser resarcido.

Elinor le clavó unos ojos algo más firmes de lo que pretendía.

—Es que no hay nada que responder, señor Lindsay. Es probable que no me comprenda o que me juzgue egoísta, Dios sabe que lo sentiría profundamente, pero si fuera posible..., deseo continuar tal y como estamos, le agradecería que lo entendiese.

El alegato de Elinor contenía demasiada vehemencia como para que Robert insistiera de nuevo. No desde luego aquella noche. Tragó saliva con esfuerzo sintiéndose ridículo por una fracción de segundo. Desde la orilla donde se replegaban las damas solteras esperando un caballero interesado, Lavinia Widow no le quitaba la vista de encima.

—Esa mujer me provoca escalofríos —bisbiseó Robert, escabulléndose hacia el extremo contrario de la sala, llevándose a Elinor entre los brazos—. Me refiero a la señora Widow, espero que no me juzgue abominable, ni siquiera descortés o falto de consideración, le confío mi opinión con la certeza de que la guardará en privado.

A Elinor no le pasó desapercibido el esfuerzo del señor Lindsay por cambiar de tema y zafarse de su rechazo con un mínimo de dignidad. Agradecida, se lo puso fácil siguiéndole la corriente con una risita.

—¡Señor Lindsay! ¿Qué veo? ¡Sentido del humor! ¿Está bromeando?

—Lo intento. —Carraspeó con azoro—. Estoy algo..., oxidado.

—¿Y por qué le causa ella tan extraño efecto?

—Me observa con los ojos entrecerrados como si quisiera devorarme o peor aún, echarme una maldición que acabase con mi vida.

Elinor describió un círculo completo a su alrededor, al compás de la música.

—Es probable que sea lo que persigue, por muy desagradable que resulte imaginarlo.

Intercambiaron otras muchas confidencias, un poco en broma un poco en serio, luchando por no transformar la escena en nada demasiado formal. Compartieron todos los bailes que el decoro permitía y, después de eso, buscaron cobijo bajo el ala de los marqueses o las ladies y sus ilustres esposos, para mantener a raya a la señorita Lindsay y a la señora Widow.

Lo cual, por descontado, no hizo más que elevar el enfado de estas a la altura de los tejados.

Prestos a subir a los carruajes, ya de regreso a casa, tía Violet se adosó al costado de su sobrina, dispuesta a disfrutar de lo lindo. Gretta estaba ronca de furia, arrebatada y medio histérica. Lavinia sollozaba en silenciosa quietud. Nada había resultado ser como esperaban aquella noche.

—Esa..., esa odiosa y detestable mujer nos ha maltratado, nos ha humillado —protestó Gretta, conteniéndose para no gritar—, se ha negado a presentarnos, ¡apenas si nos ha dirigido la palabra! Cualquier treta vale para dejar en buen lugar a su amiga que no es otra cosa que una vulgar criaducha. Pero ¿quién se ha creído que es?

La anciana señorita Violet la observó con enojo deseando poder arrearle en la cabeza bien fuerte con el abanico cerrado.

—Se ha creído que es una marquesa hija de un conde. ¿Y sabes qué, sobrina? Tiene razón.

19

¿Qué vine a buscar?

Elinor se preguntó si al cruzar el umbral de la mansión Lindsay había sido la única en escuchar los acordes del violín. Amortiguados en la distancia. Empequeñecidos, aunque grandiosos. Porque nadie comentó nada y todos se retiraron a descansar entre bufidos, suspiros o risillas irónicas, según los casos.

Ella se encerró en su dormitorio con el corazón al galope, aguardó no más de quince minutos y, sin cambiarse, queriendo alargar un poco más la magia de aquella noche especial salió de nuevo, esta vez al jardín, guiada por la estela de la melodía. Allí estaba, tocando bajo el árbol, Richard el solitario, el hombre misterioso con un pasado lleno de brumas que ella pensaba ayudar a disipar.

Estaba tocando una canción dolorosamente triste. Una sucesión de notas que parecían llorar y que se le clavó en el alma.

—Si continúa ahí mucho rato acabará congelándose, señora Gibbs —la reprendió súbitamente, sin girarse a mirarla y sin dejar de tocar.

Elinor dio un paso inseguro en su dirección.

—Vaya, creí que no se había dado cuenta...

—Tengo el oído sorprendentemente fino, puede que en otros tiempos fuese cazador..., o

un muerto de hambre o un fugitivo obligado a subsistir en el bosque.

Entonces sí interrumpió la melodía y dejó caer el violín y los brazos a los costados. Con un aire de agotamiento insoportable.

—Es usted muy duro consigo mismo.

—Será porque no sé a quién maltrato.

—Es a usted, Richard, se llame como se llame y venga de donde venga, siempre será usted. Y si lo que ya ocurrió se ha olvidado, trate de crear un nuevo presente y un luminoso futuro...

Richard se volvió hacia ella tan lentamente que pareció pararse el tiempo. La miró desde su altura con aquellos ojos color plata que rivalizaban con la luna.

—No sé si soy capaz de tal proeza —murmuró con amargura. Sonrió a medias—. ¿Se ha divertido?

Elinor asintió con un cabeceo. Richard sonaba distante y frío. Mortificado. Nada que ver con el hombre ardiente que antes del baile había besado sus manos, suplicó un instante en su mente, y le robó el corazón. Y su aliento olía levemente a whisky. No sabía si aliviarse por la pérdida o lamentarlo. Su impetuosidad había llegado a asustarla, pero al mismo tiempo, logró que aquella noche le dedicara más de un pensamiento y de dos. En repetidas ocasiones, durante la fiesta, incluso en brazos de Robert Lindsay, al compás de la música, sus pupilas inquietas habían barrido el salón esperando verlo.

—¿No me pregunta si le dediqué un pensamiento? Al fin y al cabo fue lo que me pidió.

—Debe disculparme, señora Gibbs. No solo pequé de arrogante presuntuoso al solicitarle algo así, debí de perder momentáneamente el juicio, es un honor que no merezco. —Bajó los ojos rehuendo su mirada y volvió a tocar.

Elinor sintió que un nudo apretado le bloqueaba la respiración. El aire de repente era algo espeso que no le cabía en los pulmones. ¿Qué había ido a buscar allí, en realidad? No la atrajo solo la música, ni la brisa fresca de la noche o el perfume de las flores en el jardín. Lo había echado de menos todo el tiempo en el baile. Pese a Hope y a su esposo, a los que amaba. Pese a

las ladies, a quienes adoraba. Pese a las atenciones y dulces sonrisas del bueno de Robert, por quien se sentía, de alguna forma, responsable. Por encima del centelleo de las velas, los acordes mágicos de la orquesta, del hechizo de dejar de ser un ama de llaves opaca y gris por un rato, Richard no había abandonado sus pensamientos ni un solo segundo. Pretendía que continuase donde lo había dejado, demasiado, indecorosamente cerca, en un corredor estrecho rogándole un hálito de atención, sujetándole las manos, recorriéndolas con su boca como si deseara besarla de verdad, sobre los labios, mordiéndole la vida a través de ellos.

Y Richard deseaba lo mismo.

Estrecharla entre sus brazos, inhalar la calidez de su aroma y perderse en los reflejos de su cabello oscuro. Hacerla suya por encima del bien y del mal, sacarla de allí, llevársela lejos... Pero ¿qué sentido tenían aquellas pretensiones tan absurdas? El desgarró, el vacío infinito que sintió en las entrañas al verla salir camino del baile puso, por desgracia, las cosas en su lugar. Lo empujó a recordar quién era, su desventura personal, lo poco o nada que tenía para ofrecer.

¿Quién era él para aspirar a arrancarla de un sitio donde aparentemente era feliz? No era tan ciego ni tan estúpido como para no notar que entre el señor Lindsay y Elinor palpitaba algo vivo. Que Robert estaba deslumbrado por la arrolladora personalidad de la joven y la deseaba igual que la deseaba él, solo que desde una posición, una honorabilidad familiar y un buen nombre que Richard no podría ambicionar ni en sueños.

Se sintió nada.

Un pobre hombre miserable, inútil, algo que podría olvidarse con facilidad en un rincón. Aquellos sentimientos turbulentos que le estaban naciendo por Elinor y que pronto estarían fuera de su control, debía enterrarlos cuanto antes, impedir a toda costa que crecieran. Si no, sería demasiado tarde para evitar su total infortunio.

Dejó de tocar. Y el silencio le hirió los oídos. Casi podía oír el estruendo de su corazón gimiendo con cada palpito.

—Creo que deberíamos irnos a descansar. Es tarde y mañana será un día duro.

—¿Por qué lo dice?

Le sonrió con su aire canalla acostumbrado.

—¿Han cumplido la señorita Lindsay y la señora Widow con sus propósitos de esta velada?

Elinor simuló meditar un instante. Todavía aturdida por el cambio de actitud de Richard.

—Diría que no.

—Pues precisamente; por eso mismo.

20

Hospital de caridad

La edificación del hospicio era una ruina desvencijada y tenebrosa que había conocido tiempos mejores. Desde el fallecimiento de su principal benefactor, el duque de Boran, nadie se había ocupado de facilitar fondos para las reparaciones, ni siquiera las más inaplazables. Y la estructura, deteriorada y empobrecida, amenazaba con desmoronarse en cualquier momento. Algunos niños correteaban por el jardín, descuidado y salvaje, dando vueltas alrededor de mendigos heridos y pordioseros en sillas de ruedas que los animaban con risas y cancioncillas. Pese a la pesadumbre infinita de la escena, flotaba en el ambiente una especie de paz y concordia, una suerte de esperanza diminuta difícil de entender, como una llamita invisible que esperase su milagro para convertirse en hoguera.

Elinor colocó sobre la mesa del director el saquito lleno de dinero que había traído como contribución benéfica. El hombre, de mediana estatura, rostro bondadoso y casi calvo, no tardó en entrar seguido de cerca por una criada con un modesto servicio de té y unas galletas resacas.

—Señora Gibbs, lamento haberla hecho esperar. —Inclinó la cabeza a modo de saludo y tomó asiento tras su mesa—. Como puede suponer, aquí jamás faltan problemas a los que enfrentarse y no dispongo de mucha ayuda.

—Le agradezco que haya tenido la deferencia de recibirme. He traído un donativo —empujó la bolsita en su dirección—, espero que les ayude con lo más perentorio.

El director premió el gesto con una sonrisa melancólica que dejaba adivinar lo mucho que necesitaban el dinero.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Necesito información acerca de un hombre que recogieron hará unos seis años, un desconocido sin nombre y sin posesiones.

—Debo advertirle que la mayoría de nuestros internos responderían bastante bien a esa penosa descripción.

—Sé que ha pasado mucho tiempo. Era un hombre joven, moreno, de extraños ojos color gris plata. El duque de Boran lo tomó bajo su tutela y lo convirtió en su persona de confianza.

La expresión del director se iluminó de repente.

—Ah, habla de Richard. Claro que lo recuerdo, de no ser por la relevancia de lord Boran en nuestra historia de supervivencia quizá lo habría olvidado, pero milord nos supo mostrar la valía de aquel muchacho. Sufrió mucho, imagino que sigue sufriendo. Algún hecho abominable había borrado todos sus recuerdos, no sabía de su familia, procedencia o identidad, y no podía soportarlo. Una cosa es tener un pasado mísero y desdichado y otra cosa muy distinta no tener pasado alguno. Era un joven dulce y sensible que procuró hacer todo el bien posible a los internos mientras estuvo con nosotros.

—¿Cómo llegó a la institución?

—Alguien lo encontró medio muerto en un callejón; es posible, solo posible que lo atacaran con intención de robarle. Estaba tan grave que los médicos lo desahuciaron, pensaron que no sobreviviría. Milagrosamente se recuperó, Richard era un muchacho sano y fuerte con una vida desgraciada.

El director se levantó y cruzó la estancia arrastrando una ligera cojera. Abrió un armario, sacó una caja pequeña y regresó a la mesa, junto a Elinor.

—No llevaba nada encima salvo esto.

Tras pedir autorización con la mirada, Elinor abrió la cajita. Dentro había una gruesa medalla con algo parecido a un escudo grabado en su superficie.

—Es llamativo que no se la robaran también, puede que la llevase muy bien escondida o que el maleante no dispusiera de tiempo o tuviese algo de conciencia, después de todo.

—¿Él logró reconocerla?

El director negó con la cabeza.

—Le resultó imposible. A tal punto le causaba sufrimiento que, cuando el duque le ofreció mudarse, pese a ser su única posesión, decidió dejarla atrás.

La yema del pulgar de Elinor acarició el dibujo de la medalla.

—¿Qué puede significar?

—No lo sabemos. Richard tampoco le encontró ningún significado. Insistí en que se la llevara, pero se negó.

—¿Por qué no la ha vendido para sufragar gastos en el hospicio?

El director sonrió con humildad encogiéndose de hombros.

—Le tomé cariño a ese muchacho, se lo ganó, puede creerlo. Quizá la guardé porque me lo recordaba. Quizá porque esperaba que algún día apareciese alguien como usted, con la voluntad que a él le faltó para indagar en su pasado.

—Querría ayudarle, sin embargo, no sé cómo, ni siquiera sé por dónde empezar.

—Que esté aquí interesándose por su caso ya es el inicio de un camino. Me alegro de que ahora que lord Boran ha muerto, Richard tenga alguien que se preocupa por él. Llévase la medalla.

—No creo que sirva de mucho.

—Seguramente en sus manos será más útil que guardada en ese viejo armario. Siempre podría devolvérmela.

Elinor dejó escapar un profundo suspiro. Sus ojos repasaron de nuevo el objeto, cerró con cuidado la caja y la deslizó dentro de su bolso. Se puso en pie para marcharse.

—Muchas gracias por todo, por ser tan humano y caritativo, por ayudar a esta pobre gente que no tiene nada.

—Me congratula poder cumplir con los designios del señor. Probablemente es lo que

reservó para mí, ya que hubo un tiempo en que tampoco tuve a nadie y me auxiliaron.

—Me horroriza admitirlo, pero... ¡No hay más que verlo! Robert está embrujado por esa mujer vulgar y espantosa, de baja casta y educación reprochable.

Gretta dejó caer la taza sobre el platillo con tanta fuerza que la doncella que había ido a llevarles bollitos calientes pensó que lo rompería. Lavinia permaneció imperturbable, sin mover un solo músculo, concentrada en su bastidor. Pero cuando la muchacha cerró la puerta, el rostro crispado que devolvió la mirada a Gretta daba auténtico miedo.

—Es una perra mal nacida.

—¡Lavinia!

—Contigo puedo prescindir de protocolos y decir exactamente lo que pienso. Si no fuese porque podría traerme problemas graves la mataría.

—Tampoco es necesario llegar a esos extremos, querida, bastaría con despedirla.

—Dudo que tu hermano acepte prescindir de ella. Sus buenos oficios, el cariño a sus hijos..., tendrá multitud de pretextos para negarse.

—Eso es muy cierto. Cada vez que saco la conversación se resiste con todas sus fuerzas. Y ahora también trata de acercarse a mi horrible tía Violet, la que jamás de los jamases se muestra de acuerdo conmigo y tantos quebraderos de cabeza me lleva dados. Cuando vi la oportunidad de mudarme a Londres fue como si el cielo se abriese y apareciera el sol. Pero el detestable vejestorio se empeñó en acompañarme para amargar mi existencia. Llevo meses tratando de dejarla mal delante de todo el mundo, que sospechen que es ella la maquinadora... Pero se ve que eso, a la maldita ama de llaves la trae sin cuidado, porque bien que le sube sopas y tisanas.

—Aduladora...

—No sé cómo vamos a salir de este atolladero, querida Lavinia, es mi intención que te conviertas en la esposa de mi hermano, aunque mientras esa sirvienta esté de por medio y lo tenga encandilado...

Lavinia había vuelto al bordado. A su apariencia inofensiva de mosquita muerta, a su tono de voz monocorde y pacífico. Pero cuando habló, a Greta se le pusieron los pelos de punta.

—Tengo un plan que no fallará.

La señorita Lindsay levantó unos ojos cargados de aprensión.

—¿De veras? ¿De qué se trata?

21

Expectativas

Elinor dejó transcurrir un total de tres días durante los cuales, siempre llevó consigo la medalla de Richard buscando una oportunidad para sentarse juntos y hablar de ello. Sin embargo, el seductor mayordomo se dedicó a esquivarla sin esforzarse demasiado en disimularlo. Le dirigía la palabra amablemente, sí, pero lo imprescindible. Sus intercambios se reducían a asuntos domésticos urgentes. No había vuelto a tocar el violín a su lado y llevaba el entrecejo permanentemente arrugado. El ama de llaves lo vigilaba desde los rincones tratando de averiguar qué razón había causado aquel giro brusco e inesperado en su comportamiento con ella, cuando ya tenía por seguro que en cualquier momento se confiaría, hablándole abiertamente de los sentimientos que creía inspirarle.

Porque a ella, conforme se acumulaban los días, el señor Bennet, sus gruñidos, sus contradicciones y su obstinado ceño fruncido le resultaban de lo más atractivos y se le hacía realmente difícil dejar de pensarlo.

Coincidieron en la mesa de la cocina, tomando un tentempié a media mañana. La casa estaba inusualmente tranquila, con los niños aún en Grovenor House, el señor fuera con sus negocios, la dama Violet encerrada en su dormitorio y las dos brujas tomando té y urdiendo maldades en la sala de costura. Cuando la señora Hills bajó a por vino a la bodega dejándolos solos, Elinor se lanzó en picado.

—¿He hecho o dicho algo que le haya molestado, señor Bennet?

Él apenas levantó la mirada de su plato.

—No, ¿por qué me lo pregunta?

—Está muy antipático y muy frío conmigo. Desde la noche del baile.

La noche del baile.

La noche en la que estuvo a punto de traicionarse a sí mismo confesándole que desde hacía semanas estaba deslumbrado; que se sentía atraído hasta la demencia, casi incapaz de concentrarse en otra cosa que no fuera ella. Que en la soledad de sus sábanas se aliviaba fantaseando con la cálida suavidad que tendría su piel y la sensación devastadora que suponía en el roce de sus labios jugosos. La misma aciaga noche en la que cayó en la cuenta de que no tenía ningún derecho a arruinarle la vida cuando el futuro de Elinor junto al señor Lindsay se dibujaba tan halagüeño y brillante.

Más halagüeño y brillante, desde luego, que unida a un don nadie sin identidad ni pasado.

—A lo mejor es puro resentimiento —sonrió irónico, invadido como estaba por el loco deseo de besarla—, porque me dejaron aquí abandonado, por no haber podido asistir a una velada tan elegante.

—Déjese de tonterías, a usted no le afectan ese tipo de cosas.

Entonces la miró. Y Elinor sintió que se perdía derretida bajo el inmenso poder de aquellos ojos color plata.

—¿No me afectan? ¿Y se puede saber qué cosas sí me afectan, en su opinión, ya que parece usted conocerme tan bien y tan a fondo?

—No hace falta que se enfade conmigo, solo bromeaba. —Elinor oyó a lo lejos el rumor de los pasitos cortos de la cocinera, subiendo las escaleras de piedra desde la bodega—. En algún momento tendrá usted que explicarse...

Richard desvió la mirada hacia la ventana haciendo un esfuerzo supremo por controlar la oleada de angustia que lo sacudía, pero no funcionó. La deseaba demasiado, la deseaba con desesperación, con cada fibra de su ser, ningún ardid de protección daría resultado si la tenía

delante.

—No veo respecto a qué. —Se puso en pie a punto de irse, con el plato casi lleno todavía.

Elinor no pudo evitar recorrer con la lengua su labio inferior. Sedienta. Ansiosa. El cuerpo atlético de Richard, sus largas piernas, el modo en que el pantalón del uniforme se ceñía a ellas, la anchura de sus hombros...

—Creo que antes éramos un poco más cercanos —repuso con un tímido suspiro.

—Algo muy impropio entre miembros de la servidumbre de una misma casa, coincidirá conmigo. —Hizo un esfuerzo inhumano por no mirarle la boca—. Buenos días.

Abandonó la cocina justo en el instante en que la señora Hills entraba y la pobre mujer se quedó perpleja ante lo arrollador de su energía y el resoplido que iba soltando. Elinor la recibió con un nudo en el estómago.

—¿Se puede saber qué mosca le ha picado? —La cocinera apuntó con la barbilla al lugar por donde había desaparecido Richard—. Lleva con el cuerno retorcido unos cuantos días, menudo humor de perros. Cuando creíamos que empezaba a sentirse a gusto entre nosotros...

—Es un hombre taciturno y amargado —musitó Elinor, dándose cuenta de que había pensado en voz alta.

—Sabe Dios por qué —protestó la cocinera—. Lo del duque fue una auténtica desdicha, no lo discuto, pero mírelo ahora: está bien considerado y mejor pagado. Es joven y guapo, tiene toda la vida por delante, santo cielo, debería aprovecharla en lugar del tentar al demonio con tantas exigencias.

—¿A qué exigencias se refiere?

—No lo sé, señora Gibbs, algo debe de ser, algo quiere y no consigue. Los hombres insoportablemente bien parecidos como el señor Bennet, siempre bregan con aspiraciones que no logran conquistar. Si me consultaran qué hacer...

—¿Le aconsejaría...?

—Que se casara. Cuanto antes. La calma de una buena mujer y una cama caliente en las noches frías obran milagros.

Elinor golpeó con los nudillos la puerta del dormitorio de la señorita Lindsay. La voz cascada de la anciana le llegó a través de la gruesa madera.

—¡Pase!

—¿Pidió verme, señorita?

—Sí, señora Gibbs, haga el favor de sentarse aquí, en este sillón, a mi lado. Acaban de servirme el té, acompañeme.

—Tengo muchos quehaceres... —trató de escabullirse.

Violet le clavó una mirada sin clemencia mientras golpeaba el suelo con el bastón.

—He dicho que se siente, niña, lo que voy a decirle le interesa y mucho.

Elinor obedeció con los dientes apretados. No quería ni oír hablar de la petición de casamiento de la señorita, un disparate que solo podía conducirlos a todos al desastre. No obstante, optó por callar y prestar atención con las manos cruzadas en el regazo.

—Usted dirá.

—He tomado una decisión. En realidad, la tomé la otra noche, viéndola destacar, brillante como una luciérnaga, en el baile de la marquesa. A partir de mañana mismo dejará de ser ama de llaves en esta casa.

El corazón de Elinor se retorció en un brinco.

—¿Cómo dice? ¿Quiere..., despedirme?

—Nada de eso, muchacha bobalicona. Quiero que se convierta en mi dama de compañía. Que se libre de ese uniforme horrendo y empiece a vestir como una damita todavía en edad de merecer.

—Pe..., pero...

Violet se inclinó hacia ella.

—Quiero que un futuro no muy lejano se convierta en la señora de esta casa. Lo dije completamente en serio, cuando le pedí que se casara con mi sobrino no estaba pensando solamente en su bienestar, no se engañe. Usted le conviene; a él como esposa y a esos pobres niños como madre sustituta. Y de paso, mataríamos a la arpía de mi sobrina y a su amiga de un berrinche. Sería colosal.

—Señorita...

—Entiendo que necesita tiempo, las mujeres somos más lentas, no nos encariñamos con tanta rapidez como los caballeros, a ellos les basta ver una cara bonita y unos ojos resplandecientes para perder la cabeza. Debe tratarlo, conocerlo a fondo como hombre, no solo como señor; pero no tendrá ninguna oportunidad si continúa siendo un ama de llaves que tiene vedado el acceso a las fiestas y reuniones sociales salvo que su amiga lady Heallford sea la anfitriona. Es injusto que no disponga de las mismas oportunidades que esa cretina de la señora Widow.

Elinor abrió la boca y volvió a cerrarla sin llegar a articular palabra. El plan de la señorita Violet parecía tan adelantado que no veía modo de frenarlo.

—Siendo mi dama de compañía vendrá a donde yo vaya —prosiguió la anciana, entusiasmada— y va a resultar que, de repente, me apetecerá ir a un montón de sitios, hacer un montón de vida social acompañada, por supuesto, de mi sobrino. Eso sí, seré tan piadosa y magnánima que le permitiré bailar todo cuanto le apetezca y conversar largamente con Robert. —Se la quedó mirando interrogante—. ¿No dice nada?

—Señorita, la casa..., me necesita.

—Paparruchas, la casa funciona estupendamente con ese hombretón que tenemos por mayordomo. Además, ¿qué cree? ¿Que de verdad voy a atarla a la pata de mi silla y a tenerla todo el día contándome chismes o leyéndome novelas? Haga su vida, querida Elinor, siga atendiendo las tareas, esto es solo una farsa para engañar a quien usted ya sabe y salirnos con la nuestra.

Una soga atada al cuello que se apretaba por momentos. Eso es lo que Elinor sintió

cuando la señorita Violet acabó su sermón. Robert le agradaba, le agradaba mucho; y amaba a los niños. Pero no sería feliz con una vida como aquella. Tranquila. Sin sorpresas. Sin la excitación del riesgo. Con un esposo entregado a los negocios al que apenas vería. Un tierno sentimiento al que no sabía poner nombre la unía a Robert, sin embargo, no la hacía vibrar. A aquellas alturas, tras tantos robos exitosos, ella poseía ya una pequeña fortuna que le permitiría vivir de las rentas, incluso montar un modesto negocio si era eso lo que deseaba. Había decidido permanecer en la mansión Lindsay temporalmente hasta que las cosas se hubieran solucionado, viera a los niños sonreír felices y la amenaza de la señora Widow y la señorita Lindsay hubiese desaparecido. Pero... ¿quedarse allí para siempre?

—Lo ha... ¿Lo ha consultado con el señor Lindsay?

La dama la obsequió con una ancha sonrisa de orgullo.

—Mi sobrino no supondrá un problema, se lo aseguro.

—No puedes estar hablando en serio, hermano.

—No es algo que haya decidido yo, Gretta, es una petición personal de la tía Violet.

—¡Esa vieja decrepita ha perdido por completo la sesera!

—¡Gretta! ¡Cuida ese lenguaje! Estás hablando de nuestra anciana tía, un poco de respeto, por favor.

—Su hermana tiene parte de razón, Robert, es natural que se soliviente. Una decisión tan disparatada como esa solo puede provenir de una mente aquejada de debilidad senil —opinó Lavinia en tono monocorde, sin alterarse ni apartar sus ojos de la tostada que sostenía entre los dedos.

—Tengo entendido que la señora Gibbs dispondrá de tiempo libre suficiente como para fiscalizar las necesidades de la casa. Además, contamos con la inestimable supervisión del señor Bennet..., sin olvidar la tuya, querida Gretta —añadió colocándole la mano sobre el antebrazo.

Gretta se sacudió de coraje.

—Me agota pensar en todo lo que puede salir mal a partir de ese cambio insensato —rezongó con un gimoteo poco creíble— ¡Maldito vejestorio entrometido...!

Robert se puso en pie de un salto y, con los ojos lanzando llamaradas arrojó la servilleta contra el mantel de la mesa.

—Ya basta, Gretta, si no puedes reprimir el enfado y mantener la educación a raya será mejor que subas a tu habitación y acabes ahí el desayuno.

—¡Te pones a su favor porque beneficia a esa mujer!

Por primera vez, que Gretta recordase, Robert Lindsay se inclinó hacia ella y la apuntó con un dedo amenazador.

—He dicho ¡basta!

Tras lo cual fue él quien desapareció del comedor a grandes zancadas. Lavinia dirigió a su amiga una mirada indolente.

—¿Has visto eso? —gimió Gretta incrédula.

—Deberías controlar mejor ese genio tuyo...

—¿Es que no comprendes el alcance de todo esto? Puede parecer el capricho inocente de una anciana, pero no hay el menor honor en esa decisión, tendremos a la malévola señora Gibbs convertida en una damita, metida en todas las reuniones sociales, estorbando, cerca de Robert, ¡casi a nuestra misma altura! Te lo van a birlar delante mismo de las narices.

—Eso no ocurrirá, querida —aseguró con una firmeza que dejó atónita a Gretta.

—Pareces muy segura de lo que dices.

—Porque conozco a mi hermano. Paul es un auténtico Casanova a cuyos encantos ninguna mujer se resiste. Llegará en unos días y ya lo he advertido de la misión que se le encomienda. Está entusiasmado.

—¿Seducirla? —aventuró Gretta con los ojos desorbitados.

Lavinia negó con la cabeza y una mueca maliciosa en los finos labios.

—Comprometerla. Al menos a ojos de Robert. Con eso bastará.

Mucho más contenta que hacía un rato, la señorita Lindsay abandonó su silla y contoneándose como si hubiera un caballero presente al que buscase encandilar, rodeó la mesa. Llegó a la esquina, tomó el delicado mantel bordado que caía formando pliegues y lo rasgó de un violento tirón. Lavinia se llevó la mano a la boca, estupefacta.

—Entonces, mientras Paul llega, démosle a la buena de la señora Gibbs unos cuantos

dolores de cabeza. ¡Señora Gibbs! —llamó con un alarido— ¡Señora Gibbs, venga de inmediato!

El ama de llaves apareció en el comedor mucho antes de lo que Gretta esperaba. La señorita Lindsay ocupaba nuevamente su asiento.

—Dígame, señorita.

—¿Ha visto las condiciones en las que se encuentra el mantel con el que han vestido la mesa?

Elinor la miró sin entender. Las pupilas de Gretta lanzaron una ráfaga de lenguas de fuego.

—Mire ahí, en la esquina opuesta, sí, ahí mismo. ¡Ahí!

—¡Está rasgado! —exclamó Elinor apabullada, con el trozo de tela rota entre los dedos.

—Veo que es usted un dechado de inteligencia —observó sarcástica—. Bien que lo han colocado ahí donde pasara más desapercibido, el señor Lindsay ha desayunado con nosotras y ni siquiera se ha percatado del desastre. ¡Era un mantel carísimo! —aulló.

—No sé cómo ha podido ocurrir —musitó Elinor, afligida.

Gretta Lindsay la miraba como si fuese un insecto particularmente repugnante.

—No solo destrozan una propiedad valiosa de la casa Lindsay, sino que además tienen la desfachatez de colocárnoslo por delante, vistiendo nuestra mesa. Y de todo es usted responsable, señora Gibbs.

—Lo lamento muchísimo...

—¡No me importa si lo lamenta o no! Le pagamos para que vigile y controle al personal de servicio. Y para que se responsabilice por todo desaguisado que nos veamos obligados a soportar por su mal hacer. Le advierto que será usted la que compense el coste de la pieza, se le descontará de su sueldo. Y que eso conlleva estar varios meses sin cobrar.

—Muchos —agregó Lavinia con voz venenosa, metiendo el dedo en la llaga y retorciéndolo cuanto pudo.

Un relámpago de furia ascendió directamente de las entrañas de Elinor para explotar en su rostro.

—Haga usted lo que estime pertinente... —aceptó con la cabeza gacha aparentando, solo aparentando, humildad.

—No le quepa duda de que lo haré. Y daré instrucciones al señor Bennet para que asuma personalmente todas estas funciones que a usted parecen pesarle demasiado.

—Pero yo siempre... —trató en vano de defenderse.

Gretta la fulminó con la mirada.

—Usted siempre las ha desempeñado, imagino que es eso lo que pretende expresar. Pero dudo que nunca jamás haya estado capacitada para ello, solo ha tenido la suerte de tener a su lado a un mayordomo incapaz y que nadie se lo dijera.

Richard se topó con Elinor en un cuartucho oscuro que usaban para guardar los sacos de harina y arroz, llorando amargamente. Le extrañó, una joven intrépida y fuerte como ella era difícil que se dejara llevar por las emociones de aquel modo. En cuanto lo vio aparecer corrió a secarse los lagrimones con el revés de la manga y trató de simular normalidad, como si buscara algo entre los estantes.

—¿Puedo preguntar qué ocurre? —se interesó Richard con su voz ronca y varonil.

—Nada, señor Bennet, no ocurre nada. Todo está bien.

El apuesto mayordomo se le plantó delante, dispuesto a no dejarla ir hasta que se explicase.

—Miente usted fatal.

—He dicho que no me pasa nada. Estoy cansada, eso es todo.

Intentó escabullirse, sin embargo, el fornido cuerpo de Richard atravesado en el camino y sus grandes manos que la sujetaron por los brazos, lo impidieron. El contacto les arrancó a los dos un breve estremecimiento.

—La señorita Lindsay ya me ha explicado...

—Pues si lo sabe no sé a qué viene preguntarme. ¿Le gusta acaso verme sufrir teniendo que repetir la humillante historia del mantel?

—Desde luego que no. Esas dos mujeres están decididas a hacerle la vida imposible hasta que acabe marchándose.

Elinor se tragó las lágrimas y se estiró muy digna.

—No les daré ese gusto. No abandonaré tan fácilmente la casa Lindsay.

A Richard, un músculo rebelde le palpitó en la mandíbula. Lógico que no se iría, Elinor no era de las personas que se rendían a la primera y lo que quiera que sintiera por el señor Lindsay debía de ser más que suficiente como para hacerla aguantar los tormentos que la maquiavélica hermana del señor le tuviera preparados.

—Tienen toda una sarta de trampas dispuestas para hacerla caer —le advirtió, buscando sus ojos en la penumbra.

Elinor lo esquivó.

—Me traen sin cuidado...

—Venga conmigo —resolvió Richard, tomándola de la muñeca y tirando de ella hacia la puerta.

—¿A dónde me lleva?

—Al cuarto de la plata. Hay algo que tiene que ver.

Se dejó arrastrar sin protestas, sobre todo porque aquello, fuera lo que fuese lo que estaba ocurriendo, significaba estar junto a Richard un rato, en la intimidad. Y que por alguna causa que no acertaba a entender, él se preocupaba por ella. Llegaron a la estancia donde se guardaba la plata de la familia, con varias vitrinas plagadas de candelabros macizos y un par de enormes cómodas llenas de cajones. Richard se dirigió con brío hacia una de ellas y tiró de un cajón para abrirlo, sin soltar la muñeca de Elinor.

—Mire aquí dentro —le indicó.

El ama de llaves pestañeó con sorpresa. Miró un instante a Richard y luego volvió a revisar el contenido del cajón. Más bien su espacio vacío.

—¿Dónde está? Falta parte de la cubertería de los pavos reales.

—En efecto. ¿No adivina dónde puede encontrarse?

Elinor meditó un breve segundo.

—¿En mi... dormitorio? —apostó con sobresalto.

Richard asintió, aflojando la presión que sus dedos ejercían sobre la piel de ella, liberándola finalmente. Pese a todo, no se distanció.

—Están decididas a desacreditarla del modo que sea. Como ve, carecen de escrúpulos.

El ama de llaves se desinfló desalentada. Momentáneamente perdida, sin una solución rápida de la que echar mano. La bilis le llegó a la garganta, ¿cómo podían ser tan crueles aquellas dos mujeres? ¿Qué demonios les había hecho ella?

—No tema, ya pasé por su habitación y la cogí antes de que nadie la encontrase. Ahora está a buen recaudo bajo el colchón de mi cama.

—¿Por qué ha hecho eso?

—Porque cuando la señorita Lindsay me contó el incidente del mantel supuse que no era más que el primero de una sucesión de problemas de los que intentarían culparla. Y puesto que sospecho que no es una mujer demasiado despierta ni imaginativa: la plata. ¿Acaso hay manjar más atractivo dentro de una casa para alguien deshonesto? Solo tenemos que esperar, acabarán responsabilizándola de su desaparición.

También lo había hecho porque le dolía el alma verla sufrir. Pero eso tan comprometedor no llegó a confesarlo, ni salió de su boca.

Elinor sacudió abrumada la cabeza. Le ardían intensamente los ojos.

—Supongo que debo..., darle las gracias.

—No me las dé si no lo siente, realmente no las necesito.

Cuando dos días más tarde la señorita Lindsay decidió celebrar un almuerzo de gala con el que agasajar al hermano de su amiga, la señora Widow, y exigió que el servicio de mesa se montara precisamente con la cubertería de plata que llevaba grabados unos flamantes pavos reales en el mango, dejando fuera de la preparación al ama de llaves, la artimaña no pilló a Elinor desprevenida. Más bien fue todo un regalo ver su rostro desencajado por la sorpresa y la ira cuando tras ser llamada a comprobar si todo era de su agrado, vio la mesa impecablemente vestida y decorada, con los relucientes cubiertos elegidos, brillando en su posición.

—¿Está todo a su gusto, señorita? —quiso saber Elinor, con una sutil mofa en el tono de su voz.

—Es..., correcto —aceptó, medio atragantada.

Y salió del comedor como si la persiguieran los cuervos, con las muelas apretadas y los ojos soltando chispas.

El ama de llaves contuvo a duras penas una risita. Se retiró a la cocina, a comprobar que todo marchaba bien para cuando llegase el huésped.

—Por si éramos pocos, un invitado más, ni que nos hiciera falta —rezongó la señora Hills cargada con una enorme olla. Elinor se apresuró a ayudarla—. Quite, quite, ¿es que quiere mancharse?

—No debería andar cogiendo tanto peso, señora Hills, podría dañarse la espalda. ¿Dónde se han metido las mozas?

—¿Las mozas? Solo queda Prude, la señorita Lindsay me ha retirado a dos de las muchachas y entre las que quedamos apenas si damos abasto.

—¿Cuándo ha hecho eso?

—Ayer mismo. Pero me ordenó expresamente que no le comentara nada. Igual que prohibió que usted montara la mesa. No me acierto a explicar qué se trae entre manos.

Elinor puso exasperada los ojos en blanco, rezando al cielo para que en su infinita misericordia le otorgase paciencia y no más ganas aún de estrangular a la pérfida señorita.

—Por cierto —continuó la mujer intrigadísima—, ¿usted no iba a empezar como dama de compañía de la señorita Violet?

—La señorita madruga y se va a la cama muy temprano. Ya la he atendido esta mañana y le he leído un rato, hasta le he tocado el violín. Ahora dormita bajo el sicomoro en el jardín, pasaré a recogerla en unos veinte minutos.

La cocinera meneó la cabeza, contrariada.

—Debería llevar puesto un bonito vestido en lugar de ese uniforme oscuro, triste y riguroso...

—Para esta casa nunca seré otra cosa que el ama de llaves, señora Hills —aseguró Elinor con firmeza.

—¿Está segura de eso?

—Completamente segura —recalcó la joven.

La buena mujer se encogió de hombros como si se resignara.

—Pues va a decepcionar usted a mucha gente. A mucha. Además, es una insensata, señora Gibbs, permítame la impertinencia, ¿cómo se le ocurre echarse más trabajo encima? ¿Atender a la señorita Violet además de sus tareas de siempre? ¿Es que no tiene bastante?

—Debe de ser que la señora Gibbs no tiene confianza alguna en mis capacidades, por eso se resiste a desvincularse de la organización básica de la casa.

La voz profunda de Richard resonó a sus espaldas y le puso el vello de punta. Diantres. No había sido consciente de lo mucho que necesitaba su atención hasta que se la había retirado. De la noche a la mañana y sin explicar por qué. Probablemente, que Richard sintiese algún tipo de interés por ella no era más que un espejismo, una fantasía que su mente había montado, como un castillo de naipes que no se sostuviera. Tantos años alimentándose con otras emociones fuertes que no eran el deseo ni el amor..., que nunca las echó de menos. Hasta ahora.

Giró sobre sus talones, enfadada. Consigo misma, con él. Más enfadada que nunca.

—No sea condescendiente conmigo, señor Bennet. Apuesto a que es usted más que capaz de llevar la mansión y todas sus dificultades sin ayuda de nadie.

—No lo cree de verdad —repuso él entre burlón e incrédulo.

—¿Debería? Piensa que lo sabe todo acerca de esta casa, ¿verdad? Que cualquier inconveniente que surja lo solventará chasqueando los dedos solo porque ha servido en la mansión de un duque —lo retó—. Se cree muy listo y eficiente, el mayordomo más capaz de todo Londres. Eso se cree, ¿a que sí?

Dio un paso amenazador adelante y Richard resistió su envite, erguido y firme en el mismo sitio. La señora Hills soltó una tosecilla.

—Ay, cielo santo... Presiento rayos, truenos y centellas, voy a la despensa a por..., a por cualquier cosa.

Elinor la frenó con un brazo estirado.

—No, señora Hills, no vaya usted a ningún sitio. Seremos nosotros los que vayamos, ya que el señor Bennet debe ver algo. ¿Me acompaña, señor?

Richard se fijó en el lenguaje de su cuerpo: estaba tan furiosa que temblaba, nunca la había visto así antes. La mano de Elinor se cerró en torno a su antebrazo y un brusco tirón lo sacó de sus cavilaciones.

—¡Vamos, muévase! ¿Está convencido de que conoce cada rincón de esta casa igual que alguien que lleva trabajando en ella media vida? Es un arrogante engreído que solo lleva aquí unos meses y se siente el jefe. ¡Vamos! ¡A la despensa!

Richard la siguió a trompicones. Elinor lo obligó a avanzar a enormes zancadas por el pasillo hasta la desahogada estancia que servía como almacén. Ella misma abrió la puerta de una patada, furibunda con la señorita Lindsay y sus absurdas maldades, con el señor Lindsay, por no saber cómo protegerlo sin corresponder a sus atenciones, con Richard por negarle de repente su amorosa simpatía, con el mundo en general por ser tan injusto.

Entró hasta el centro, soltó el brazo del mayordomo y apuntó con el dedo a las estanterías atiborradas.

—¿Se conoce de memoria cada rincón de estos estantes? ¿Lo que hay en cada uno de ellos? ¿La regla por la que están ordenados los víveres? Porque yo sí, fui yo quien organizó esta despensa, señor Bennet. ¡Yo!

Richard alzó las manos con las palmas abiertas en son de paz.

—Cálmese, señora Gibbs...

El rojo de las mejillas femeninas se volvió fuego.

—¡Me calmaré cuando yo quiera! ¡Deje de darme órdenes! Está demasiado acostumbrado a que todo el mundo se someta y le obedezca nada más abrir la boca.

Corrió hacia la estrecha escalerilla que utilizaban para acceder a las estanterías más altas; recogiendo con una mano los bajos de sus faldas, sujetándose a la escalera con la otra, ascendió peldaño a peldaño a toda velocidad. De repente, todo lo que Richard podía ver eran sus preciosos tobillos al descubierto.

—No suba así, señora Gibbs, puede tropezar...

Ella lo miró desde media altura de la escalera con tono acusador.

—Veo que ya no soy más Elinor, ahora soy de nuevo la señora Gibbs. De repente parecemos otra vez dos desconocidos después de que usted..., usted..., aquella noche...

Agobiado, Richard se mesó el espeso cabello.

—Aquella noche había bebido, ¡lo confieso! Había bebido y dije cosas que jamás debieron salir de mi boca. ¡Maldita sea, baje de ahí!

Por toda respuesta, Elinor subió tres peldaños más, hasta el extremo final de la escalerilla.

—¿Podría decirme qué guardamos en ese rincón? ¡A ver, dígamelo! ¿A que no lo sabe?

Sin darle tiempo a responder, bajó a toda velocidad, empujó la escalera hacia la derecha y volvió a subir. Richard corrió tras ella tratando en vano de frenarla. Su falda oscura rozó la palma de su mano, pero fue solo eso, un leve roce, ya que la prenda y la testaruda mujer que la vestía se zafaron de su agarre como si fueran un soplo de viento.

—¿Y en esa? Dígame dónde guardamos los arenques para emergencias. ¿Y el resto del pescado en salazón? ¿Dónde están las harinas de repostería? —Elinor hablaba frenética, casi sin pararse a respirar.

—Se pisará el bajo de la falda, caerá y se abrirá la cabeza. Ya ha demostrado lo que quería, ya quedó claro que no manejo el contenido de la despensa como lo hace usted y que no estoy a su altura, pero haga el favor...

Ella no le hizo ningún caso. Pretendió bajar como una exhalación y cambiar de posición por tercera vez la escalera, aunque cuando iba a medio camino, tal que si las advertencias de Richard hubiesen sido un mal presagio, su pie quedó atrapado en un pliegue de la falda y se precipitó al vacío con un grito ahogado.

Los brazos de Richard la recogieron limpiamente. Sus rostros quedaron pegados, las puntas de sus narices raspándose en un choque involuntario, pero tan agradable que las piernas de Bennet flaquearon y la piel de Elinor se erizó como una ola que besa la arena.

—Déjeme en el suelo ahora mismo —ordenó ella casi sin fuerza en la voz.

—No hace falta que me lo repita, no tengo ninguna intención de retenerla —advirtió él, ronco.

Pero no la soltó.

No se movió.

No dejó de apretar sus piernas con los largos dedos de sus manos y la curva de su cintura. Ella no dejó de rodearle el cuello con los brazos. Ninguno de los dos interrumpió aquella intensa mirada que los vinculaba.

—Le gusta dar órdenes —afirmó Richard en un murmullo sensual—; aunque me acuse a

mí de lo mismo, lo cierto es que es una mandona.

—Me gusta. No es ningún pecado mortal del que deba avergonzarme.

—Pues ordéname que te bese.

—Si fuera una orden no tendría ninguna gracia.

—Creo que por una vez estamos por completo de acuerdo.

Richard deslizó las manos por todo su cuerpo, anclándose en sus curvas cuando la separó ligeramente para dejarla de pie, pegada a él, reteniéndola todavía por la parte baja de la espalda. La mano libre voló hasta colocarse en su nuca, allí donde el hermoso cabello negro de Elinor se apretaba en un moño y la atrajo hacia sí movido por una oleada invencible de deseo.

24

Oscuras artimañas

Elinor había sido una joven fuera de serie, corredora de riesgos y aventuras, pero sus labios osados no conocían el sabor de otra boca. Y el beso de Richard fue el principio de todos los fines imaginables: cuando se apoderó de ella de aquel modo y la devoró sin pedir permiso, las hogueras del infierno quemaron su cuerpo. No fue un beso dulce, ni recatado, ni siquiera lento: fue una caricia apremiante, una llamada de socorro, el cobro de una deuda.

Se lo debía, pensó Richard. Ese beso se lo debía por colarse en su vida sin llamar a la puerta y ponerlo todo patas arriba. Por no salir de sus sueños, de cada uno de sus pensamientos, por no abandonar sus anhelos más íntimos. Porque lo había mirado con aquellas dos esmeraldas ardientes y luego se casaría con Robert Lindsay dejándole rotos en mil pedazos el alma y el corazón. Porque la amaba al tiempo que la odiaba, por haberse convertido en su esperanza perdida, en su futuro desgarrado.

En su sí, pero no.

Los labios de Elinor eran suaves y estaban húmedos. El placer de recorrerlos con la lengua, de morderlos con frenesí se concentró en su fogosidad, entre las piernas, y lo hizo gemir. Ella respondió a su entrega con un profundo jadeo que catapultó su autocontrol, pendiente de un mísero hilo, a las alturas para después dejarlo caer de golpe. Se le fueron las manos a su cuello, a

la fina piel que lo cubría. Le recorrió ansioso la cintura sin liberar el mordisco con el que le apresaba la boca. Y cuando sus dedos sedientos quisieron acunar sus deseables pechos, Richard recuperó el juicio, se detuvo respirando fatigoso por culpa de la excitación, y la soltó.

Retrocedió un paso. Horrorizado. Como si acabara de cometer el peor crimen.

Ella lo miraba con la respiración entrecortada, los labios enrojecidos e hinchados, los ojos empañados por el deseo contenido; el pecho agitado subía y bajaba al ritmo de una respiración frenética y parecía pedirle más.

Mucho más.

Algo que él no estaba dispuesto a darle. No se cobraría la deuda pendiente a costa de su propia vida.

—Lo siento —gruñó con los ojos fijos en el suelo de madera.

—¿Richard...? —gimió Elinor, sin comprender del todo lo que acababa de ocurrir, en especial, lo que acababa de sentir.

—He dicho que lo siento. No volverá a suceder.

—Richard...

Era tarde. Bennet había desaparecido por la estrecha puerta por la que un rato antes los dos habían entrado discutiendo, encendiendo las fogatas en las que más tarde se quemaron. Sin su abrazo alrededor del cuerpo, se quedó fría, helada, frágil y vulnerable. Los pasos apresurados del mayordomo subieron las escaleras y a ella le llegó el eco del rumor conforme se alejaba. Él se secó las lágrimas de rabia y tristeza que le corrían por las mejillas antes de que alguien lo viera en tan lamentable estado.

Habían quedado tantas cosas sin decir, que un despiadado dolor le apretó fuerte el corazón. Richard se preguntó si alguna vez encontraría el valor, las agallas para decirlas todas.

De mano de la cubertería de plata con los pavos reales grabados, se sirvió un opíparo

almuerzo en honor y presencia del invitado recién llegado, el hermano de la señora Widow.

—Entiendo que mi hermana esté tan feliz, todos en esta casa son muy amables —sonrió el joven Paul Fernsby—, todos sin distinción. Incluyendo, algo insólito a mi parecer, el servicio.

—Con la sola excepción del mayordomo, mantenemos los mismos empleados desde hace ya muchos años —aclaró el señor Lindsay con discreta cortesía— y eso hace de nosotros casi una pequeña gran familia.

Paul cruzó una mirada significativa con su hermana que se sentaba enfrente.

—Pues debo mi enhorabuena a quien haya escogido a las jóvenes de esta casa. Jamás antes me topé con semejante colección de rostros bellos, si se me está permitido ser tan franco sin pecar de imprudente. En especial...

Lavinia Widow no consiguió disimular la sonrisa de intenso placer que se le dibujó en la cara. Su hermano era magistral encaminando las conversaciones en la dirección apropiada y sonaba tan natural y encantador que nadie habría puesto en tela de juicio que no se tratase de un guion previamente ensayado.

—He subido a saludar a la tía Violet y su deliciosa dama de compañía, la señora Gibbs, creo que se llama, se ha ofrecido de un modo muy solícito a mostrarme los rincones más hermosos de la ciudad.

—Puesto que ya no es nuestra ama de llaves —intervino Gretta, cargando su tenedor con un minúsculo trocito de pescado asado—, creo que no es procedente seguir llamándola «señora».

—¿Deberíamos referirnos a ella como «señorita Gibbs»? —quiso saber Lavinia, con su tono más inocente.

—¿Por qué no? Al fin y al cabo es una muchacha soltera. ¿Tú qué opinas, Robert?

El dueño de la casa pareció bajar desde las alturas más inalcanzables.

—Sinceramente, es algo que me trae sin cuidado —repuso bastante distraído.

—Querido, no hace falta ser grosero —se ofendió su hermana, frunciendo los labios con disgusto.

—Si es una joven soltera, ahora entiendo su despliegue de sonrisas y sus obvios deseos

de agradar. He debido de causarle una muy buena impresión —manifestó Paul con un guiño, fingiendo estar bromeando.

Los ojos de Robert lo buscaron veloces y enseguida volvieron a retirarse.

—No seas presumido, hermano —rio Lavinia.

—Tiene razones de sobra para serlo, querida, tu hermano es muy apuesto y la señorita Gibbs es mujer, al fin y al cabo, y con ojos en la cara.

—¿Y decís que hasta hace poco era el ama de llaves? Demasiado joven para eso, ¿no? Seguro que está muy necesitada de cariño —adivinó Paul con desenfado.

Robert carraspeó severo y se puso en pie sin pensar siquiera lo que hacía. Un silencio incómodo se adueñó de la habitación. Tres pares de ojos desconcertados persiguieron su movimiento desde la mesa. Algo confuso, se sentó de nuevo.

—¿Les apetece café?

—Primero tendremos que degustar el postre, Robert, querido, ¿te encuentras bien? —Gretta lo revisó, en apariencia, consternada.

—Me encuentro perfectamente. Por cierto, señor Fernsby, ¿qué le trae por la ciudad?

—Londres, si se disfruta de buen tiempo, es siempre una inmejorable idea, ¿no le parece? Negocios, señor Lindsay, un puñado de aburridas reuniones a fin de ultimar algunos contratos relativos a las empresas familiares.

—¿Y se quedará mucho tiempo? —insistió el anfitrión con tono monocorde.

Gretta y Lavinia lo miraron perplejas. Estaba siendo tan horriblemente desagradable con un huésped que ellas necesitaban por, al menos, unas semanas... Algo poco habitual en el cortés Robert. Quizá el que Paul hubiera sido tan directo refiriéndose a la señora Gibbs ya el primer día no hubiera sido tan buena idea, después de todo.

—No es nada grave que no tenga arreglo, Gretta, cálmate —le aconsejó Lavinia, entregándole una taza de tisana para los nervios.

La joven Lindsay miró crepitar las llamas en la chimenea de su gabinete privado donde las dos se habían reunido tras el agitado almuerzo.

—Robert se ha molestado. Es imperdonable que haya perdido los modales de esa manera solo porque Paul haya dibujado un retrato una pizca... «alegre» y poco recatado de la maldita señorita Gibbs.

—Es natural. —Lavinia se sentó a su lado en el sofá y le tomó las manos—. Si está cegado por esa mujer, solo pensar que haya podido fijarse en otro hombre más joven debe hacerlo hervir de celos.

—Y la sospecha de que no sea la perfecta dama prudente y decorosa que él ha pintado en su mente.

—Eso también —convino Lavinia con aire alegre.

Gretta la observó con curiosidad.

—No pareces demasiado preocupada.

—Porque confío en los encantos de Paul y en sus talentos. Conseguirá destruir esa imagen deseable y virginal que Robert tiene del ama de llaves, tienes mi palabra de que así será.

25

De nuevo una visita

—Ha vuelto usted a las andadas, señor Bennet, me va a permitir que se lo diga, me tomo ciertas libertades porque por edad, bien podría ser mi hijo.

Richard levantó unos ojos ausentes del plato donde se había dedicado a contar los pedacitos de carne flotando y por educación, más que nada, prestó atención a las palabras de la cocinera.

—¿Cómo dice, señora Hills?

—Que vuelve a ser el hombre taciturno y serio que llegó a esta casa después de lo del incendio.

—Ah, ya.

—Ah, ya, nada. ¿Se puede saber qué es lo que ha pasado? Tiene usted una guerra abierta y declarada contra la señora Gibbs...

—O ella contra mí, nunca se sabe.

—En todo caso, guerra fría, porque se hablan poco, se miran poco, se reúnen poco...

—¿Y para qué quiere que nos reunamos? Ya no es preciso que coordinemos nuestros quehaceres, ella se dedica a otra cosa.

—Vamos... Sabe de sobra que jamás ha abandonado del todo la organización de la casa,

es demasiado testaruda y cumplidora como para hacerlo...

Richard apoyó ambas manos en la mesa, tomó impulso y se puso en pie con impaciencia.

—¿Necesita que le traiga algo de la despensa?

La señora Hills lo miró desde su altura, muy abajo.

—Tiene una innegable destreza para cortar los interrogatorios, ¿eh?

—¿Necesita algo? —insistió él sin darse por aludido.

—¿Cómo se le ocurre? Si requiero de víveres ya mandaré a Prude a que me lo traiga, ni que fuera usted un mozo cualquiera.

—Entonces iré a actualizar el inventario, no sea que la señorita Gibbs se le ocurra ridiculizarme otra vez porque no conozco el almacén de memoria.

—Debería decirle lo que siente... —le recomendó la cocinera un segundo antes de que saliera por la puerta.

Richard aspiró hondo, se detuvo con la mano apoyada en la jamba, apretó los dedos hasta que se blanquearon los nudillos y a continuación, sin responder, se marchó.

La despensa era una estancia grande y lúgubre donde siempre hacía frío, algo muy conveniente para la conservación de los alimentos. No había vuelto a bajar desde..., desde el día que la besó y se perdió para siempre.

Se detuvo en el rincón donde la aprisionó gritándole sin palabras cuánto la deseaba. Descansó la mano sobre la pared donde Elinor posó su espalda. Si se esforzaba incluso podía olerla, su aroma inimitable a cerezas y flores blancas. Tenía un cepo horrible en la garganta, un lazo de hierro que no le permitía respirar con libertad.

¿Habría experimentado algo parecido en su pasado oscuro? ¿Se habría enamorado así de alguien antes? Parecía imposible. La firmeza de sus sentimientos era de tal calibre que de haber existido con anterioridad nada en este mundo podría haberlos borrado.

—Si aún lo tuviese conmigo, lord Boran... Si aún pudiera regalarme sus consejos, su compañía y su afecto...

Las lágrimas apresadas tantos días que solo vertía por las noches, rodaron sin

impedimento, con la frente apoyada en el antebrazo estirado contra la pared. Debía descargar aquella insoportable presión, aprender a vivir sin Elinor pero deseándole lo mejor.

Debía obligarse a ser generoso.

Solo que no podía.

Ella ocupaba todos sus pensamientos, era como una cárcel terrible cuya puerta no se abriría en la vida. La pena lo asfixiaba, tan grande que no le cabía en el pecho.

Tragó saliva, más sereno, llenó de aire sus pulmones y se pasó las manos por la cara para borrar los restos del llanto. Suspiró. Estaba herido, una herida profunda que tardaría en curar pero que cerraría, aunque fuese lo último que hiciera antes de despedirse de esta injusta existencia.

Caminó despacio hasta la puerta que conducía a la bodega. La abrió y se enfrentó a la empinada escalera de piedra.

Elinor llevaba un buen rato esquivando la descarada persecución del señor Fernsby por toda la casa. No podía refugiarse en el gabinete de la señorita Violet porque estaba descansando y, esconderse en su propia alcoba sin atender tareas en pleno día, le parecía un despropósito. Tampoco podía sacar a relucir su versión atrevida de Mary Wildmore y ponerlo en su lugar, porque estaba rodeada de personas que la conocían. Además, aquella tarde volvían los niños, estaba demasiado ocupada disponiéndolo todo para su regreso.

—¿De verdad que no puede detener un segundo esa arrebatadora actividad suya, señorita Gibbs? Me gustaría muchísimo poder conversar un rato...

—Lo lamento, señor Fernsby, los niños de la casa están a punto de llegar, tengo que revisar que sus dormitorios han sido ventilados, las sábanas limpias, las chimeneas listas para encender en un rato... —Con un ágil traspiés que parecía un paso de baile, sorteó al joven que se le había colocado justo delante.

—¡La acompaño! —propuso sin amilanarse.

—¿A los cuartos de los niños? Eso no es posible, señor. Quédese aquí, bien calentito. O en el salón de recibir. Ordenaré que le sirvan un té...

—Ya me he tomado dos por no ser descortés, no deseo beber más infusiones, no me fuercen, se lo ruego.

—Entonces vaya a la biblioteca y busque algo para leer. Pueden ofrecerle una copa de brandy.

—No me interesa si no me la sirve usted misma, con estas manos...

Elinor nunca sabría cómo lo hizo, pero de pronto lo tenía delante, demasiado pegado, con sus manos entre sus dedos. Las retiró sin demasiada delicadeza.

—Tengo mucho que hacer, señor, lo siento.

—¡La espero aquí mismo! —graznó desde el pie de la escalera— ¡Para cuando baje!

En ese momento, Robert Lindsay salía de su despacho y se lo quedó mirando con acritud. Paul Fernsby giró sobre sus talones con la sonrisa complacida de alguien que es inmensamente feliz.

—Encantadora, ¿no le parece?

Robert se pensó qué responder. Aquel tipo lo sacaba de quicio, tener que cobijarlo bajo su techo y darle de comer era peor que una maldición. Iba a abrir la boca, a soltar un disparate, cuando llamaron a la puerta y el lacayo acudió a abrir.

—Mis hijos —adivinó. Una idea que le cambió por completo el humor.

Pero en lugar del bullicioso grupo infantil que esperaba, quienes aparecieron en el umbral fueron tres caballeros circunspectos de aire misterioso. Dos de ellos parecían escoltar al tercero, de muy corta estatura y con gafas, que fue el que habló.

—Buenas tardes. Buscábamos al señor Richard Bennet, si es tan amable.

A Robert se le encendieron las alarmas. La petición trajo a su memoria la explicación de Elinor en cuanto a la visita previa de aquellos hombres y la conveniencia de mantener a Bennet fuera de la vista por un tiempo. Sin embargo, no tuvo ocasión de inventar una evasiva, el

impertinente señor Fernsby se le adelantó.

—¡Ah, Richard Bennet! El mayordomo más talentoso que han conocido mis ojos. Qué gran fortuna la de esta familia por tenerlo a su servicio. —Caminó indolente hasta la puerta, bajo la mirada desconcertada de Robert—. ¿Acaso son ustedes amigos suyos? ¿Parientes?

Desde lo alto de la escalera, Elinor lo había presenciado todo y deseándole una muerte lenta y dolorosa, calcinó a Fernsby con la mirada. ¿Había sido pérfido y malicioso o tan solo un estúpido deslenguado? Se apresuró a bajar al recibidor.

—Vaya a buscar al señor Bennet, haga el favor —indicó al lacayo, intercambiando instrucciones mudas con el señor Lindsay.

—Soy Robert Lindsay —se presentó a los desconocidos—. ¿Qué se les ofrece? ¿Algún problema del que deba tener conocimiento?

El hombre sonrió y se inclinó tocándose el ala del sombrero.

—Encantado de conocerle, señor. Lamento decir que se trata de un tema estrictamente personal que atañe en exclusiva al señor Bennet, señor Lindsay, si nos permite.

—Hágalos pasar al saloncito, señora Gibbs —añadió él, antes de retirarse—. Si me disculpan... Señor Fernsby, imagino que tendrá usted ocupaciones pendientes.

El joven tuvo la decencia de enrojecer con brusquedad.

—Oh, sí, desde luego. Señores, señora Gibbs...

Se cruzó en su apresurada huida con el lacayo que regresaba a cuchichear algo al oído de Elinor. Los ojos de la joven se abrieron con sorpresa. Apretó las palmas de las manos, trenzó los dedos para calmarse y entró en el salón, donde ninguno de los tres hombres había tomado asiento.

—Me temo que el señor Bennet no está disponible en estos momentos. ¿Puedo ayudarles yo en algo?

El hombrecillo suspiró contrariado y sacó una tarjeta de visita del interior de su gabán, que le entregó al ama de llaves.

—Entréguele mi tarjeta, que venga a verme; necesito hablar con él cuanto antes, es un

asunto de suma importancia.

En cuanto los hombres salieron por la puerta, Elinor bajó de dos en dos las escaleras hasta el almacén y de ahí, a la bodega. Tal y como el lacayo había descrito, encontró al señor Bennet en pésimas condiciones, sentado en el suelo con la espalda apoyada contra la pared, la mirada vidriosa y una botella de brandy caro casi vacía entre las manos. No, desde luego, en la forma exigida para atender a una visita que pintaba problemática.

—¡Señor Bennet! —Se arrodilló a su lado— ¿No le da vergüenza? ¿Qué hace aquí, borracho como una cuba?

—No estoy borracho. Nada de eso. Solo un poquito..., ebrio —puntualizó él con lengua resbaladiza.

—Bueno, lo que sea. ¿Le parece que es modo de comportarse?

—Hasta donde recuerdo siempre me he portado bien, demasiado bien. Y ha sido aburrido.

A Elinor se le escapó una sonrisa. Parecía estar hablando por su propia boca, en aquellos tiempos cuando se transformaba en lady Mary Wildmore y se encaramaba a las fachadas ajenas para colarse por sus ventanas y esquilmar las vitrinas y cajas fuertes.

—Han vuelto esos hombres —advirtió con un deje de preocupación—, lo están buscando. Me han dado una tarjeta... —La sacó de su bolsillo.

Richard la rechazó cerrando los ojos y frenándola con una mano.

—¿Puede leerla por mí?

—El caballero es un abogado. Se llama Joseph Onna, ¿le suena de algo?

—Ni lo más mínimo. ¿Qué he hecho ahora?

Elinor se dejó caer a su lado, abrazándose las rodillas flexionadas.

—¿Por qué tiene que haber hecho algo?

—No sé, lo intuyo. Será que no estoy pasando por mi mejor momento. Y usted parece tremendamente furiosa conmigo de manera permanente.

—Esperaremos un rato a que se sienta más despejado y subiremos como si nada. El señor está trabajando, no va a enterarse.

Por toda respuesta, Richard soltó un gruñido.

Elinor se quedó mirando su abundante cabello, revuelto y despeinado por primera vez, la camisa abierta en varios botones dejando al descubierto sus formados pectorales y la pradera de suave vello que los cubría, como a la peor tentación.

—¿Recuerda que dio por sentado que esta vida se me quedaba corta, que esperaba más de ella? —arrancó, empeñada en darle charla—. Pues tenía usted razón.

Él fingió retirarse con una ceja arqueada.

—¿He oído bien? ¿No me engañan mis oídos? ¿De verdad esta mujer terca está admitiendo que otro humano estaba en lo cierto? El mundo debería pararse en este mismo instante.

—No lance las campanas al vuelo, no acertó de pleno. En ningún momento me referí a riquezas, o a clase social: se me queda corta en emociones. Debe de ser que no estoy hecha para una existencia pacífica.

—Aburrida —precisó él con una sonrisa cómplice.

—Hubiera querido expresarlo de un modo más poético, pero sí. Las vidas corrientes me producen pavor. Y de repente estoy aquí, en esta casa, atada y amordazada sin nada interesante que hacer salvo hablar con usted. —Richard la miró sin comprender, con los ojos entrecerrados

—. Charlar con usted es interesante. Por eso echo tanto de menos nuestras tertulias, nuestra incipiente camaradería. Por eso estoy irritada.

—De modo que no está furiosa por lo que le digo, sino por lo que no le digo.

—Algo así.

El soplo de esperanza que Richard había creído recibir se extinguió convertido en una voluta de humo. Toda su vida, su corta vida de seis años tratando de hacer lo correcto, ser honesto, un buen hombre, y ahora que encontraba a una mujer capaz de mover todo su mundo, el hecho de carecer de pasado venía a escupirle a la cara.

—Entonces se trata de eso, soy su..., entretenimiento favorito.

—No lo diga de ese modo, no sea cruel. Es usted..., alguien que me importa; alguien a quien aprecio.

—¿Y algo más?

Ella permaneció en silencio. Richard decidió ser optimista y volvió a tutearla.

—Me alegra despertar en ti cosas que no pueden pronunciarse en voz alta.

Elinor agradeció a la oscuridad de la bodega que no delatase el ardor en sus mejillas. Sin embargo, no logró que su temblor pasara desapercibido.

—No es eso, es...

Él le tomó una mano, repentinamente helada, y se la llevó a la mejilla para frotarla en forma de caricia en círculos. Le besó uno a uno, los nudillos.

—¿Qué me has hecho, Elinor? Maldita sea, no puedo ni respirar si no te veo.

El corazón de la joven brincó de gozo, de turbación. Sintió un infinito placer recorriéndole las venas, al tiempo que una insondable incertidumbre.

Miedo.

—¿Y qué me has hecho tú a mí? —musitó en un murmullo que casi no se oyó.

—No puedo dormir, apenas como, no dejo de pensarte. Me pregunto si esto que siento, en caso de ser correspondido, no será otra cosa que una desgracia para los dos. Significas mucho para mí y no sé si soy lo que te mereces.

—Solo merezco amor sincero, es lo único que necesito, con un amor de verdad me basta...

—Tampoco sé si puedo quererte como debería, ni siquiera sé si soy capaz de amar.

Estaban muy cerca el uno del otro. Pegados los rostros, apoyadas las frentes, compartiendo el aire que respiraban. Y les costaba controlar el pulso desbocado.

—No voy a besarte —susurró Richard, ronco de deseo.

—No vas a besarme —repitió Elinor, decepcionada.

—Estoy muy borracho —aclaró, pensando que ella se merecía una explicación.

—Y estando bebido besarías a cualquier mujer, fuera quien fuese —dedujo Elinor, enfurruñada, notando el violento tirón de la excitación no satisfecha a la altura del vientre.

—Jamás besaría a otra mujer por el hecho de no estar sobrio. Entiende de una vez que tú eres mi mayor y único pecado.

—¡Señora Gibbs! ¡Señora Gibbs! —La voz de una doncella se oyó a lo lejos.

Elinor dio un respingo.

—Están buscándome, seguramente ya han llegado los niños. Vamos, apóyate en mí —lo agarró del brazo y tiró hacia arriba—, debes salir al jardín por la puerta lateral, que te dé el aire, procura que nadie te vea. Saldré en cuanto pueda escabullirme y te llevaré un café bien cargado para despejarte la cabeza.

—Elinor...

—Vamos, Richard, pon un poco de tu parte, sola no puedo, no soy tan fuerte...

Él colaboró en erguirse, rendido a la evidencia de que la magia de la intimidad que habían logrado se había desvanecido en el aire, que ya no era momento de confesiones ni de caricias templadas. Ascendieron con cautela por la escalera, tratando de no cruzarse con ningún criado y en cuanto les fue posible, se separaron. Richard la miró una última vez, con un asentimiento entre triste y sonriente, y salió al jardín sin hacer ruido. Elinor se estiró la falda, recolocó sus mechones desordenados, se aclaró la garganta y salió al corredor, a recibir la entusiasta bienvenida de los niños que, entre gritos que molestaron sobremanera a la joven

señorita Lindsay, se arrojaron en sus brazos.

La hermana del señor de la casa no les dedicó muchas atenciones a sus sobrinos. Mucho menos, esfuerzo. En cuanto le fue posible desapareció del saloncito donde se habían reunido. En cuanto a su amiga, la señora Widow, y su insoportable hermano, ni se dignaron a aparecer.

—Te echábamos de menos, papá. —La pequeña Magda echó los bracitos al cuello de Robert, que los contemplaba con arrobó sentado en su sillón frente a la chimenea.

—¡Vaya! —exclamó él, divertido— Cualquiera lo diría, si pensé que os quedaríais a vivir definitivamente en Grovenor House.

—El bebé es tan adorable, papá, ni lo imaginas —le contó Lilian entusiasmada.

—Queremos uno —demandó Magda mostrándoles todos los dientes.

—Y el marqués nos está enseñando tiro con arco. —El joven Robert se plantó ante su padre con los pies separados y pose de poderoso soldado, simulando que disparaba una flecha imaginaria.

—Aunque lady Heallford nos ha dado clase a diario —aseguró Lilian, muy formal—, la señora Gibbs lo sabe, no nos hemos atrasado lo más mínimo en nuestros estudios, papá, todo lo contrario.

Robert los abrazó y besó por turnos hasta que todos se apretaron al tiempo formando una gran piña. Elinor los miraba conmovida desde su posición junto a la puerta. Los ojos de Robert la buscaron atravesando la estancia y al cruzarse con los suyos, le brilló la ternura, esa sensación peligrosa que tanto la debilitaba. Sí, aquella familia era su talón de Aquiles, su punto vulnerable.

—Les dejo para que se cuenten sus cosas —susurró, impaciente por acudir a su cita con Richard.

Voló a la cocina sin perder un segundo, recogió el café que ya había encargado a Prude y, sin preocuparse siquiera de echarse un chal sobre los hombros, salió al jardín con la respiración acelerada. Si su intuición no la engañaba, lo encontraría donde siempre, bajo el gran árbol, en su lugar favorito de la casa. Al parecer, el de ambos.

Y en efecto, allí estaba; solo que en absoluto del modo que ella hubiera imaginado.

A la sombra del sicomoro, Richard y la señorita Lindsay se tocaban de pies a cabeza, de lo cerca que estaban uno del otro. Y si sus malditos ojos no la engañaban...

¡Se estaban besando!

Elinor ahogó un gemido de decepción y dejó caer la taza al suelo, que rodó sobre la hierba. Lo último que vio antes de salir corriendo con lágrimas en los ojos fueron las pupilas de Richard, buscándola con angustia en la distancia.

—¡Señorita Lindsay! Señorita Lindsay, pero ¿qué hace?

Prescindiendo por completo de las normas básicas de protocolo, Richard se quitó a la dama de encima, manteniéndola a distancia sujeta a la altura de los hombros, mirándola con incredulidad, su mente súbitamente despejada.

¿Cómo demonios había llegado hasta allí?

—Señor Bennet...

Entre brumas, recordaba haber recorrido el jardín tambaleándose, contando cada minuto que faltaba para volver a ver a Elinor con la excusa de aquel café. Y que le dolía horriblemente la cabeza; aunque se apretara las sienes con los talones de las manos no lograba liberarse de aquella maligna presión que le impedía pensar con claridad. Recordaba haber tropezado con sus propios pies y haber caído en brazos de alguien, que de algún modo torpe lo sujetó.

Y nada más.

De repente tenía los labios de Greta Lindsay sobre los suyos, los antebrazos en los que se había apoyado para no caer le rodeaban ansiosos la espalda y un cuerpo esbelto que no era el de Elinor se pegaba contra el suyo con desbordada pasión.

—¡Señorita Lindsay! —repitió abrumado— ¿De dónde ha salido usted?

La joven lo miró desquiciada, con una mueca que enseguida viró a ofendida. Levantó una mano y la descargó con la palma abierta sobre el rostro de Richard.

—¡Canalla! ¡Sinvergüenza! ¿Cómo se atreve? ¡Mi hermano sabrá de esto!

Sin aclarar nada más, dio media vuelta y escapó corriendo por la vereda del jardín. Sin poder pelear contra el recuerdo de Elinor mirando espantada cómo abrazaba y besaba a la hermana del señor de la casa, se dejó caer en el banco nuevamente aturdido. Vio una sombra pasar cerca de su costado.

—Señor Bennet, ¿qué le ocurre? ¿Se encuentra mal?

Era uno de los lacayos, alzándolo de un brazo con expresión confundida. Richard se sujetó a él mientras notaba el suelo temblar bajo sus pies.

—Vamos, señor Bennet, lo llevaré a su cuarto.

—¿Quién le ha dicho dónde encontrarme? —consiguió balbucear.

—Me envía la señora Gibbs. Me insistió en que nadie puede vernos. Por aquí...

El brandy le había sentado condenadamente mal, se dijo en cuanto apoyó la cabeza en la almohada. ¿Significaba eso que en ese otro pasado olvidado no era un sucio borrachín? Menos mal, algo de lo que alegrarse.

Y acto seguido, se quedó dormido como si en su vida plácida no existieran las preocupaciones.

Cuando abrió de nuevo los ojos, el silencio le retumbaba como un tambor dentro de la cabeza. Al menos pensaba y veía con mayor claridad. ¡Cielo santo! ¿Cuántos años hacía que no bebía ni una gota de licor? ¿Y cuántas botellas había vaciado llorando sus penas y autocompadeciéndose en la bodega? Al menos tres. Era un milagro que no estuviese muerto. Echó una ojeada por la ventana casi al tiempo que sacaba su reloj de bolsillo y consultaba la hora: pasada la cena. El cielo oscuro como la tierra recién arada. Seguramente el resto del

servicio habría cubierto su inexcusable ausencia.

Se miró al espejo avergonzado.

Jamás, que él supiera, había tenido un comportamiento tan inadecuado, tan poco honorable, tan deshonroso. Qué desmérito como mayordomo. ¿Qué pensaría Elinor? Lo había encontrado completamente ebrio, había mentido por él y él le había pagado con una humillación bochornosa. Poco importaba que no tuviese intención alguna de besar a la señorita Lindsay, Elinor no lo creería.

Salió de puntillas al corredor y procurando no hacer ruido reptó hasta la habitación del ama de llaves. Golpeó despacito la puerta.

—Elinor, ¿estás ahí? —No obtuvo respuesta— ¡Elinor, abre, te lo ruego! ¡Elinor!

Cuando menos lo esperaba, la puerta se abrió de golpe.

—¿Qué pretende? ¿Despertar a toda la casa? —Llevaba puesto un camisón y una bata y la hermosísima melena suelta caía en cascada hasta la cintura. Sin las gafas obstaculizando, Richard no tardó en quedar atrapado en aquellos increíbles ojos verdes.

—Necesito hablar contigo.

—Vaya a dormir la borrachera y mañana será otro día —ordenó ella, despectiva, sin seguirle el juego del tratamiento informal.

—Lo que ha ocurrido con la señorita Lindsay..., lo que has visto...

Elinor le puso una mano delante de la cara con la que exigía silencio.

—No tiene que darme explicaciones, ¡ninguna! Déjeme en paz, no debería tenérselo en cuenta, al fin y al cabo, estaba borracho. Y ya le advertí que en esas condiciones sería capaz de besar a cualquier mujer.

—Elinor, ha sido un malentendido, te lo juro por lo más sagrado, permíteme explicarte.

—No quiero que me explique nada, ya lo vi con mis propios ojos.

Ojos cargados de dolor, según pudo comprobar Richard con pesar. Empañados y casi vidriosos en una dura lucha por contener las lágrimas. Bennet se sintió responsable de todo el sufrimiento que le estaba causando y se odió más que nunca.

—Bien, entonces al menos deja que me despida.

Ella no pudo disimular su zozobra, aunque lo intentó.

—¿Despedirse? ¿Es que se marcha a alguna parte?

—Mañana iré a ver a ese hombre, el que me está buscando desde hace tanto. Y si tienen algo de lo que acusarme lo enfrentaré con el poco honor que me queda tras el día de hoy.

Elinor desvió la mirada hacia el marco de la puerta fingiendo indiferencia.

—Haga lo que le parezca bien.

—Es posible que no volvamos a vernos —apuntó él con un hilo de voz—. Así que permíteme pedir disculpas. Humildemente.

—Deje de decir tonterías y váyase a dormir —masculló ella, con un amago de cerrarle la puerta en las narices.

Él la detuvo con la mano.

—Tienes que perdonarme. Te juro por lo más sagrado que eso que has visto no ha sido voluntad mía.

Elinor le mantuvo inmovible la mirada. Silenciosa y fría. Richard sucumbió, agachando la cabeza y los hombros, apartó la mano de la puerta.

—Buenas noches.

Ella no respondió, solo lo vio caminar en dirección contraria hasta perderse al fondo del pasillo. Y una punzada de agudo e insoportable dolor se le clavó en el costado haciendo del respirar algo trabajoso. Entrecerró los ojos, se obligó a revivir la escena en el jardín con la señorita Lindsay abrazada a Richard, sus labios saboreando los de él como si minutos antes no la hubiera hecho sentir a ella única, importante, especial.

Espejismos. Crueles espejismos, se dijo y se repitió, negándose a llorar.

Pero si por alguna causa que desconocía Richard no regresaba jamás a Lindsay House... No podría soportarlo. Podía no poseer su amor y sin embargo, le bastaba tenerlo allí, relativamente cerca, poderlo ver, beneficiarse del sonido de su voz con todas aquellas cosas prohibidas que le provocaba y le hacía imaginar. Con la extraña sensación, al mirarlo, de que un

arco enigmático dibujado en el destino de ambos los vinculaba.

Cerró la puerta y se dejó caer en la cama a sabiendas de que el amanecer la sorprendería sin haber dormido.

Richard llegó a la casa Lindsay a pie desde el despacho del señor Onna. El trayecto era largo, si bien se negó a tomar un coche de alquiler porque necesitaba caminar y el golpe del aire en el rostro para reaccionar después de aquello. Llegó abstraído, ausente, sumido en interrogantes sin respuesta, pensativo como nunca. Su brusca entrada a las cocinas asustó a la señora Hills al punto que el trapo que tenía en las manos saltó y le cayó sobre los zapatos.

—¡Señor Bennet! —contuvo el aliento— ¡Ha vuelto!

Esa simple exclamación le hizo entender que, de algún modo, todos en la casa esperaban que quedara preso. No supo si alegrarse o desear la muerte.

—¿Me prepararía un café..., bien cargado, señora Hills?

—Cla..., claro. Enseguida.

La buena mujer se concentró en la faena mientras Richard se dejaba caer desmadejado sobre una silla, con ganas de nada. Adivinó que la curiosidad por saber la mataba, pero él no encontraba las fuerzas precisas para explicarse. Se mantuvo en enigmático silencio hasta que la cocinera regresó con dos tazas y poniéndole una por delante, tomó tímidamente asiento a su lado.

—Me he permitido prepararme otro, si no le molesta, me irá bien, ha sido un comienzo de día particularmente difícil.

Richard levantó apenas unos ojos cansados e igualmente hipnóticos.

—¿Por qué razón?

—La señorita Lindsay ha vuelto a cambiar los menús de toda la semana a partir de hoy mismo, hará un rato. No se ha topado con ella por casualidad del cielo.

Sin despegar los labios, Richard dio fervorosas gracias a todos los santos.

—¿Quiere contarme? —lo alentó la mujer.

El joven mayordomo asintió con un cabeceo desalentado.

—Deje primero que me tome el café. Es algo complicado de explicar.

—La señorita Violet quiere un poco de pudding, señora Hills, ¿queda algo?

—Oh, señora Gibbs, ¿dónde lleva metida toda la mañana?

—¿El pudding? —insistió Elinor impaciente.

La cocinera se dirigió a un estante y tomó un recipiente con las dos manos. Cortó parte de su contenido con un cuchillo y lo dispuso en un plato.

—Está usted muy irritable —observó, entregándoselo a regañadientes.

—Es ese detestable señor Fernsby... Lo siento, señora Hills, me tiene un poco desquiciada.

—¿Sigue persiguiéndola?

Elinor se agarró con todos sus dedos al plato que sostenía.

—Por todas partes y a todas horas. El señor trata de no coincidir con él, siendo su huésped apenas le habla; es una situación muy desagradable, ¿cuándo piensa marcharse ese hombre al que nadie de la familia ha invitado?

—No sé qué diablos pretende. Es tan molesto como su hermana.

—Y la propia señorita Lindsay. En fin, voy a llevar el pudding...

Antes de que pudiera abandonar la estancia, la cocinera la agarró por el brazo y la hizo retroceder.

—Necesita saber algo que ha pasado, algo relacionado con el señor Bennet.

La expresión de Elinor se crispó un tanto al escuchar su nombre.

—Es importante —recalcó la cocinera.

El ama de llaves dejó ir un largo suspiro.

—¿Cuál es la historia?

—¿Puede sentarse un momento?

—La señorita Violet me está esperando...

—No la entretendré demasiado, haga el favor. Todavía estoy impresionada con la noticia.

—¿Se lo ha contado él?

La señora Hills cabeceó.

—Esta mañana visitó a ese abogado, el hombre que lo andaba buscando.

—Sí, lo sé, ya me adelantó que lo haría.

Instintivamente, los largos dedos de Elinor retorcieron la tela de su falda. Tenía un palpito, un palpito inquietante.

—Bueno, había una buena razón por la que estaban tratando de localizarlo.

—¿Lo culpan del incendio? —La voz de Elinor sonó gutural. Entrecortada.

—Es algo relacionado con el duque, aunque no tiene nada que ver con el fuego en la mansión.

—Señora Hills... Está visto y comprobado que quiere usted matarme de angustia.

—Lord Boran... —La cocinera se inclinó sobre ella, aletargando el tono de voz hasta convertirlo en un susurro confidencial—, en su testamento... Lo ha dejado heredero de todos sus bienes personales.

Elinor abrió desmesuradamente la boca y estuvo a punto de soltar el pudding.

—Todos los bienes que no estaban vinculados al título, señora Gibbs. ¡Todos! Incluida la enorme mansión al final de la calle.

Cuando tras servir el almuerzo a los miembros de la familia en el comedor principal, a los niños en la sala de estudio y, a la señorita Violet en su gabinete, el servicio pudo reunirse en la gran mesa de la estancia anexa a las cocinas a disfrutar de una corta pausa y reponer fuerzas, todos los ojos estaban clavados en el mayordomo, a la cabecera, como de costumbre, inusualmente callado. Nadie habló, todos lo miraban como si fuera un ser de otro planeta.

—Compruebo que la señora Hills no ha podido mantener cerrada la boca y los tiene bien al corriente de las buenas nuevas. —Finalmente fue el propio Richard quien rompió el hielo. No sonó rabioso, ni enfadado. Sonó gélido e indiferente.

—Señor Bennet, yo... —quiso justificarse la cocinera.

—Entienda que era algo demasiado importante como para callarlo —la defendió Elinor con premura—. Piense lo tranquilos que nos deja saber que nadie le busca por ningún crimen y lo mucho que nos alegramos por su buena fortuna.

Richard habría deseado un tono un poco más cálido, aunque se contentó con que ella le dirigiera la palabra. Levantó las cejas y la observó, tratando de leer sus intenciones.

—¿Se alegran?

—¡Por amor del cielo, señor Bennet, claro que sí! —aullaron la señora Hills y dos de las muchachas a coro.

—Ahora es usted inmensamente rico —apuntó la tercera criada, embriagada de emoción.

Él se encogió de hombros y siguió comiendo.

—¿Guardarán el secreto? —preguntó sin dirigirse a nadie en particular.

—No creo que algo así pueda mantenerse fuera del alcance de los chismosos mucho tiempo —calculó la cocinera, con un puchero.

—Pronto será la comidilla de toda la ciudad —añadió otra de las doncellas.

—¿Piensa dejar el trabajo? —quiso saber Fany.

—¿Se mudará a la mansión del duque? —preguntó Prude casi al mismo tiempo.

—Ni lo uno ni lo otro. De momento, en mi vida todo seguirá tal cual está —fue la inesperada respuesta de Bennet.

Todos los criados salvo Elinor Gibbs se miraron perplejos.

—Pero no puede ser que sea usted ahora dueño de semejante fortuna y siga a las órdenes del señor Lindsay como un empleado cualquiera. Seguramente es usted cien veces más rico que el mismísimo patrón...

—No tiene mucho sentido mudarse sin familia a esa enorme casa. Aquí estoy bien, con ustedes no me siento solo, soy razonablemente feliz.

—Todo eso me parece muy bonito y gratamente enternecedor, señor Bennet —bufó la cocinera—, no obstante, no debería olvidar que a partir de ese testamento usted pertenece a otra clase que, desde luego, no es la nuestra.

—El dinero es incapaz de cambiarme, señora Hills. —Una sonrisa algo inesperada dejó al descubierto sus perfectos dientes—. Se lo aseguro. Como les digo, quizá cuando funde una familia sea el momento correcto para ocupar esa mansión, no antes.

Y pocos entendieron por qué al pronunciar eso, sus ojos se desviaron y, por un brevísimo instante, se posaron en Elinor Gibbs.

—Estoy convencido de que, de haber sido legalmente posible, Boran lo habría hecho heredero hasta del título y de todas las tierras y propiedades anejas. Aun así, acaba de convertirse en uno de los hombres más ricos de Inglaterra.

El señor Fairfax arqueó con sorpresa sus pobladas cejas e hizo una seña al mozo para que le sirviera otra copa de coñac. El ambiente en White's, distinguido club de caballeros, era el de siempre, con pequeñas y ruidosas agrupaciones jugando ajedrez o naipes, discutiendo sobre las conveniencias políticas o simplemente bebiendo, envueltos en una agradable charla. Cuando tuvo el licor sobre la mesa, despidió al camarero con un gesto y se concentró en su interlocutor.

—Parece una historia sacada de una novela de aventuras.

—Ya sabe que lord Boran no tenía familia y vivía entregado a la beneficencia. Le tomó mucho aprecio a ese joven y al parecer, los sentimientos eran mutuos y bien correspondidos ya que, como mayordomo suyo, el tal Bennet arriesgó la vida para sacarlo de las llamas cuando se incendió la mansión.

—¿Cabe la posibilidad de que se trate de algún hijo... secreto del duque?

Lord Relish negó vigorosamente con la cabeza.

—¿Un bastardo? Nada de eso. Jamás hubo misterios en la transparente vida de lord Boran y desde que su esposa falleció, el señor los tenga ambos en su gloria, no había vuelto a

mirar a otra mujer ni de lejos.

—Es extraño —masculló el señor Fairfax paladeando el regusto que el coñac de calidad le dejaba en la boca.

—No tanto, tengo entendido que se trata de un joven extraordinario, con aguda inteligencia y amplias capacidades, si bien su pasado es trágico: por algún desventurado accidente perdió por completo la memoria y es incapaz de recordar nada de sí mismo o su entorno antes de conocer a su excelencia.

—Vaya... Una auténtica fatalidad.

—Después de tanto penar ha tenido buena fortuna, aunque en realidad lo compadezco —confesó lord Relish con una risita juguetona—: las matronas con hijas casaderas van a acosarlo día y noche como la pieza más preciada de la temporada.

Los agotados ojos del señor Fairfax estaban concentrados en el bailoteo de las llamas dentro de la chimenea.

—Eso, mi estimado amigo —repuso con aire pensativo—, suena de lo más espeluznante.

Cuando se despidió del barón en la puerta de White's, en lugar de dirigirse a su casa como en un principio tenía planeado, el caballero se dirigió de vuelta a sus oficinas desde las que regentaba sus varias navieras y donde ya había invertido parte de la jornada. Hizo llamar a su hombre de confianza y se sentó tranquilamente tras su mesa a esperar.

James Potter no tardó en aparecer. Diminuto y de apariencia inofensiva, la típica persona invisible que pasa por completo desapercibida, algo perfecto para quien, como él, se dedicaba a espiar e investigar en beneficio de su patrón. Potter manejaba los bajos fondos, se movía con soltura en las tabernas y barrios marginales, y conocía a todo el mundo. Si tu deseo era desentrañar los trapos sucios de cualquier aristócrata, James Potter era el instrumento ideal.

—Señor, ¿en qué puedo servirle?

—¿Conoces al nuevo heredero del duque de Boran?

—¿El señor Richard Bennet? Claro que sí, señor, todo el mundo sabe de él, la noticia de su suerte se ha extendido como un reguero de pólvora por la ciudad.

El señor Fairfax se inclinó sobre su mesa.

—Quiero saberlo todo, absolutamente todo acerca de ese hombre: en qué fecha se le vio por primera vez en Londres, quién lo ayudó, cómo conoció a lord Boran, hasta cómo iba vestido el día que ingresó en el hospital. Todo.

James Potter sonrió servil y su rostro adquirió por un instante la apariencia de una comadreja.

—No se preocupe, señor.

—Y hazlo rápido. Tengo planes que no pueden esperar.

Gretta Lindsay dio una patada en el suelo, con los puños apretados a los costados, gimoteando no de tristeza, sino de rabia, como una niña de dos años en plena pataleta.

—¡No me estás escuchando! ¿Has entendido la gravedad de lo que te acabo de contar?

Robert dejó ir un profundo suspiro y colocó el libro que llevaba en las manos en el estante de la biblioteca, con una parsimonia que sacaría de quicio a cualquiera.

—¡Ese hombre infame intentó besarme! Y no solo eso, Robert, ¡estaba bebido!

—¿Qué hacías tú en el jardín a esas horas? —fue la respuesta de su hermano.

Gretta tuvo ganas de arrancarse los pelos.

—Yo..., yo... ¡Eso da igual! Lo vi por la ventana, parecía desorientado, andando en círculos, a punto de desmayarse, ¡solo fui caritativa! Pensé que estaba enfermo y bajé a auxiliarlo. ¡No puedes reprocharme el que fuera buena samaritana!

—Pudiste avisar a uno de los lacayos, no es muy decoroso que una señorita baje a prestar apoyo a un criado, disponiendo de otras opciones más convenientes.

El berrinche de Gretta se disparó. Estaba claro que su hermano no daba crédito a sus palabras, por alguna razón oculta ponía en duda sus acusaciones y ella tenía que desacreditar al mayordomo antes de que la escena llegara a oídos de Robert por otra vía donde ella no saliera tan

bien parada.

Probablemente, la aborrecible señora Gibbs ya le había ido con el cuento... Al fin y al cabo, que ella supiera, era la única testigo del vergonzoso beso robado al señor Bennet.

Persiguió a su hermano por toda la biblioteca mientras Robert revisaba otros títulos, sacando libros de las estanterías y devolviéndolos a su lugar.

—¡Debes despedirlo de inmediato! Mantener en casa a alguien como él mancillará la reputación de nuestra familia...

—No creo que haga falta despedirlo.

—¿No? —se escandalizó— ¿Se propasa con tu única y virginal hermana y no consideras necesario...?

—Me temo que el propio señor Bennet nos dejará pronto, por propia voluntad. —Sonrió ante la mueca estupefacta de Greta—. ¿No lo sabías? Richard Bennet es ahora mucho más rico que yo.

Gretta Lindsay estuvo a punto de desplomarse como un fardo al suelo.

—¿De qué hablas, hermano?

—Veo que no estás tan al tanto de las habladurías como yo pensaba, si bien yo no llamaría a esto chisme, más bien noticia o en todo caso, rumor confirmado: el duque le ha dejado toda su fortuna personal en testamento: fincas con arrendatarios y aparceros, una enorme fortuna en efectivo, acciones de diversas empresas y la mansión al final de la calle, entre otras lindezas.

—Júrame que no estás bromeando.

—¿Bromearía yo con algo así? Será una gran pérdida, no solo nos volvemos a quedar sin mayordomo, sino que nos despojan de una persona excelente, Richard Bennet es muy de mi agrado.

Observó, conteniendo la risa, el estado catatónico en el que sus palabras habían sumido a su hermana. Hasta la energía que desprendía su cuerpo había sufrido una mutación.

—Puede que ahora quieras replantearte las ventajas que supone el que ese joven se sienta, según me cuentas, fuertemente atraído por ti. La próxima vez que intente besarte en contra de tu

voluntad, querida hermana, no te resistas, sé astuta y devuélvele el beso. Por cierto, olvidaba decirte que mis hijos volverán a compartir mesa con el resto de la familia y nuestros ilustres y persistentes invitados, como han hecho siempre.

—Pero la tía Violet...

—La tía Violet nunca se quejó de ellos, ni de sus risas, ni de sus charlas ni de su alegre comportamiento. De hecho, me ha prometido volver a compartir mantel si los niños regresan. — Le dedicó una sonrisa enigmática y alguien habría dicho que con un matiz de malicia—. Si tanto te molestan puedes comer en tu gabinete, Gretta, por nosotros no hay inconveniente.

La señora Hills removi6 la enorme olla con un cuchar6n de madera y los aromas del guiso ascendieron hasta el techo en forma de irresistibles volutas.

—Eso huele a pura bendici6n, se1ora Hills —alab6 Richard, entrando en la cocina y acod6ndose en la mesa.

La cocinera solt6 el cuchar6n y lo mir6 muy nerviosa. Desde que Bennet haba heredado todo aquel dinero, tantas propiedades, la mansi6n fastuosa, una fortuna con la que ellos no podan siquiera fantasear, ya no saban c6mo tratarlo. Si bien era cierto que 6l no haba variado un 6pice su comportamiento, su actitud hacia los miembros del servicio era la de siempre y su sumisi6n y respeto para con la familia, encomiables como de costumbre.

No obstante, todo era distinto ahora. Ser6 de necios negarlo.

La 6nica que segu6a manej6ndolo con id6ntica distante cortes6a era la se1ora Gibbs, demasiado ausente y atareada en su doble papel de dama de compa1a de la anciana se1orita Violet, y ama de llaves en la sombra.

—Gracias, se1or Bennet. 6Querr6a probarla? Me har6a un favor si me indica el punto de sal...

—Ser6 todo un placer —acept6 6l, sirvi6ndose al mismo tiempo un vaso de agua.

—Deje, ya se lo pongo yo... Las muchachas están disponiendo la mesa en el comedor del servicio, vaya y acomódese, enseguida le llevaré el caldo.

—¿Ya no le agrada que me siente aquí, en esta mesa haciéndole compañía mientras guisa?

Los ojos surcados de arrugas de la mujer lo miraron con pesadumbre.

—Ay, señor Bennet...

El joven se puso en pie y se acercó a los fogones. Con las manos se señaló el pecho.

—Soy el mismo, señora Hills, el mismo Richard de siempre, por favor, no se sienta cohibida. —La mujer asintió con evidente trabajo, él volvió a sentarse y cambió de conversación para que ella se sintiera un poco más serena—. Parece que las damas de la casa andan hoy un tanto revolucionadas con la perspectiva de otra fiesta... ¿Sabe si la señora Gibbs...?

Se le atragantó el nudo en la garganta, no pudo rematar la pregunta. No es que la cocinera lo necesitara.

—¿Acudirá? Probablemente; si la señorita Violet decide ir, no le va a quedar más remedio. —Lo miró de frente— ¿Quiere que opine con toda franqueza? ¿Igual que siempre? Lo haré. ¿Por qué no habla claro con ella? ¿Por qué no le abre de una vez el corazón y le deja saber lo que siente?

—Me abofeteará o saldrá corriendo, no quiere verme ni en pintura.

—No diga ridiculeces. La señora Gibbs puede resultar un poco áspera de cuando en cuando, pero tiene un corazón enorme. Me consta lo mucho que le cuesta tomarle cariño a la gente, aunque si lo hace, es para siempre.

Richard hundió la cabeza, todavía un poco confuso con sus propias emociones.

—Puede que antes tuviera una excusa, señor Bennet, era pobre de solemnidad, no tenía futuro y todo eso, sin embargo, ahora... Ahora su destino brilla como el mismo oro. Inténtelo...

—¿Y si ella no me acepta? Sé que hay algo que la une a esta familia, al señor Lindsay, por nada del mundo querría meterme en medio...

La señora Hills abrió la boca para contestar, pero ese fue el momento elegido por un

lacayo para irrumpir en la cocina hablándoles a grandes voces.

—¿Está preparada la comida? Tengo las tripas vacías desde esta mañana.

—Pase al comedor, se servirá en un periquete —indicó la cocinera, de mala gana.

El muchacho larguirucho cruzó la estancia en dirección a la sala contigua, no obstante, a mitad de camino volvió sobre sus pasos.

—Ah, señor Bennet, por poco lo olvido, llegó esto para usted en el correo de la mañana.

Sacó una especie de carta, se la entregó y sin más, siguió su camino. Richard se la quedó mirando con sorpresa. Ya sabía lo que contenía sin necesidad de abrirla, era idéntica a otra dirigida a los señores de la familia que él mismo había entregado días atrás. Rompió el sello y la desplegó.

—Una invitación a la fiesta de los condes de Rosenhall esta noche.

La cara de la señora Hills se iluminó como si los rayos de una luna llena se hubiesen concentrado solo en ella.

—¿Ve? ¡Ya hasta lo invitan a fiestas elegantes! No puede continuar aquí ejerciendo de mayordomo, señor mío, no puede rebajarse de esa manera.

—Señora Hills... —trató en vano de protestar.

La mujer le tomó las manos y se las apretó con afecto.

—Mi querido muchacho, lo que es, es, no se puede discutir contra la vida, siempre llevamos las de perder. Usted ya no pertenece a la planta baja de esta casa, a las cocinas, entiéndalo, siempre tendrá nuestro cariño y todo el agradecimiento que seamos capaces de demostrarle, pero debe dar el paso y romper los lazos por amenazador que resulte.

Richard apretó los labios para no dejar escapar las lágrimas. Los ojos le ardían. ¿Cómo le explicaba sin parecer un estúpido que ellos eran ahora todo cuanto tenía? Un punto de referencia, su familia, el entorno conocido que le hacía sentir seguro, anclado a algo, parte de un todo. Rostros y risas por fin reconocibles, hechos banales que ocurrían y era capaz de recordar al día siguiente. Y sumado a todo ello... La mujer que amaba. La única que había puesto a latir su corazón de nuevo, le había contagiado ganas de vivir y lo había empujado a creer en sí mismo

otra vez.

Dio unas palmaditas cariñosas en el hombro de la cocinera; no se veía con fuerzas para continuar con aquella charla.

—Todo se verá, señora Hills, todo se verá en su momento.

—¡No se lo piense mucho! Veo águilas sobrevolando el monte, podría perderla.

Elinor no puso especial esmero en arreglarse para aquella fiesta; al contrario, lo hizo de mala gana. Los marqueses de Heallford no asistirían ya que el pequeño Georgy se había resfriado. Y sin el aliciente de compartir tiempo con su querida amiga, las posibilidades de entretenimiento de la velada pintaban muy negras. Si a eso le sumaba que tendría que pasarse la noche huyendo de las garras del señor Fernsby y rescatando al señor Lindsay de los asaltos y requerimientos de su hermana, la señora Widow, con el riesgo que ello acarrearía de crear nuevos malentendidos con su patrón, habría dado la mitad de su fortuna escondida por poder fingir una indisposición y librarse de aquella dichosa reunión de sociedad.

Sin embargo, por poco empeño que pusiera, el solo hecho de cambiarse la ropa y el peinado y quitarse las gafas, dejaban de tal modo a la vista su indiscutible belleza, que las dos señoritas la calcinaron con sendas miradas venenosas antes de salir desfilando por la puerta, la señorita Violet y todo el servicio alabó su aspecto, y los ojos de los señores Lindsay y Fernsby hablaron por sí mismos.

Seguramente les parecía bonita. No se permitió ruborizarse, ella estaba muy por encima de aquellas pudorosas reacciones y solo lo habría hecho de tener clavados encima los ojos de... ¿Dónde se había metido Richard?

No lo vio por ninguna parte.

En el vestíbulo, mientras Elinor esperaba con todo respeto a que la anciana señorita Violet se ajustara los guantes, el señor Fernsby se acercó sutilmente a su anfitrión.

—Señor Lindsay, ¿sería tan amable de permitirme acompañar a las damas?

—Ya tiene otras dos damas a las que escoltar, mi buen amigo —le recordó Robert sarcástico—. Y si no me equivoco, lo están esperando en el coche.

—A eso me refería, a que intercambiásemos los carruajes. Usted haría el trayecto con mi hermana y con la suya mientras que yo...

—Acompañaría a mi tía y a su dama de compañía hasta la mansión de los condes —remató Robert en su nombre. Sonrió con frialdad—. Muchas gracias por su ofrecimiento, no es en absoluto necesario.

—Es que..., a decir verdad —amortiguó la voz hasta convertirla en un murmullo—, la propia señorita Gibbs me ha rogado que así lo haga.

Robert Lindsay alzó una ceja, incrédulo, al tiempo que aceptaba el bastón y el sombrero de manos del lacayo.

—¿Ella se lo ha pedido?

—No he querido comprometerla revelando tal detalle, lo veo altamente escandaloso.

—Francamente, no lo es tanto salvo que pretenda usted abordarla saltando por encima de mi anciana tía. Viajarían acompañados.

Paul Fernsby no era demasiado listo, pero no necesitó de un intelecto agudo para percatarse de que Robert se mofaba de él. Apretó las muelas en un mohín de infantil despecho.

—Tenía la intención de satisfacer los deseos de la señorita para no quedar a sus ojos como un bruto desconsiderado; no obstante, usted no me lo pone nada fácil. —Se inclinó en un rapidísimo saludo—. Acompañaré a mi hermana y a la suya, entonces.

—Nos vemos en el baile, señor Fernsby, que tenga un magnífico trayecto.

Mientras los acordes de la flamante orquesta se esparcían por el gran salón y Elinor se recordaba con insistencia qué buenas intenciones la llevaban a asistir a aquel tipo de eventos para poder seguir sonriendo como si de verdad disfrutara, Paul Fernsby revoloteaba en torno a ella como una mosca molesta. Tras los saludos de rigor a anfitriones y conocidos, el grupo se había instalado en una zona de la sala relativamente cerca de las mesas de bebidas, a petición de la señorita Violet. Apenas el señor Lindsay hizo amago de solicitar un primer baile a Elinor, circunstancia que la anciana a la que acompañaba habría autorizado gustosa, la señora Widow se atravesó en su camino recordándole una promesa de bailar juntos que él no recordaba haber hecho jamás.

Nobleza obliga, que habría dicho Hope. El caballero no tuvo más remedio que claudicar y salir de allí dando el brazo a la dama, procurando no rozarle ni las puntas de los dedos.

Viendo despejado el terreno, Fernsby se aproximó envalentonado. No esperaba que Violet Lindsay le cruzara su bastón por delante, impidiéndole el paso.

—Señorita Gibbs, haga el favor de traerme una limonada bien fría. Estoy sofocada con tanta gente alrededor y esto tan penoso apenas si acaba de comenzar.

—Enseguida, señorita Lindsay —obedeció Elinor, reprimiendo una pícara risita.

—Lo cierto es que pensaba invitar a la señorita Gibbs a bailar... —tartamudeó el joven, acogotado por el ímpetu de la anciana—, siempre, claro está, que usted lo estime...

La octogenaria Violet Lindsay golpeó dos veces el suelo con su bastón y una furia inusitada, haciendo un ruido que llegó a oírse por encima de las conversaciones y la música.

—La señorita Gibbs es mi dama de compañía y bailará con quien yo diga.

—Pe..., pero...

—Hay un montón de damas hermosas sin pareja esperando que un alma caritativa les alegre el rato. ¿Por qué no se anima?

—Ya, pero la señorita Gibbs me había prometido tres bailes... —mintió con descaro, aprovechando que Elinor no se encontraba allí para contradecirlo.

—¿¡Tres bailes!? ¡Qué despropósito! ¡Menudo disparate! ¿Pretende que todos estos empiecen a chismorrear y tengamos que comprometerla a toda prisa?

—Bueno, francamente, tampoco me importaría. —Sonrió acuoso. La señorita Violet lo repasó con desagrado—. La señorita me parece una persona atractiva y llena de talentos...

—¡Caballero, no insista! Un hombre respetable que se precia de serlo debería saber cuándo abandonar.

Fernsby insufló aire a sus pulmones y valor a sus palabras, volviendo a la carga.

—Señorita Lindsay...

—Mire, ahí tiene a mi sobrina con cara de velatorio. Ande, llévesela a ver si consigue sonsacarle un mohín de agrado. Le aseguro que esa empresa conlleva un desafío mucho más estimulante que robarme la dama de compañía.

Paul y Gretta intercambiaron un par de muecas tensas. Elinor regresaba con dos vasos de limonada.

—Señorita Lindsay —se rindió el joven, dirigiéndose a Gretta—, ¿me concedería el placer de...?

—Desde luego que sí —lo interrumpió ella con impaciencia.

El dúo desapareció y se quedaron a solas. Elinor tomó asiento a la derecha de Violet

Lindsay y entregándole su bebida, saboreó un sorbito de la suya.

—Me asombra la tenacidad de ese impertinente muchacho queriendo cortejarla.

—Es un poco cargante, sí —convino Elinor, observando la pista de baile, pensando por un instante en la buena pareja que hacían el señor Lindsay y la viuda Widow, si ella no fuese la bruja arpía mentirosa y desprovista de corazón que era.

—Espero que no esté haciendo nada que lo anime a persistir.

—¿Yo? Señorita Lindsay, ¿cómo puede pensar siquiera...?

—Lo cierto es que aseguró que usted le había prometido unos bailes.

—¡Nunca hice tal cosa! —se defendió Elinor envarada.

—Lo sospechaba. Pues ese tal señor Fernsby lo afirma sin enrojecer siquiera. Y no queda ahí la cosa, sé de buena tinta que en varias ocasiones ha sugerido maliciosamente a mi sobrino que usted...

—¿Que yo...? —presionó la joven pestañeando a toda velocidad.

—De algún modo se le insinúa.

La ira se le concentró en el pecho. Sintió tentación de plantarse en mitad de la pista de baile y abofetearlo a vista de todos.

—¡Será... patán! Entonces debo decir que es mucho peor de lo que me pareció en un principio, que carece de integridad y de honor, es falso y engañoso. Aun a riesgo de resultar grosera, no volveré a permitir que me dirija la palabra.

—Haría bien manteniendo esa promesa —le aconsejó la señorita Violet—. Usted concéntrese en Robert, en enamorarse y enamorarlo, y hacerse mutuamente felices. La familia saldrá ganando.

La joven se mordió el labio inferior dominada por una mezcla de frustración y ansiedad.

—Diría que acabo de fracasar en mi misión sagrada de protegerlo de esa mujer.

—¡Paparruchas! No es más que un bailecito sin importancia. Habrá mil ocasiones con las que desalentar a esa oportunista fastidiosa. Robert le pertenece por derecho... Y porque yo, que soy su única tía, así lo ordeno.

Elinor tragó saliva muy abrumada. Cuanto antes sacara a la dama de su colosal error, mejor para todos.

—Señorita Lindsay...

—¡Cielos! ¿Quién es ese joven? —aulló la señorita, recolocándose los anteojos en el puente de la nariz para otear mejor.

Elinor se giró para mirar allí donde ella dirigía sus ojos. De pronto, el salón había enmudecido, un silencio ominoso solo interrumpido por la pieza musical que seguía avanzando, se adueñó de la estancia, como el telón de un teatro que cae y lo oscurece todo. Bajo el dintel de la puerta principal de acceso a la sala, convertido en el centro absoluto de todas las miradas, estaba Richard Bennet, elegantemente ataviado como correspondía a la ocasión, más atractivo y devastador que nunca. Con una aristocrática sonrisa en los labios y una arrolladora seguridad y aplomo en su actitud.

Hasta se oyeron suspiros de admiración repartidos por los rincones. La escena solo fue comparable a lo que habría sucedido de aparecer el mismísimo Zar de Rusia en persona con todo su séquito.

—El señor Richard Bennet —anunció pomposo un lacayo.

Y medio segundo después, la imagen del apuesto joven había desaparecido engullida por decenas de mujeres enloquecidas, madres, hijas y simples cotillas curiosas.

—¡Por todos los santos! —graznó la señorita Violet— ¡Que alguien rescate a ese pobre muchacho!

—Ya lo están haciendo, el mismísimo conde de Rosenhall y el señor Lindsay acuden a auxiliarlo.

—Mi sobrino, tan atento con los necesitados, como siempre. No entiendo cómo no se derriete mirándolo...

Desde luego que se derretía: el corazón le latía fuera de sí, las piernas le temblaban y apenas si podía respirar. Pero no era culpa ni mérito del señor Lindsay. La visión de Richard surgido de la nada como un príncipe de cuento la había catapultado al universo de la fantasía, allí

donde ella no tenía ataduras morales ni deberes para con ninguna familia y era por completo libre de responder a las atenciones de...

De un hombre al que había sorprendido besando a otra y que ahora, por ser inmensamente rico y otras razones obvias, dejaba de estar a su alcance.

Notó cómo el corazón se cubría de escarcha, se le enfriaba y se convertía en piedra hasta dejar de latir. Su semblante palidecido y su evidente turbación llamaron la atención de la señorita Violet.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, es solo el bochorno del calor...

—Y la sorpresa. —La anciana le guiñó un ojo, apuntando al mayordomo—. Porque no me negará que... ¡Menuda sorpresa!

Tras una breve charla con el anfitrión, Richard se encaminó hacia ellas acompañado del señor Lindsay que lo trataba como a su igual, y de la señora Widow, que trotaba a sus espaldas como una mascota adiestrada. A varios metros de distancia, en mitad de la zona de baile, Gretta dejó colgado al señor Fernsby y corrió en su busca con ansia.

—Señorita Lindsay —saludó Richard, con un ronroneo mientras marcaba una reverencia.

—Me ha dejado usted sin habla, señor Bennet —correspondió divertida la dama—, completamente sin habla. Y creo que no soy la única. —Desplegó su abanico y lo batió enérgica—. Tiene a medio salón literalmente a punto de desmayarse.

Él agradeció el cumplido con una preciosa sonrisa que dejó al descubierto sus dientes perfectos y lo asemejó a un ángel. Gretta se abrió paso hasta su costado.

—Señor Bennet, todo el mundo lo observa, deberíamos bailar... Sé que no considerará escandaloso mi ofrecimiento dado que nos conocemos y...

Richard no la miró siquiera. Sus pupilas atravesaban a Elinor y su brazo extendido reclamó anhelante su mano.

—Lamento desencantarla, señorita Lindsay, tengo varios bailes comprometidos con la señorita Gibbs, ¿no es así, señorita?

—Sí... Sí... —balbuceó, preguntándose si podría soportar aquella terrible quemazón en las orejas. ¿Richard acababa de humillar y despreciar a la señorita Lindsay para favorecerla a ella? ¿Delante de todo el mundo?

Lavinia Widow sacó partido de la pequeña ventaja que se le presentaba.

—Seamos comprensivos, es natural que el señor Bennet prefiera romper el hielo de mano de la señora Gibbs, dado que al ser colegas de profesión, los une cierta amistad. Este ambiente puede resultar intimidante para alguien que no está acostumbrado —apuntó, aunque observando a Richard, nadie diría que se sintiera intimidado—. Debe de sentirse más cómodo a su lado.

Gretta retorció los finos labios. El oportuno comentario de su amiga acababa de salvar su dignidad herida, al menos, de cara al público. Estiró sus mejillas en una rígida sonrisa falsa que tembló por el esfuerzo.

—Tienes razón querida, estamos en una fiesta, bailemos todos. ¿Continuamos donde lo dejamos, señor Fernsby?

La mirada apagada de Robert permaneció algo más de lo debido sobre la figura de Elinor. Ella desvió los ojos, incapaz de mantenérsela, rezando para que hubiese creído en la justificación de Lavinia y se dejó llevar por el brazo de Richard sin acordarse siquiera de pedir permiso a la señorita a la que se supone, hacía compañía. Sus pies flotaban sobre el pulido suelo y cuando el fuerte brazo rodeó su talle para acompañarla en los pasos de danza, pensó que explotaría de pura dicha.

Aquello se llamaba felicidad.

La especie de pasillo humano que pareció abrirse entre los asistentes al baile mientras Richard y Elinor se dirigían al área central, tardó en cerrarse algo más de lo normal. Como si de una pareja real se tratara, los invitados, tal que obedeciendo a una única orden silenciosa, les concedieron el honor de describir las primeras piruetas en solitario bajo el ojo atento de los demás. Ninguno de los dos pareció percatarse de ello y si lo hicieron, no se molestaron: era como si flotasen al compás de la música por encima de las nubes.

—Quién lo habría dicho, señor Bennet, mírese, parece usted todo un duque —alabó Elinor cuando pudo hablar, sin más intención que querer parecer distendida.

Él sonrió cohibido. Lo alegró comprobar que otras parejas se animaban por fin a ocupar la sala, describiendo giros a su alrededor, haciéndolos menos visibles.

—Usted también está hermosa, como una flor recién abierta.

Ella le dedicó un mohín simpático.

—Ahora que va a dejar de ser mayordomo podría escribir libros de poesía. No niego que posee cierto don...

—No seré capaz de nada si mi musa me abandona. Además, ¿quién dice que vaya a cambiar de vida?

Richard se inclinó en una reverencia, tomó su mano y la hizo girar en torno a sí conforme

exigía la danza.

—Deje de engañarse: su presencia aquí esta noche ha sido determinante, la gente lo ha visto y ya no hay vuelta atrás. Es uno de ellos, pronto le lloverán invitaciones y las madres con hijas en edad casadera lo acosarán como a un venado en una cacería.

Elinor juraría más tarde que Richard sufrió un estremecimiento.

—Pueden hacer lo que estimen pertinente, les servirá de poco. Me resistiré a cualquier prueba, dado que soy un hombre locamente enamorado.

La joven no disimuló su perplejidad. Ni su rubor.

—¿Enamorado? ¿De quién? —Un pellizco le apretó la boca del estómago— ¿De la señorita Lindsay? Porque también a ella la tiene comiendo en la palma de su mano.

—Elinor... —Su nombre le palpitó en la garganta.

Por un instante, el corazón de la muchacha tuvo alas. Su nombre en los labios masculinos era dulce como la miel y bendito como una oración piadosa. Latía una promesa enorme en aquella simple unión de letras.

—He pasado la noche en vela preguntándome por qué nos enamoramos de unas personas y no de otras; por qué un alma enciende nuestro ser mientras que otra no lo consigue por más que lo intente —comentó Richard a media voz.

Mientras hablaba, sus largos dedos reptaron por la espalda de Elinor. Embriagado con su cercanía, con su perfume, con la sola idea de poder abrazarla y besarla con libertad.

—El amor es el mayor misterio que existe —corroboró ella, con el aliento nuevamente entrecortado.

Cuando él trató de presionar más su talle, entre amoroso y posesivo, la música cesó. Sujetó la mano de la joven e impidió que lo abandonara.

—No te marches, Elinor, sigue conmigo.

—Pero...

—Lo siguiente que tocarán es un vals. Me permitirá tenerte aún más cerca sin que se desaten las habladurías —le susurró cerca del cuello.

Ella suspiró enredada en aquel torbellino de emociones que no soñaba poder manejar.

—Tú no deseas bailar con el señor Fernsby y yo no deseo compartir pasos con la señorita Lindsay —insistió él—. Estamos mejor juntos. Puede que este sea nuestro destino, aceptémoslo.

El vals arrancó y en un parpadeo, Elinor se encontró envuelta por los brazos de Richard, más pegada a él de lo que habría querido estar si pretendía mantenerse cuerda. Por fin sentía de verdad todo aquello burbujeante y ardiente de lo que hablaban las novelas que Hope les leía a las criadas y que ella había heredado.

—¿Rehúsa bailar con Greta Lindsay, y sin embargo la besa?

El radiante semblante de Richard se ensombreció.

—Está mal que un caballero desvele estos detalles, pero... Bueno, en realidad, ni siquiera soy un caballero, solo un desgraciado con una gran fortuna. Lo cierto es que ella me besó a mí.

—¿Lo hizo? —se escandalizó Elinor, al tiempo que el pecho le explotaba de alegría.

—Asumo mi parte de culpa ya que estaba vergonzosamente ebrio y no era dueño de mis actos, en cualquier caso...

—Se le abalanzó cuando vio que yo me aproximaba —adivinó ella con rabia.

—Algo así. No sé qué pretende. Ella es la señorita de la casa y yo...

—Un hombre inmensamente rico, alguien que ahora le conviene mucho.

Richard abrió con desmesura sus increíbles ojos del color de la luna.

—Esa mujer debe de estar soñando si tal cosa se le ha pasado siquiera por la cabeza.

—Créame, lo tiene en mente desde que le puso la vista encima. Si se ha reprimido hasta ahora fue tan solo por la diferente posición entre ustedes.

—Elinor, te lo ruego, no sigamos con esto. La señorita Lindsay me importa menos que nada. Quiero saber... Necesito que respondas a la pregunta que te hice hace tiempo. —Ella lo miró interrogante—. El señor Lindsay. ¿Qué sientes por él?

Elinor agachó la cabeza. Si la sociedad la consideraba adecuada para ser la esposa de Robert Lindsay también podía serlo de Richard. Quizá lo más conveniente era empezar a sincerarse con el mundo y consigo misma.

—¿Me preguntas si lo amo? —quiso saber, dejándose llevar y tratándolo también de modo informal.

Richard la miró fija e intensamente a los ojos y no interrumpió el lazo de unión mientras danzaban. Sus manos unidas con el pretexto del paso de baile. Asintió despacio. Sensual.

A Elinor la recorrió un escalofrío de deseo.

—Me preocupan: él, los niños, la señorita Violet. Me inquieta su bienestar, que sean felices. Debo salvarlo a toda costa de esa mujer espantosa a la que solo le interesa su dinero y su posición.

—La señora Widow —comprendió Richard al instante—. ¿Hasta el punto de sacrificarte por ellos?

Elinor no supo cómo responder a esa pregunta tan delicada. Sus pupilas volaron un instante al flanco de la sala, buscando a Robert sin hallarlo.

—Pero no lo amo —admitió finalmente—. Ahora lo sé, lo que siento no es amor.

—¿Me amarías a mí? ¿Con todos mis defectos y mi pasado oscuro? ¿Lo harías? —Un deje de desesperación tiñó sus preguntas.

Las mejillas de la joven se colorearon como dos rubíes. Richard dirigía sus pasos con delicadeza al vaivén de la melodía. Su aroma intensamente varonil la trastornaba.

—Esta noche, rodeados de gente, en medio de un vals..., no es el momento adecuado para tratar este asunto —lo reprendió con un hilo de voz.

—¿Estás segura?

No, claro que no, no estaba segura ni de cómo se llamaba, pero asintió. Ardía en deseos de gritarle su aceptación, concederle la oportunidad de que le declarase su amor y poder ella corresponderle jurándole el suyo por toda la eternidad. Sin embargo, debía esperar ocasión más propicia; un ratito de intimidad a solas en cualquier parte, un jardín bajo un árbol centenario, las cocinas o las bodegas. Allí donde la oscuridad y el silencio se convirtieran en cómplices de su mutua devoción.

—Entonces te liberaré para que puedas bailar con el señor Lindsay. Lo está deseando y

supongo que tienes cosas que contarle.

—Richard, yo no...

Pero Richard ya la había soltado y se inclinaba en una elegante reverencia de despedida. La música había llegado a su fin, aunque Elinor, extasiada como estaba, lo hubiera pasado por alto. La acompañó de vuelta al grupo y antes de que pudiera hacer o decir nada, se encontró bailando en brazos de Robert que la observaba con renovado interés.

—¿Se siente bien nuestro estimado señor Bennet? —le preguntó—. Ha sido usted misericordiosa accediendo a convertirse en su primera pareja de baile. Involuntariamente él se ha transformado en el foco de atención de toda la fiesta y eso resulta muy incómodo, hasta perturbador, diría.

—Ya sabe lo resuelto que es, saldrá con bien de todo esto. Solo necesita acostumbrarse.

—Imagino que sí...

—Lo triste es que él se siente feliz viviendo en su casa, señor, ejerciendo de mayordomo, velando por la familia. No desea abandonarnos.

—Es un buen hombre, no lo discuto.

—A veces, un regalo del destino como el suyo, puede llegar colmado de veneno.

—Richard no nos necesita, puede que ahora lo crea, no obstante, buscará nuevas razones por las que vivir; se habituará y será dichoso de nuevo. Quizá hasta se case...

No le pasó inadvertido el temblor de Elinor, la reacción a su augurio.

—Es muy posible, sí... —confirmó con debilidad.

Robert abrió una tensa pausa durante la cual solo se dedicaron a bailar.

—Me he dado cuenta del modo en que lo mira a él: no se parece en nada al modo en que me mira a mí, sospecho y temo que jamás en toda su vida me mirará de esa manera.

—Señor Lindsay, yo...

—No lo tome como un reproche, se lo ruego, nada más lejos de mi intención. Aun así, si me lo permite, haré una declaración formal en estos días. Señora Gibbs —se distanció unos palmos y le dedicó una mirada repleta de admiración y ternura—, mi familia sí la necesita, yo la

necesito. Mis sentimientos no le son ajenos.

—Señor Lindsay...

—Llámeme Robert, se lo suplico.

—Robert... Impediré a toda costa que esa mujer odiosa le perjudique, que se las arregle de algún modo para distanciarlo de sus hijos, pero...

El corazón de Robert se lanzó a un galope desenfrenado.

—¿Pero...?

—No me atrevería a llamar amor a lo que siento —concedió finalmente, con mucho temor a herirlo.

Pese a todo, el hombre no pareció desalentarse.

—El amor rara vez es inmediato, por lo general llega con el tiempo y, sea sincera, Elinor, usted ya me tiene cierto aprecio.

—Se lo tengo, no puedo negarlo.

—Lo suficiente como para aceptarme..., siempre que su corazón no pertenezca ya a otro.

—Robert, yo...

—No me diga nada, porque si es así me alejaré y no la volveré a importunar. Como ya le indiqué no voy a presionarla. Puede que yo sufra, aunque..., solo el cielo sabe, seguramente es lo que coseché. Esperaré cuanto haga falta. Respóndame solo cuando esté por completo segura de lo que quiere.

Elinor se mordió angustiada el labio inferior. Se odiaba en lo más profundo por no poder corresponder a los sentimientos de Robert tal y como él merecía. Detestaba verlo mendigar de aquella forma una pizca de su amor, lo que ella no podía ofrecerle por más que quisiera. Puede que Richard no la amara como ella lo amaba a él, puede que las brumas de su pasado vacío siguieran pesándole demasiado, tanto como para impedirle entregarse. Puede que el tiempo fuera

el engranaje de una terrible traición dejando al descubierto un hombre aborrecible. Así y todo, ella no negaría lo que sentía, el sentimiento que la embargaba cada vez con más fuerza, ya no tenía sentido hacerlo. Lo enfrentaría con valor y que el cielo decidiera su destino.

La pieza se cerró y el lenguaje corporal de Elinor dejó claro que no deseaba seguir bailando. Robert, que vivía atento al más nimio detalle si hablaba de sus anhelos, la acompañó caballeroso hasta el grupo y la vio buscar con cierta ansiedad entre los rostros. También él fue consciente de que Richard Bennet no se encontraba allí.

—¿Y el señor Bennet? ¿Acaso continúa bailando?

—Ha decidido retirarse temprano —ladró Gretta, contrariada, desplegando el abanico con un golpe seco—. De seguro, cuando regresemos a casa lo hallaremos durmiendo como un tierno infante.

Elinor perdió todo interés en el baile, el esplendor que la rodeaba, los invitados ilustres, la música; tomó asiento junto a la señorita Violet alegando cansancio, decidida a no abandonar aquella silla hasta que llegara el momento de irse. Todavía le daba saltos el corazón recordando la calidez del aliento de Bennet rozando su cuello.

Su cambio de actitud llamó poderosamente la atención de la señorita Lindsay y de su amiga, la señora Widow, que cruzaron una tensa mirada repleta de significado. Gretta arqueó una ceja.

—¿Me acompañas a la terraza, Lavinia? Necesitamos un poco de aire, hace mucho calor aquí dentro.

—Será un placer, querida. Coincido contigo.

Inclinaron la cabeza para despedirse momentáneamente de sus acompañantes y cruzaron la atestada sala. Daba la impresión de que todo el mundo se divertía bien lejos de preocupaciones. Solo ellas dos ardían en cólera, de esa intensa que quema y cuesta encubrir. Gretta apoyó ambas manos en la balaustrada de piedra y Lavinia se acomodó a su izquierda dejando ir un largo suspiro.

—¿Te has dado cuenta del nuevo cruce de caminos que se presenta? El destino es a veces

tan burlón... Si la señora Gibbs no está interesada en mi hermano sino en el señor Bennet, ya no supone un impedimento para tus planes. —Levantó unos ojos inyectados en ira—. Pero sí para los míos.

—¿Los tuyos? ¿Por qué? No comprendo...

Gretta apretó los dientes.

—Si el señor Bennet se fija en ella y se le ocurre corresponderla, te juro que yo...

—¿Acaso estás interesada en... el mayordomo?

—¡El señor Bennet ya no es más un mayordomo! Ahora es un caballero adinerado al que pienso conquistar así sea lo último que emprenda en esta vida.

—Ellos ya se conocen, tienen un pasado en común, al menos como miembros del servicio de la casa. Es de suponer que manejarán cierta confianza...

—La destruiré. Ahora más que nunca detesto y aborrezco a esa mujer hasta cuando duermo.

—Algo en lo que no has reparado es que aun cuando ella no esté interesada en Robert, Robert sí puede estarlo en ella. Y ya sabes cómo son los hombres, seres caprichosos que se empeñan en obtener lo que queda fuera de su alcance, justo aquello que no pueden tener, la mujer que los rechaza es por la que mueren.

—¿E..., ella? —Gretta dibujó una mueca de repugnancia con su pequeña boquita de piñón.

Su amiga Lavinia se encogió de hombros y acto seguido, se llevó una mano agobiada a las sienes.

—Toda esta historia me supera. Ni siquiera Paul ha tenido ningún éxito con su propósito pese a que lo aleccioné y sus encantos son muchos. Me siento agotada.

—Debes hablar seriamente con tu hermano, Lavinia. Que deje a esa mujer en el peor lugar posible a ojos de Robert, solo así conseguiremos que prescinda de sus servicios. Que manche su reputación sin remordimientos, la quiero fuera de la casa, lejos de mi familia, ¡ya!

Lavinia la contempló con miedo. Parecía cerca de sufrir un ataque agudo de histeria y no

podía permitirlo allí, en mitad de una fiesta de la alta sociedad, bajo la inspección y vigilancia de lo más selecto de la ciudad. Le tomó una mano enguantada.

—Vamos, tomemos algo fresco e intentemos una vez más que tu hermano Robert me saque a bailar.

Elinor no despegó los labios en todo el trayecto de retorno a la mansión Lindsay. Mientras la señorita Violet comentaba naderías acerca de los invitados presentes y soltaba algún que otro halago dedicado a Bennet con la lengua un poco temblona por culpa de las copitas de licor, su sobrino Robert asentía con elegantes cabeceos, absolutamente falto de interés por la charla, solo por no ser descortés. Cuando cada cual se dirigió a su alcoba, la joven cruzó el pasillo rezando por oír a lo lejos los acordes del violín en los jardines.

Un pretexto.

Una excusa para reunirse con él y tener la oportunidad de rematar la conversación que no pudieron tener durante el baile. Pero no escuchó nada; nada llegó a sus oídos. De modo que se cambió de ropa y se desprendió de las joyas que la adornaban, solo que en lugar de vestir su camisón se colocó un vestido sencillo de algodón en color verde claro que hacía juego con sus ojos.

Un presentimiento la hizo abordar de nuevo el pasillo. Salir del área de servicio. Subir las escaleras hasta la primera planta. Y allí permaneció de pie, atenta, escrutando el silencio. Elinor presumía de oído fino. Desde el cuarto de los niños, al final del ancho corredor, la asaltaron unos ruidos amortiguados: risitas contenidas y cierta agitación impropia a aquellas horas. ¿Estaban todavía despiertos? Si la señorita Lindsay, la hermana del señor, los descubría se llevarían una buena reprimenda. Acudió a la puerta y la golpeó con los nudillos. Las vocecitas y las risas cesaron al instante. Elinor insistió.

—¿Quién llama? —le llegó la voz de Lilian desde dentro.

El ama de llaves se comunicó en un acelerado cuchicheo.

—Soy la señora Gibbs, ábreme.

Con un chasquido que retumbó en las paredes, la niña le franqueó la entrada, rodeada de misterio.

—¿Qué ocurre aquí? ¿Cómo es que a estas horas todavía...?

Enmudeció al descubrir a Richard. Estaba sentado en el suelo con los niños, sobre un montón de cojines apilados, con el violín en la mano, puede que ilustrándolos acerca de sus partes y funcionamiento. Los hijos de Robert tenían arreboladas las mejillas y sonreían con desbordado entusiasmo.

—Señor Bennet, ¿qué hace aquí?

—Los niños estaban desatendidos y muy aburridos y yo llegué pronto —fue su escueta explicación, a la que siguió una devastadora sonrisa.

—Nos está enseñando a tocar —aclaró el pequeño Robert, con su vocecita inocente—. Siéntese con nosotros, señora Gibbs.

—Me alegro muchísimo de que el señor Bennet os esté enseñando música, pero no son horas. Si vuestra tía descubre lo que está pasando nos regañará a todos. ¡Vamos! —aleteó las manos indicándoles que se levantaran—. Cada cual a su cama, podemos continuar mañana; seguro que el señor Bennet no se había dado cuenta de que era tan tarde.

—Desde luego que no, señora Gibbs —confesó él con un guiño—, con una compañía tan aplicada y agradable se me fue el santo al cielo.

—Pues digámosle a ese santo que se duerma de una buena vez —refunfuñó, tomando a la pequeña Magda en brazos.

Con el instrumento todavía en la mano, Richard se acucilló y el joven Robert, de un salto, se encaramó a su espalda. A caballito, acunado por las risas de sus hermanas, lo llevó hasta la cama. Tanto él como Elinor se sentaron en el borde de cada lecho a fin de arropar a los niños.

—Que soñéis con muchos angelitos bailarines —deseó Elinor, dejando un tierno beso en la frente de Magda, algo que no había hecho nunca hasta entonces.

A continuación, hizo lo mismo con Robert y con Lilian, bajo la vigilancia de los ojos entornados de Richard.

—Hasta mañana, piratas aguerridos —les susurró mientras cerraba la puerta—, que descanséis.

Sin poder borrar una tonta y ancha sonrisa de sus labios, los dos avanzaron por el corredor, codo con codo. Elinor dejó caer su brazo a lo largo del costado y Richard hizo otro tanto. Con la cadencia del caminar, sus dedos acabaron rozándose y el contacto fue estremecedor. Elinor escapó de la tentación retirándose unas pulgadas. Tan solo unas pulgadas.

—¿Tienes sueño? —le preguntó él, enlazando las manos a su espalda con cierta timidez.

—Ni una pizca —bromeó la joven, sintiéndose traviesa y, por primera vez en mucho tiempo, más ella que nunca.

—Querría enseñarte algo...

—No pretenderás que entre en tu habitación..., de noche y los dos a solas.

—Sería inolvidable —Richard cerró los ojos y fingió un temblor que la hizo reír—, pero no, no voy a pedirte algo tan grave. Nos encontraremos en quince minutos en la biblioteca.

—¿Y si el señor tiene problemas para dormir y baja? Ni hablar. Nos vemos en la despensa.

Richard fingió pensarlo.

—Querría un lugar más pulcro, pero..., sea.

Llegaron al cruce de corredores donde debían separarse. Elinor insistió, con los ojos brillantes de excitación, emocionada como una niña pequeña.

—¿De qué se trata? ¿Qué es lo que me quieres mostrar?

—En quince minutos.

—Pero dime algo...

El dedo de Richard sobre sus labios la hizo callar. Y estremecer. Y desear más, allí mismo, en la acogedora y excitante penumbra del pasillo a oscuras, contra la pared.

—Quince minutos y ni uno más.

—Ni uno más, tienes mi palabra.

Un cuarto de hora que se les hizo eterno. Elinor aguardó impaciente, retorciéndose las manos, paseando arriba y abajo de la fría estancia, hasta que decidió buscar una botella de buen vino con la que entretenerse y aplacar su timidez. Richard corrió a su habitación como si en ello

le fuera la vida y volvió sobre sus pasos tan pronto como pudo. La encontró sentada en el suelo, con la botella de vino abierta, una mueca juguetona en la preciosa boca y dos vasos servidos, a la tenue luz de una vela. Verla le cortó el aliento. Estaba hermosísima bajo el bailoteo dorado de la llama. Cerró la puerta de la despensa y se apoyó en ella, regalándose un instante para admirarla.

—¿Qué se supone que debía ver? —lo apremió la joven.

Richard se desplazó hasta su lado con solo dos zancadas y se sentó en el suelo. Sonriendo mientras se perdía en sus ojos, en la curva de sus labios jugosos. En la mano llevaba una cajita. Elinor hizo ademán de arrebatársela y él la puso fuera de su alcance.

—Has servido vino, deberíamos brindar.

—De acuerdo —convino ella, de mala gana. Tomó su vaso y le entregó el otro a Richard — ¿Por qué brindamos?

—Por algo significativo —repuso él sin quitarle la vista de encima—, porque me has perdonado y estás aquí a pesar de lo que viste en el jardín.

—No cantes victoria tan pronto... —trató de contrariarlo, paladeando apenas el vino.

Richard sonrió rebosando confianza.

—Hasta tú y tu furia sabéis que yo no la besé. Solo fui víctima inocente de una sucia artimaña.

—Pero sí culpable de embriagarte...

—Por tu culpa.

—¿Por mi...? ¿Por qué me responsabilizas de algo tan humillante?

—Porque lo que siento por ti, las dudas de que tú no sintieras lo mismo, la necesidad de verte, la convicción de que debía renunciar por tu bien...

—No quiero oír eso —lo frenó Elinor, muy seria de repente—, de verdad que no quiero.

—Cuando un hombre ama desesperadamente a una mujer pero no tiene qué ofrecerle, lo mejor que puede hacer por ella, si su sentimiento es sincero, es dejarla ir.

La mano de Elinor voló como una paloma blanca hasta posarse en su mejilla y acariciarla.

—Eres tan, tan valioso... —Richard dejó caer la cabeza sobre su palma—. Ni siquiera eres consciente de ello, ¿verdad?

—¿Me amas?

—Con todo mi ser.

Richard tragó saliva, preso de la emoción. Sentía ganas de llorar, de gritar su felicidad, de abrazarla y besarla, de todo a un tiempo. Pero se contuvo, soltó el vaso casi vacío y volvió a exponer la cajita delante de ella.

—Busqué esto para ti —le adelantó, abriéndola muy despacio.

Elinor contuvo una exclamación de asombro al ver lo que contenía.

—Cuenta una antigua leyenda —prosiguió él, tomando la pieza con la punta de los dedos y apartando el envoltorio— que un anillo así se montó con las lágrimas cristalizadas de dos amantes a los que separaron a la fuerza y que jamás lograron estar juntos de nuevo.

—Qué historia tan triste... —musitó Elinor, por completo obnubilada.

Richard le cogió la mano y buscó su dedo anular, donde deslizó el anillo. Era una joya exquisita formada por dos enormes diamantes tallados en forma de lágrima, encarados uno contra el otro como las cabezas de dos enamorados que compartiesen almohada.

—Y que quien lo lleve puesto sentirá por siempre el latir de esos corazones apasionados. Lo que yo deseo... —prosiguió él sin soltar su mano, con la voz ronca de emoción—, es que la dueña de mi alma sea también la dueña de este anillo.

—Richard...

—Si notas mi corazón latiendo fuera de sí, también es tu culpa. —Llevó sus dedos a sus labios y los besó uno a uno. Luego hizo lo mismo con la otra mano—. Soy tuyo, Elinor, tuyo en cuerpo y alma, aunque ni siquiera sepa cómo me llamo.

Ella se pasó nerviosa la lengua por los labios repentinamente resacos y el gesto encendió la volcánica excitación de Richard, que ya pendía de un hilo. Despegó un poco los suyos, introdujo el dedo de Elinor en su boca y, dulce y sensualmente lo chupó hasta arrancarle un gemido. El jadeo ronco, gutural con el que Bennet le respondió fue la llamarada imparable que

los encendió a ambos, al buscar la boca del otro con absoluta desesperación. El reencuentro de labios y lenguas que ya se conocían y se ansiaban hizo volar por los aires la hoguera.

Las manos de ambos se recorrieron ávidas de caricias piel con piel.

—Te amo, Elinor Gibbs. —La boca de Richard marcó las palabras junto a la oreja de su amada. La carne tibia de la joven reaccionó al cosquilleo de su aliento—. El ama de llaves más huraña y poco amable que he conocido. La terca y hermosa mujer que me ha vuelto loco por completo.

—Te amo, te amo, te amo. —Ella entrecerró los ojos con dulzura y se dejó caer hacia atrás. Richard se colocó sobre ella sin liberar su boca, mordiéndole los labios con un hambre difícil de calmar.

Ambos lo supieron en el acto: estaban irremediablemente perdidos.

Sentir el peso de Richard sobre ella, cada parte de su cuerpo duro presionando sobre sus curvas, la catapultó a las alturas de mano del deseo más voraz. Separó sus piernas, las abrió para que él se acomodara y el apoyo de su pelvis y su miembro endurecido contra su cadera fue solo el principio de la locura. Elinor dejó escapar otro jadeo que lo excitó aún mucho más. El fuego se propagó salvaje, veloz por la piel de los dos, los hizo arder, la ropa estorbaba. Los labios y los dientes de Richard dejaron la impronta de su sello en el cuello de Elinor, en la curva de su hombro, sobre su clavícula.

Y de ahí bajaron al balcón de su escote.

No fue delicado cuando apartó la tela del vestido y dejó un pecho desnudo en libertad. Tampoco cuando atrapó el pezón rosado entre los dientes y lo hizo girar mientras lo endurecía con la lengua. Tironeó y succionó. Lo soltó y volvió a repetirlo. Dejó al descubierto el otro pecho y lo sometió a igual tortura. Elinor pensó que enloquecería con aquel ardor que arrancaba en sus senos y viajaba a explotar en mitad de su vientre y entre sus piernas.

Richard levantó la falda de su vestido y sus manos codiciosas reptaron por sus suaves muslos hasta alcanzar las nalgas. Se aferraron a ellas, las amasó con ansia sin dejar de lamer su boca.

—Quiero que seas mía para siempre. Mía, mi amor.

—Siento tantas cosas, demasiadas —jadeó ella—, no las sé controlar.

Él la miró con adoración un segundo antes de volver a besarla con ganas.

—¿Son buenas?

—Oh, Richard, me dan la vida, son mi noche y mi día, son lo que me inspira a despertar cada mañana.

Entonces, los dedos masculinos alcanzaron su objetivo: aquel nudo de pliegues rosados tan húmedos como otra boca. Anhelante de caricias atrevidas. Picante y goloso a un tiempo. El bailoteo de las yemas sobre la carne sensible arrancó de Elinor un largo gemido y antes de poder respirar de nuevo, los dientes que hacía un instante mordisqueaban sus labios, se encontraban allí abajo, iniciando una lujuriosa danza sobre su sexo, golpeteando y lamiendo rítmicamente el centro de su placer, hasta arrancarla de la tierra y subirla al cielo en un clímax que gritó su nombre.

Para Richard, ver cómo ella se desgranaba, se abría como las alas de una mariposa multicolor, contemplar sus mejillas enrojecidas, sus labios como dos rubíes mojados, sus bellos ojos verdes empañados por el deseo, fue el detonante que lo hizo estallar. Su pantalón no soportaba más la presión, sentía un dolor agudo mezclado con excitación e infinito placer. Nada más la mano de Elinor bajó a buscarlo y sus dedos apretaron y masajearon el miembro erecto, incluso con el obstáculo de la ropa, él se derramó hasta agotarse sin poderse contener.

Permanecieron abrazados, jadeantes, con el pulso tan acelerado que pensar en conversar era una pérdida de tiempo. Ya hablaban los cuerpos por sí solos, la ternura infinita con que los brazos se rodeaban y se paladeaban las manos. El beso inocente y delicado que la boca de Richard posó en la frente de Elinor como el broche perfecto al momento de intimidad.

—Voy a esforzarme hasta mi último minuto de vida por hacerte feliz. Lograré que jamás te arrepientas de haberme aceptado.

—Más te vale, hombre infame. —Elinor subió la mano a la altura de su rostro y admiró una vez más el anillo—. Es lo más hermoso que he visto en mi vida. Y he gozado de la oportunidad de ver grandes joyas, puedes creerlo.

—Me hace muy feliz que te guste, que lo lleves puesto, que me ames igual que yo te amo a ti, que tengamos un futuro por delante, ya que yo carezco de pasado.

Elinor trató de cambiar la postura para mirarlo de frente, aunque Richard se resistió a soltarla y ella tuvo que vencer con mimos su oposición.

—Sé que eso te atormenta, Richard, pero no hay nada que podamos hacer, ojalá lo hubiera. Te juro que escalaría montañas si con eso te ayudase a recuperar lo que perdiste. Tienes que aprender a ser feliz con lo que posees ahora, caminar hacia adelante.

—Lo sé, lo sé. —La obligó a retornar a la posición inicial, la apretó contra sí aún más fuerte—. Por eso me haces tanta falta, Elinor. Solo cuando estoy contigo soy capaz de ilusionarme con lo que vendrá, solo mirándote dejo de pensar en que el ayer sigue sombrío y congelado.

—Yo estaba convencida de que no me enamoraría jamás —rio ella, acariciándole la línea de la mandíbula—. Hasta que te vi llegar, tan apuesto y seguro de ti mismo que me causabas irritación. Poblabas mis pesadillas, igual que la señorita Lindsay, me despertaba gritándote que soltaras las ollas y que no se te ocurriese cambiar las cortinas sin mi permiso.

Richard dejó escapar una fresca carcajada que sonó a felicidad.

—Eres tan tú, Elinor... Tan especial y tan tú. —Suspiró enternecido—. Mañana le daremos la noticia al señor Lindsay. Dejaremos esta mansión y nos casaremos cuanto antes.

Al día siguiente, tras una noche de sueño reparador, el ama de llaves flotaba sobre el suelo en lugar de andar. Gracias a Richard y a lo que sentían, había recuperado a la Elinor descarada y aventurera que, con la muerte de la señora Lindsay y la desaparición del club de las ladronas y su estimulante actividad, parecía haberse aletargado hasta desaparecer. Acabado el desayuno, Robert Lindsay llamó a su mayordomo a la biblioteca: quería hablar con él cuanto antes.

—Avisa también a la señora Gibbs —instruyó al lacayo que atendía sus órdenes—, deseo

que esté presente.

—Como mande el señor.

Quince minutos después, los tres se habían reunido en una estancia que era el reino de los libros. No obstante, si pensaban que estarían solos y en confianza, se equivocaban. Revoloteando en el fondo, cerca de la puerta, se encontraba Gretta, jugando a hacerse la distraída. Robert llamó su atención con un discreto carraspeo.

—¿Hermana...?

—Pueden conversar de lo que deseen —anunció con una sonrisa tan hipócrita como ancha—, no pienso importunarlos, solo necesito..., papel para cartas.

El señor Lindsay puso un instante los ojos en blanco y acometió el asunto que les ocupaba. A fin de cuentas, no había nada que ocultar.

—Señor Bennet, lo he mandado llamar porque es evidente que no puedo permitir que siga ejerciendo labores de mayordomo, no al menos, en esta casa. Sería una grave falta de respeto a su actual posición y si me apura, hasta a la memoria del duque.

Richard agachó la cabeza sin responder nada.

—Sin embargo, soy consciente de que la mansión que ha heredado requiere de obras y reformas tras el incendio, que no le sería posible instalarse allí de momento, aunque quisiera. De modo que he pensado ofrecerle que permanezca con nosotros en condición de invitado. Será nuestro huésped por el tiempo que sea necesario.

—Señor, es todo un honor, su generosidad me honra, pero no puedo aceptarla.

—¿Cuál es la razón?

—Me resultaría extraño, chocante, ser servido y atendido por mis propios colegas; conociéndome, estaría sumamente incómodo. Buscaré habitación en un hotel y supervisaré personalmente las reformas de la casa. Estimo que no se prolongarán demasiado.

Desde su estratégica posición junto a la ventana, simulando leer, Gretta Lindsay no perdía detalle de todo cuanto estaba ocurriendo.

Robert suspiró resignado.

—Francamente, me agradaría que aceptase, si bien respeto sus consideraciones y preferencias. Tenga en cuenta que siempre tendrá abiertas las puertas de esta casa, para usted y para su familia.

A Richard se le escapó un esbozo de ilusionada sonrisa.

—Precisamente, señor, hablando de familia, era mi intención informarlo hoy de que en poco tiempo la señora Gibbs...

Un golpeteo apresurado en la puerta, que se repitió enseguida, interrumpió sus palabras. El paciente señor Lindsay pidió disculpas con un educado gesto de la mano.

—¡Adelante!

El mismo lacayo encargado de convocar la reunión que ahora atropellaba, se adentró en la biblioteca con evidente agitación.

—Señor, el señor Fairfax acaba de llegar. Quiere verlos y dice que es urgente.

—¿Vernos? ¿Vernos a quienes?

—A usted y al señor Bennet, señor.

Los ojos de Greta se abrieron desmesurados. Elinor, también sorprendida, dio un paso atrás sin saber muy bien qué hacer a continuación.

—Qué extraño... —Robert Lindsay se puso en pie tras su mesa, enlazó las manos a la espalda—, si no tiene inconveniente, señor Bennet, hágalo pasar.

—Enseguida, señor. —El lacayo hizo una reverencia y sin perder tiempo, salió.

—Siéntense, hagan el favor —les indicó Robert señalando los sillones—, continuaremos nuestra charla más tarde.

—Si me disculpan, yo me marchó. —Elinor marcó una pequeña reverencia y sus ojos se posaron a toda prisa en Gretta que, obviando las normas básicas de todo protocolo, pretendía quedarse a fisgonear—. Seguramente su visita desea entrevistarse con ustedes a solas y necesito ir a ver si la señorita Violet precisa de algo.

—Vaya, señora Gibbs, vaya tranquila —concedió Robert Lindsay con amabilidad.

Antes de girar sobre sus talones para salir, la puerta volvió a abrirse. Elinor se vio obligada a apartarse para no ser arrollada por dos personas que entraron como un auténtico vendaval: un caballero orondo de pelo blanco y una joven rubia, rodeada de volantes y plumas, cuyo rostro nadie acertó a ver puesto que cruzó la sala en dirección a Richard, que se había puesto de pie, para arrojarse en sus atónitos brazos.

Lloraba desconsolada. Pero más que triste parecía eufórica. Ni siquiera le importó que Richard no respondiera al efusivo saludo y que sus brazos permanecieran colgando inertes a los costados.

Robert y Richard intercambiaron una mirada de perplejidad.

El anciano señor Fairfax caminó hacia ellos y en cuanto la jovencita se distanció medio palmo de Bennet, se coló de por medio y lo abrazó palmeando afectuosamente su espalda.

—¡Arthur! Mi querido, mi queridísimo muchacho..., ¡qué alegría verte!

—¿Arthur? —repitió Richard, sin dar crédito a la rocambolesca escena.

Elinor sabía que estaba siendo altamente mal educada, que según todas las normas conocidas debía abandonar la biblioteca de inmediato, pero su cuerpo parecía tener otros planes. No podía moverse, sus pies permanecían pegados al suelo como si alguien los hubiera clavado allí. Petrificada por el asombro.

—Perdonen la interrupción, disculpe esta muestra exaltada y poco discreta de sentimentalismo, señor Lindsay, pero es que hace años que lo dábamos por muerto.

—Tendrán oportunidad de explicarse —los serenó Robert Lindsay—, por favor, tomen asiento. Estamos deseando escuchar lo que tienen que decir.

El señor Fairfax no necesitó que se lo repitieran. Se dejó caer bastante agobiado en una amplia butaca, sacó un pañuelo del bolsillo y se secó a golpecitos el sudor de la frente. Sin embargo, Richard, impactado por lo que acababa de suceder, tardó mucho más en reaccionar y elegir dónde sentarse. La joven que acompañaba al señor Fairfax se empeñaba en no soltarle la mano que había apresado sin permiso.

—He sabido de la historia del señor Bennet hace relativamente poco —comenzó el señor Fairfax—, de forma inesperada, a través de una conversación en el club que presencié por casualidad. No negaré que tal desdicha, la pérdida de memoria del joven, aún sin conocerlo, la consideré una trágica desventura, pero no fue hasta la otra noche en el baile de los condes de Rosenhall que pude verlo con mis propios ojos y lo entendí... todo. Estuve a punto de sufrir un ataque, tienen mi palabra.

La señorita rubia soltó un agudo gemido y apretó más la mano de Richard con sus dedos crispados. Él miró sus manos entrelazadas como si las de la joven fueran las fauces de un león.

—No sé si conocen a mi hija Amelia. —El señor Fairfax señaló a la muchacha—. El señor Bennet, cuyo verdadero nombre es Arthur Green y ella se prometieron hace seis años en

Trinidad.

Un silencio ominoso cayó sobre aquella biblioteca con la fuerza de siete plagas y una maldición. Si el enorme candelabro que colgaba del techo se hubiese desprendido cayendo sobre ellos y aplastándolos, la sorpresa no habría sido tan demoledora. Al fondo de la sala, donde se encontraba Gretta, muda y expectante, se oyó una exclamación ahogada de estupor que fue casi un grito.

—¿Trinidad? —Richard se devanó los sesos tratando de rescatar algo del oscuro y negro pozo que eran sus recuerdos. Ni siquiera tenía la impresión de haber pisado Trinidad en toda su vida.

—Usted estaba allí en viaje de negocios, se conocieron en un baile y bueno, creo que el amor surgió de inmediato entre ustedes. Me pidió la mano de Amelia y yo se la concedí gustoso después de requerir los preceptivos informes acerca de su persona. Era un joven respetable, hijo único de buena familia, honorable y bien conocido en el mundo de los negocios. No observé en usted tacha alguna que justificase un rechazo.

—Amor mío, Arthur querido... —musitó melosa Amelia, acariciando la palma de su mano.

Elinor necesitó buscar apoyo en un buró cercano para no caer. Richard estaba pálido y rígido. El corazón le golpeaba furioso las costillas. Aquello no podía ser cierto, no podía estar pasando. Se le había secado la boca y el pulso le latía enloquecido en las sienes.

—Cuando lo reconocí la otra noche en la fiesta me costó creerlo. —Los ojos del señor Fairfax se humedecieron por la emoción—. Tantos años... La casa donde vivía en Trinidad fue atacada por unos maleantes, asesinaron a toda su familia y aunque jamás se encontró su cuerpo, todos lo dimos por muerto, incluso yo, debo admitir. Amelia ha sido la única que ha conservado la esperanza todos estos años, convencida de que regresaría.

—Es..., es un milagro —balbuceó la muchacha, conmovida—. Un milagro del cielo.

Sacando fuerzas de flaqueza, Richard consiguió mirarla a los ojos.

—Lo siento. Siento no recordar nada de lo que están afirmando.

—Es natural, tenemos entendido que sufre usted una grave y extraña enfermedad llamada amnesia que borra los recuerdos sin vuelta atrás. Necesitará tiempo para asimilar la realidad, mi hija y yo no tenemos inconveniente...

Hacia rato que Robert no atendía al señor Fairfax, sus ojos angustiados estaban clavados en Richard.

—Richard, ¿se encuentra bien?

—Arthur —rectificó el señor Fairfax con suavidad.

Robert fingió no haberlo oído.

—Está usted muy pálido.

La mirada desesperada de Richard volvió a cruzarse con la de Elinor. La joven parecía a punto de romper a llorar.

—Estoy algo mareado, señor, me gustaría retirarme, si me lo permiten.

—Por supuesto, por supuesto... —accedió el padre de Amelia, como si la casa le perteneciera y él fuese el anfitrión de la tertulia.

Robert frenó su verborrea con una rápida mirada acerada.

—Vaya y descanse, señor Bennet. Hablaremos de todo esto con más tranquilidad en otra ocasión. Señora Gibbs, ¿puede acompañarlo?

Elinor se apresuró a cruzar la estancia sin mirar a nadie, sujetando sus lágrimas con un esfuerzo supremo de voluntad. Cuando la tuvo cerca, instintivamente, Richard apesó sus manos, un gesto que no pasó inadvertido a Amelia, aunque desvió hipócritamente la mirada con una sonrisa acuosa. Elinor se apoyó en el brazo de Bennet y él hizo otro tanto con el de ella. Ambos se despidieron con una breve inclinación de cabeza antes de salir por la puerta.

—Arthur, querido... —musitó Amelia con debilidad.

—Dejémoslo ir, hija mía, debe de estar consternado, confundido ante las buenas nuevas —aconsejó el señor Fairfax antes de girar sobre sus talones y encarar a Robert Lindsay—. Mi familia y yo le agradecemos encarecidamente su colaboración y apoyo, señor. Confío en que el propio señor Green..., Bennet, como lo conocen ustedes, se ponga en contacto con nosotros

cuanto antes.

—No puedo negar que su visita trajo crónicas de lo más inesperadas. Ese hombre ha sufrido mucho, no puedo ni imaginar siquiera el inmenso dolor, la confusión que debe suponer mirar atrás y no ver nada. Ni familia, ni recuerdos de días felices, ni tu propia identidad siquiera. —Había una luz de advertencia en la mirada que dirigió al señor Fairfax—. Si lo que ustedes afirman resulta ser cierto...

—¡Señor Lindsay...! —se ofendió el caballero, a toda velocidad.

Robert levantó solemne una mano, en absoluto intimidado por su irritación.

—Si resulta ser cierto. Entenderá que el señor Bennet querrá contar con alguna evidencia más allá de sus palabras, de las que no desconfiamos, pero ya sabe cómo es la vida. El señor Bennet y solo él, decidirá qué paso dar a continuación.

Se escuchó a la jovencita sollozar. El rictus del señor Fairfax se endureció mientras su hija Amelia sacaba un pañuelo y enjugaba sus lágrimas.

—Mientras no descuide sus obligaciones, mientras no olvide ni por un instante que dio su palabra de compromiso a mi hija y que ella lo ha esperado, ¡durante casi seis años! negándose a aceptar otra oferta de matrimonio... Mientras Arthur Green respete tal responsabilidad, todo estará bien. —Se irguió cuanto pudo con un feroz bufido—. Me veo en la obligación de añadir que el Arthur Green que conozco es un hombre noble que hará honor a su palabra. Vamos, hija querida, no llores. Es hora de irnos.

La distancia que separaba la biblioteca de los cuartos del servicio, del dormitorio de Richard en concreto, donde Elinor se internó sin titubear, la cubrieron ambos a trompicones. Confusos, conmocionados por la noticia y lo que ello implicaba. Ninguno despegó los labios, había demasiado dolor en juego, el futuro brillante y feliz que habían dibujado tan solo la noche antes, ahora lloraba hecho pedazos.

—¿Quién demonios es esa gente? ¿Qué están contando? ¿Cómo se atreven...? — masculló Richard, embargado de ira.

Elinor no quería pronunciar la frase que brotó de sus labios a continuación. No quería. Pero la pronunció porque era lo correcto, por mucho que la hiriese.

—Es posible, solo posible, que estén diciendo la verdad.

Richard se llevó la mano a la nuca y dio varias vueltas frenéticas por la pequeña habitación. Habían dejado la puerta abierta de par en par para evitar murmuraciones y Elinor se sentó despacio en el borde de la cama.

—Y entonces, tanto tú como yo tendremos que enfrentarnos a lo que ello significa — zanjó abatida.

Richard le lanzó una mirada incrédula.

—¿Te rindes? ¿Tan pronto?

—¿Que me rindo, dices? —El reproche de Bennet la hizo reaccionar— ¿Y qué otra cosa podría hacer en caso de que realmente te llames Arthur Green y tengas una prometida flamante y rubia de nombre Amelia Fairfax? ¡Dímelo! ¿Qué otra salida tendría yo?

De una zancada, Richard se le colocó delante. Sus grandes manos apresaron sus hombros, la zarandeó.

—¡No pienso casarme con nadie que no seas tú!

—Si diste tu palabra, si de verdad estás comprometido y dices tener decoro, debes cumplir.

Richard la liberó y reculó un paso. La miró sin dar crédito a lo que oía.

—No puedo creer que precisamente tú me digas eso.

—¿Preferirías que te indujera a hacer algo de lo que más tarde te arrepentirías? ¿Para poder culparme el resto de nuestras vidas?

—¡Elinor!

—No perderás la dignidad por mi culpa, no seré tu cómplice en algo así.

Él se giró y se concentró en mirar por la ventana. Temblando de furia, con los puños apretados contra los costados y la mandíbula tensa.

—Por favor, márchate. Debo pensar.

La joven abandonó la alcoba sin añadir nada más. Richard sintió que se le agotaba el aire, que de repente, respirar le era imposible; que una punzada aguda y dolorosa le traspasaba el pecho y le partía en dos el corazón.

—Señorita Gibbs, parece usted un alma en pena. O hace el favor de poner un poco más de entusiasmo en lo que me está leyendo, o cierra el libro y me cuenta qué la tiene tan trastornada desde hace días.

—Señorita Violet...

La anciana la mandó callar con un repiqueteo nervioso de su bastón contra el suelo.

—Se lo advierto, no intente engañarme, he vivido demasiado como para no ver lo mucho que está sufriendo. ¿Acaso tiene algo de culpa el hermoso señor Bennet?

Elinor hundió la cabeza contra el esternón. Soportando el terrible escozor en los ojos.

—Se ha marchado sin despedirse.

—Bueno, eso sí que no me lo esperaba; de mí sí se despidió. Y de mi sobrino y del resto del servicio, según tengo entendido. Hasta creo que tuvo algún detalle con mi detestable sobrina y sus horribles invitados.

Antes de que rematara su sermón, Elinor lloraba desconsolada. La señorita Lindsay le tomó la barbilla con dedos temblorosos y la instó a alzar la cabeza.

—Muchacha, no llore. ¿Estaba muy enamorada?

La pregunta quedó sin contestación, no obstante, el que el llanto de la joven arreciara, le dio una idea a la anciana del torbellino que la destrozaba por dentro.

—Habrá comprobado que ya hace días que no he vuelto a mencionar mi fabuloso plan de casarla con Robert. No soy tonta del todo, hija mía, tampoco mi sobrino. Ambos nos percatamos de lo que usted sentía por el señor Bennet en aquel baile. Nadie se mira a los ojos con semejante intensidad si no hace mucho que ya ha entregado el alma. Me gustaría considerar que mi buen Robert está a salvo de las tretas de la señora Widow, porque tenerla a usted cerca lo ayudó a valorar los talentos de una buena mujer y a apreciar mejor los defectos de esa bruja. No se convertirá usted en familia nuestra, pero le estoy igualmente agradecida.

Elinor sorbió por la nariz, secándose los ojos con la bocamanga, sobrepasada.

—Me gustaría mucho ayudarla con ese asunto del señor Bennet —insistió la anciana con amabilidad.

—Señorita Violet... Dicen que se llama Arthur Green, que mataron a toda su familia en Trinidad y que está prometido con..., con la señorita Fairfax.

—¡Oh, esa solterona! He hecho que las criadas reúnan toda la información disponible acerca de ella. Por lo visto, no había modo de casarla, su padre habrá respirado con alivio.

—Ella amaba al señor Bennet... Green. Y en todo este tiempo se negó a casarse con nadie más.

Las cejas de Violet Lindsay se curvaron con estupor.

—¿Estamos completamente seguras de eso?

Elinor la miró sin comprender.

—¿A qué se refiere? ¿Por qué no íbamos a estarlo?

—Llámeme zorra astuta, hija mía, pero puedo muy bien imaginarme al agotado señor Fairfax proponiéndole un retorcido plan a su hija, que ella se vería forzada a aceptar si no quiere seguir siendo una pobre solterona marginada de por vida.

Una esperanza absurda revoloteó un segundo sobre la cabeza de Elinor. Pero solo fue eso, un instante fugaz que desapareció enseguida.

—Yo lo haría —insistió la anciana—. En lo que respecta al padre... Cualquier maniobra es bienvenida si se trata de sacar de casa a una hija que ya ha cumplido con exceso la edad para ser considerada un despojo social. Y no negaremos que el señor Bennet o como quiera que se empeñen en llamarlo, es un auténtico tesoro que conllevaría un destino acomodado y brillante, al que nadie haría ascos.

—A mí no me importa su dinero —Elinor se mordió fuerte el labio inferior. Gruesas lágrimas le corrían por las mejillas e iban a mojar su falda—, ni su posición, ni cómo se llame.

—No me refería precisamente a su fortuna, querida, ese hombre tiene una apostura sin igual, un atractivo que raya lo indecente. ¿Quién no querría convertirse en su compañera de vida?

—Tampoco me importa su pasado, fuera cual fuese... Señorita Violet...

La mujer miró entristecida los ojos anegados de la joven a la que había llegado a tomar tanto aprecio. Ojalá su insufrible sobrina se pareciera a Elinor Gibbs, aunque solo fuese en la punta de las pestañas.

—Eso que usted sospecha, nunca podremos saberlo a ciencia cierta —prosiguió la joven, abatida—. Y aunque pudiéramos, tampoco sabríamos cómo probarlo. Y si hay una posibilidad, por ínfima y pequeña que resulte de que, en efecto, Richard sea el prometido de esa señorita, él

debe estar ahí y responder como todo el mundo espera. No puede simplemente olvidarse y casarse conmigo, jamás seríamos felices porque la duda nos corroería siempre, tengo la certeza de que ninguno de los dos se lo perdonaría nunca.

Violet Lindsay asintió con un profundo suspiro.

—Es una situación realmente difícil de solventar. No imagina lo mucho que lo lamento.

Elinor tomó las manos arrugadas de la anciana y se las llevó a la mejilla.

—¿Me permitirá ir unos días a Grovenor House, señorita Violet? Necesito más que nunca los consejos y el consuelo de mi querida marquesa.

La anciana le acarició el cabello.

—Claro que sí, pequeña, claro que sí. Yo misma informaré a mi sobrino. Recoja sus cosas y vaya en paz.

Regresar a la casa Lindsay tras aquella semana con Hope en la que el tiempo pareció detenerse y borrar con suavidad su tormento, fue una experiencia terrible. Finalmente habían decidido que los niños la acompañasen y el alborozo y la alegría reinantes en Grovenor House, las amables atenciones del marqués, la ternura del pequeño bebé y la comprensión y apoyo de la que consideraba su mejor amiga, fueron bálsamos que aliviaron su pobre corazón desgastado.

Hope coincidía con ella en que no había nada que pudieran hacer. La decisión de romper aquel compromiso imposible, quedando en evidencia delante de toda la alta sociedad, al margen de destrozar de por vida la reputación de la señorita Fairfax, estaba únicamente en manos de Richard. Y Richard se había mudado sin mirar atrás a una habitación del hotel St. James y se debatía noche y día en una batalla eterna entre los mandatos de su corazón y las justificaciones de su mente.

—Él también sufre, Elinor, no lo pongas en duda ni por un instante —le había dicho Hope en el momento de su despedida, con aquella voz suya tan mágica, tan dulce y alentadora.

—Bueno —había respondido Elinor, sacudiéndose la falda con indiferencia—, no es el fin del mundo, recuerda que jamás en toda mi vida anhelé casarme.

Pero por encima de sus tentativas de frialdad, Hope la conocía hasta la médula de los

huesos, a veces, mejor que ella misma. Se lo probó su severa respuesta:

—No te aferres al sarcasmo, amiga, no funcionará. No en esta ocasión. Si necesitas llorar, llora. Si necesitas gritar, hazlo también. Rompe cosas, patalea. Y por favor, recuerda siempre que aquí tienes tu casa y que nada me haría más feliz que te despidieras de tu empleo con los Lindsay y aceptaras mudarte aquí, a mi lado.

El traqueteo del carruaje y las conversaciones enredadas de los niños la adormilaron. Los buenos recuerdos besaron su sien. Sin embargo, cuando los caballos se detuvieron, el dolor descendió nuevamente sobre ella como una pesada losa.

Le costaba creer que, como le informó la señora Hills, Paul Fernsby y su hermana Lavinia aún se encontraran en la mansión sin fecha cierta de partida.

—El señor Robert no quiere ofender a nadie, mucho menos a su hermana, ya sabe cómo es. Así que esta gente se aprovecha de su generosidad. Y la señorita Lindsay... Se muestra más caprichosa que nunca. ¡Se ha empeñado en escoger personalmente al nuevo mayordomo! Temo que todo esto nos traiga en el futuro un montón de dolores de cabeza. Si al menos el señor Bennet estuviera aquí...

Se llevó la mano a la boca, afligida por haberla abierto. ¿Cómo se le ocurría mencionar al señor Bennet delante de Elinor?

La joven se esforzó por sonreír. Le dolió todo el cuerpo cuando lo hizo.

—¿Qué saben de él?

—Hasta donde nos cuentan, continúa viviendo en el hotel. Las obras han empezado en la mansión del duque de Boran y...

Ahí se atascó. Elinor la miró con ansiedad contenida.

—¿Alguna noticia respecto a... su compromiso?

—No, señora Gibbs, nada de nada. Por lo visto, el caballero padre de la señorita ha ido a visitarlo al hotel en varias ocasiones, imaginamos que lo estará presionando, pero... ¡Los santos lo ayuden, señora Gibbs! ¡Qué decisión tan horrible! El señor Bennet está enamorado de usted.

Elinor tragó saliva mientras una lágrima rebelde la delataba.

—¿Se siente mejor tras haber pasado unos días con la marquesa?

—He llorado por las noches —contó con un largo suspiro— y sonreído por las mañanas. He aceptado la herida de mi mala suerte y después le he preguntado al cielo qué hice para merecer tan cruel castigo. Me he resignado al tiempo que me desesperaba. Ya no sé qué pensar, qué sentir, cómo olvidarlo... Creo que me marcharé de aquí para no regresar.

—No me diga eso, señora Gibbs.

—Confío en que sea una buena manera de permitirme continuar con mi vida. Alejarme del señor Bennet, no volver a pisar ningún salón de baile donde pueda cruzármelo del brazo de la señorita Fairfax. —Alzó hacia la cocinera unos ojos verdes, empañados, repletos de aflicción—. No podría soportarlo.

La pobre cocinera dejó escapar una lágrima de pesar. Meneó la cabeza espantando una aterradora realidad que no favorecía más que al señor Fairfax y a su hija. Sirvió dos tazas de té y se acomodó en la mesa, junto a Elinor, que llevaba muda un buen rato.

—No le dirán nada, señora Gibbs, seguramente callarán para no lastimarla, pero el señor Lindsay fue hasta ese hotel a visitar a nuestro señor Bennet. Quería ver cómo se sentía y ofrecerle toda la ayuda que estuviera en su mano prestarle. —Interrumpió su relato con un suspiro—. El pobre muchacho está sufriendo, señora, sufriendo como un condenado.

Elinor desvió la mirada y agitó la cabeza, como si con ambos gestos pudiese alejar de su mente las decenas de imágenes sombrías y tristes recuerdos que la embargaban.

—Es..., es como una maldición —gimió Elinor cubriéndose el rostro con las manos—, precisamente ahora...

—Imagine no guardar ninguna memoria de quién eres, de dónde vienes o lo que hiciste en tu vida y verte, de la noche a la mañana, atado por compromiso a una mujer cuya cara jurarías no haber visto nunca. No puedo imaginar nada peor ni más despiadado.

Elinor la miró con los ojos húmedos.

—Señora Hills, íbamos a casarnos...

La mujer cerró los ojos afligida y apretó los párpados. Sus manos ásperas de tanto trajinar

en la cocina buscaron la de la joven y se la apretó compasiva.

—Una desgracia, hija mía, una desgracia. Los santos tengan misericordia de ustedes los jóvenes.

Elinor pasó un rato en el jardín con la señorita Violet aquella tarde, deteniéndose a disfrutar del aroma de los capullos en flor, alabando las virtudes del jardinero y a petición de la anciana dama, escuchando los acordes que era capaz de extraer del corazón de su violín con tanto talento. Cada nota que volaba elevándose a los cielos le evocaba la amarga ausencia de Richard, la insoportable certeza de haberlo perdido para siempre. Pese a que se esforzó en complacer todos los deseos y necesidades de la señora, pese a que conversó y hasta intentó reír, que su instrumento la consoló en parte, su corazón se había convertido en piedra y era incapaz de sentir dicha.

—Me gustaría reposar un poco antes de la cena, querida —solicitó la señorita Violet, apoyándose en su brazo y en el bastón—. ¿Podría conducirme a mi alcoba?

—Por descontado, señorita Lindsay, la acompaño con mucho gusto. Le subiré además una tisana endulzada con miel para que pueda dormir un poco. Le vendrá bien.

Una vez hubo dejado a la señorita acomodada y bien tapada en su lecho, bajó la escalera, ausente como el fantasma de una princesa muerta y se dirigió a la biblioteca. ¿Podía, en efecto, Richard llamarse Arthur Green? ¿Sería en realidad un caballero de alto rango, adinerado y viajero del mundo? Eso podría explicar muchas cosas: sus exquisitos modales, sus conocimientos acerca del protocolo, su porte elegante, sus finas maneras... Richard no era un vagabundo ni un criminal como se temía, eso se adivinaba con solo verlo. Por mucho que hubiese decidido cerrar los ojos a la realidad que su propia existencia gritaba, todo en él apuntaba a nobleza.

Elinor había preferido pensar que no era cierto, que era un muchacho corriente aunque

bien educado, probablemente hijo de sirvientes, criado en una buena casa, porque lo hacía todo mucho más fácil. Pero engañarse rara vez vale para siempre, los espejismos al final se desvanecen y te golpean la cara.

Caminó hacia una de las estanterías y tomó un libro de amor y aventuras. Sería el último que le leería a las muchachas en la cocina. Después empacaría sus cosas y se marcharía. Con Hope por una temporada y más tarde... ¿quién sabía dónde?

—¿Qué hace aquí, siempre sola, señorita Gibbs?

Las palabras pronunciadas tan cerca de su oído la hicieron respingar. Tenía al señor Fernsby allí mismo, entre los estantes llenos de libros, indecorosamente pegado al costado, cruzando todos los límites de la decencia y el respeto. Elinor retrocedió asustada hasta que su espalda chocó contra la pared, protegiéndose el pecho con el libro.

—Señor Fernsby...

Nunca antes se había atrevido a ser tan osado. Estaban solos, la tenía a su merced y lo sabía. Sus finos labios se curvaron en una libidinosa sonrisa.

—¿Sigue empeñada en no corresponderme? ¿En castigarme con su indiferencia? Le aseguro que a mi lado sería inmensamente feliz. —Alzó una mano y atrapó un mechón suelto de su cabello. Se lo llevó a la nariz y aspiró su aroma—. Olvídese de ser tan agria y decida divertirse un poco. Yo estoy más que dispuesto.

—¿Dispuesto a qué? —lo desafió Elinor, escabulléndose por debajo de su brazo, huyendo en dirección a la puerta con el pulso acelerado.

Paul la persiguió y logró agarrarla de un brazo. Tiró con brusquedad y la hizo girar.

—¿A dónde crees que vas?

—¡Suélteme ahora mismo! Señor Fernsby, le advierto que...

—¿Qué vas a advertirme tú, muchacha insolente? ¡No eres más que una criada! —Peleó por besarla.

Elinor forcejeó tratando de escapar, intentando golpearlo con el libro, pero fue inútil. Él tenía más fuerza, el grueso tomo cayó al suelo y la joven apoyó ambos puños en su torso, empujando para alejarlo.

—Con ese mayordomo no eras tan remilgada, ¿verdad que no? Él no volverá a pensar en ti, no eres nada, ni nadie. No le importas, se aprovechó de lo que le ofreciste y se ha marchado sin acordarse de que te quedabas atrás.

—¡Que me suelte, le digo! —aulló Elinor, mordiéndose la lengua para no gritar, ya que no quería asustar a los niños, ni al resto de la casa.

—Ese criado con ínfulas se ha reído de ti, pobre tonta... —seguía gorgoteando Paul, venenoso, dejando salir gota a gota toda su maldad.

Pero escuchar aquello sabiendo que no era cierto, en lugar de debilitarla acrecentó sus fuerzas. Dejaría de ser la Elinor Gibbs que todos conocían, la ladrona que había asaltado las más fastuosas mansiones de Londres junto con duquesas, marquesas y una condesa, si no sometía a aquel individuo indeseable de una patada en...

¡La entrepierna!

Su especialidad.

Ya había dado unas cuantas en lo que llevaba de vida adulta. Aquel idiota ridículo no sabía con quién las gastaba.

Su rodilla dio en diana y los dedos fieros que hasta entonces se clavaban en su carne, se aflojaron y desaparecieron. Paul Fernsby se dobló sobre sí mismo gimiendo y Elinor estuvo tentada de rematar la maniobra ofensiva con un segundo rodillazo que le desencajaría la mandíbula, pero sería demasiado. Corrió hacia la chimenea, tomó el atizador con las dos manos y lo levantó por encima de su cabeza como un mazo de pall-mall. Desde allí se enfrentó a las pupilas heladas de Paul que la repasaron desde su terrible sufrimiento, deseándole la muerte.

No se amilanó.

—Si se le ocurre acercarse le abriré en dos la cabeza como un melón, ¿lo ha entendido?

—¡¿Qué ocurre aquí!?

—¡Señor Lindsay!

—Señor... —Paul trató de hablar, pero le fue imposible. Su voz se quebró justo antes de caer al suelo vencido por el insoportable dolor.

—¿Qué le ha hecho usted a la señorita Gibbs, desgraciado?

—Yo, yo no...

Robert se plantó de dos zancadas iracundas delante de él y lo agarró sin miramiento por

las solapas, levantándolo a medias.

—¿Qué le ha hecho? ¿Por qué lo está amenazando con un atizador? ¿Acaso ha intentado propasarse?

—Lo ha intentado, señor Lindsay —intervino Elinor, harta de permanecer en el rincón como la tímida damisela que en absoluto era—; y me he visto obligada a defenderme.

—Ha hecho usted muy bien. —Miró de nuevo a Fernsby y de un tirón poco protocolario lo puso en pie—. Por fin soy libre de decir con plena justificación algo que llevaba tiempo deseando gritar: ¡salga de mi casa de inmediato! ¡Usted y también su hermana! ¡Fuera!

Con los ojos en blanco y controlando a duras penas el mareo, Paul consiguió zafarse de su gancho y se sacudió la levita como si tratara de plancharla con las manos. El caso era mantener intacto un mínimo resto de dignidad.

—Es usted injusto, señor, ni siquiera me ha permitido explicarme. —Señaló a Elinor con el dedo—. Esa mujer infame...

—¿No le han enseñado que apuntar a una dama es de extrema mala educación?

—¡Ella no es ninguna dama! —aulló Fernsby fuera de sí, instantes antes de recibir un formidable puñetazo en la mandíbula que lo hizo trastabillar y caer al suelo.

—Esta tarde, a la hora de la cena, ya estarán ustedes dos fuera de Lindsay House. A donde se dirijan y cómo lo hagan es algo que no me concierne. Si para ese momento siguen ustedes bajo este techo me encargaré de que los echen a la calle a patadas. Vamos, señora Gibbs, ya puede soltar ese armatoste.

—Me avergüenzas, hermano, después de esto no me quedarán amigos, cuando la señora Widow y su hermano hablen, nadie querrá mirarme a la cara, no sé cómo has podido hacerlo —lloriqueo Gretta, rígida delante de su plato de sopa, sin animarse a comer.

Su hermano disfrutaba de la cena con toda serenidad. Hasta los niños y la tía Violet

parecían inusualmente contentos. Desde que se habían sentado a la mesa, Greta se negaba a comer o beber, mantenía apretados los dientes y un rictus de cólera le atravesaba el rostro. Sin embargo, sus expectativas de que alguien se interesara por su estado se vieron frustradas ya que cada cual se ocupó de su cena sin dirigirle la palabra, tan solo una sonrisita irritante de vez en cuando.

—Lamento tener que decir que quizá en el futuro debas escoger mejor a tus amigos —se limitó a aconsejarle Robert, en tono jocoso.

—Los expulsaste de una casa donde se alojaban como huéspedes; pasaste por encima de mi honor y mi buen nombre. ¿Crees que voy a perdonarte semejante ofensa?

Robert no levantó la mirada.

—Puedes no hacerlo, es tu elección. Mi querida Greta..., haz lo que te plazca.

—Me hablas como si no te importara lo que me pase —se exasperó ella—, si estoy viva o muerta, yo...

—No es en absoluto necesario ser tan dramática, querida —la interrumpió la señorita Violet con voz pausada—. Prueba la sopa, está deliciosa y se enfría.

Los niños contuvieron una carcajada y Greta entrecerró maliciosamente los ojos.

—¡Señora Gibbs! ¡Señora Gibbs, venga!

Elinor acudió, aunque no tan deprisa como ella habría deseado. La señorita Lindsay tuvo la sensación de que también la miraba con burla.

—¡Llévese a los niños a sus habitaciones! Pueden terminar de comer allí...

—Mis hijos no se moverán de la mesa, hermana —gruñó Robert, mostrando enfado por primera vez—. ¿Podrías honrarnos con tu silencio y tus buenas maneras?

Greta se puso en pie con las manos apoyadas sobre la mesa, tal que si la impulsara un resorte. Los miró a todos, uno por uno, como si fuesen sus enemigos colocados en fila india y los sentenciara a muerte.

—Tengo que hablar contigo, Robert, esto no puede esperar.

—Podemos reunirnos en la biblioteca o en mi despacho tras la cena.

—¡He dicho que no puede esperar!

Elinor supuso que el señor Lindsay respondería a sus exigencias, pero para su total asombro, el dueño de la casa se mantuvo imperturbable, lo que sacó de quicio a Greta aún mucho más.

—Quería informarte de que me marchó —anunció teatralmente.

Entonces sí, todos la miraron un breve instante. Aunque Greta habría jurado que lo que latía en sus pupilas no era tanto preocupación como simple curiosidad.

—¿A dónde te irás? ¿Vuelves al norte, a la costa?

—Estoy tristemente convencida de que allí seré más apreciada que en esta casa, junto a mi desagradecida familia.

—Señor Lindsay —se oyó la voz suave de Elinor. Gretta cerró los ojos contrariada: había olvidado que se encontraba allí, escuchándolo todo, presenciando su terrible humillación—, si no me necesitan y me permiten retirarme...

—¡Puedes quedarte a disfrutar de tu victoria! —le espetó Gretta antes de que Robert dispusiera de tiempo para responder— ¡Te saliste con la tuya, maldita manipuladora arrogante!

—¡Gretta! —la amonestó el cabeza de familia, señalando de reojo a sus hijos.

Pero las hogueras de la joven estaban encendidas y demasiado vivas como para apaciguarse.

—¡Ya puedes quedarte dueña y señora de esta casa! ¿No es lo que buscabas? ¿Acaso no es lo que has perseguido todo este tiempo?

—¡Gretta, ya basta! —repitió Robert, dispuesto a zanjar aquella escena tan desagradable.

—Deja de insultar a mi dama de compañía, sobrina. Y cálmate, estás histérica. Qué mal ejemplo para los niños... —recalcó la señorita Violet.

Gretta la miró despectiva.

—Veo que os habéis aliado con ella, todos en mi contra. ¡Qué mancha deshonrosa para nuestro apellido, conceder tal grado de poder a una sirvienta! Mirad lo que ha logrado esa instigadora.

—Gretta, es suficiente —insistió Robert, empezando a perder la calma.

—Nos ha enemistado a todos, como si no fuésemos parientes.

Con un puñetazo sobre la mesa, el señor Lindsay se puso en pie y la miró desde lo alto. Ante el empuje de su arrebató, Gretta se encogió sobre sí misma.

—¡Tú nos has distanciado! Con tu mal comportamiento, con tu egoísmo insufrible, con tu falta de tacto y de amor. Con tus maquiavélicos planes, animando a la señora Widow a ponerse en ridículo persiguiéndome a mí, y a su deshonesto hermano, incomodando de un modo inaceptable a la señora Gibbs. ¡Hasta tú te has permitido ponerte en evidencia con el mayordomo!

—Robert, querido, los niños... —le advirtió Violet con cautela.

—Mis hijos son lo suficientemente maduros e inteligentes como para saber lo que ocurre y aprender a distinguir los comportamientos disparatados que ponen en riesgo la reputación de una familia, de los que no. Márchate, Gretta, márchate si es lo que desees. Estoy más que dispuesto a pagar el alquiler de vuestra antigua vivienda o de cualquier otra que elijas. —Pasada la explosión de furia se sentó lentamente y tomó los cubiertos con parsimonia—. Ahora, si nos disculpas desearíamos acabar la cena en paz y concordia. Si prefieres retirarte, ordenaré que te suban tu comida a tu alcoba.

Elinor pensó que los dientes de Gretta perecerían triturados al ver cómo apretaba las mandíbulas. Le pasó como una exhalación por delante, atravesó la puerta y se perdió escaleras arriba como un huracán de invierno.

—¡Bien hecho, papá! —musitó el pequeño Robert, observando admirado a su progenitor.

—Bien hecho, sobrino —coincidió la tía Violet.

—Bien hecho, señor —remató Elinor, conteniendo la risa.

Robert los miró complacido.

—Simplemente..., ya era hora.

La anciana señorita Lindsay permaneció arrellenada en su butaca tapizada en grandes flores, observando atenta cómo Elinor adornaba su hermoso cabello con el broche de brillantes que acababa de regalarle. Cuando la joven se giró buscando su aprobación, los ojos se le humedecieron por la emoción.

—Siempre imaginé que a mi muerte, mis joyas irían a parar a manos de Gretta, ya que carezco de hijos. Pero prefiero arder en las llamas eternas del infierno que dejarle un solo anillo a esa víbora.

—Señorita, deje correr el tiempo, es posible que la señorita Gretta recapacite y se arrepienta de todo el mal que ha hecho —sugirió Elinor, cuidando de que no se notase su falta de fe en sus propias palabras.

Al parecer, la señorita Violet tampoco pecaba de ingenua.

—Ese carácter espantoso suyo lo sufrimos desde niña, no confío en que pueda cambiarlo. Lo mejor que puede pasarle con el tiempo es que encuentre a un caballero lo suficientemente estúpido como para conformarse con su belleza obviando todo lo demás, y que se case con ella.

—Entonces sus joyas serán para las pequeñas Lilian y Magda. Van a ser damas preciosas cuando crezcan.

—Ay, Elinor, cuánto la voy a echar de menos...

—Señorita Violet, no esté tan triste, no es como si no fuéramos a vernos nunca más. Viviré con la marquesa y coincidiremos en muchas reuniones. Vendré a verla todos los miércoles por la tarde, beberemos té y le leeré un capítulo de nuestra novela favorita.

—Me habrías hecho tan feliz enamorándote de mi sobrino... Sospecho en que a él

también le habría agradado mucho ese desenlace, pero...

—El corazón de una no atiende a razones. —El bello rostro de Elinor se ensombreció—. Ojalá fuese un potrillo al que domar con rienda diestra y palabras dulces.

—¿Vas a quedarte sola?

—No sé si seré capaz alguna vez de amar a alguien con la intensidad con la que amo a Richard. Porque sí, señorita Violet, puede que lo nuestro sea imposible, pero lo sigo amando con la misma impetuosidad del primer día. —Tragó saliva y se forzó a sonreír—. ¿Lista para asistir a nuestro último baile juntas?

Lady Heallford rozaba las nubes con las puntas de los dedos de puro contento, pensando en que su querida amiga se mudaba a vivir con ella por una larga temporada a la que nadie pensaba ponerle fecha de término. Calificaba el suceso como la mayor alegría que le había dado la vida desde que naciera su pequeño. Después de que tanto ella como su esposo, el marqués, pasaran un entretenido rato de charla con el señor Lindsay y su tía, cubriéndose decorosamente la parte baja de la cara con el abanico, cuchicheó al oído de Elinor:

—Creo que nos retiraremos a socializar con el resto de los invitados, pienso permitir que la familia Lindsay te acapare, ya que dentro de poco no podrán disfrutar de tu compañía como yo lo haré. Cuando... ¡Oh! ¿Pero qué tenemos aquí?

Los abordó una impresionante belleza, morena y exótica, con un vestido encarnado y vistosas joyas que hacían imposible desviar la vista de ella. Era la viva imagen de una diosa del fuego descendida directamente del monte Olimpo.

—¡Señorita Lamber! —se congratuló Hope, dándole una calurosa bienvenida.

—Pensé que no llegaba —admitió la joven con desparpajo—. Hace apenas cuatro horas que volví de las tierras altas. ¡Qué frío del demonio!

—¿Y no se ha traído ningún Highlander escondido bajo el brazo? —bromeó Elinor,

saludándola también.

—Conociendo su arrojo no debería extrañarnos —presumió lady Heallford iniciando las presentaciones—. Señor Lindsay, señorita Lindsay, permítannos presentarles a la señorita Nola Lamber, nuestra amiga de las colonias.

A nadie le pasó desapercibido el interés con el que la señorita y Robert cruzaron un pestañeo. A Hope menos que a nadie, de modo que arremetió sin perder un segundo.

—¿Podría pedirle un favor, señor Lindsay? ¿Sería tan amable de entretener por un rato a nuestra invitada? Querría presentar a mis amigas a la señorita Violet y mi esposo tiene al anfitrión aguardando con una copa de coñac y un puro para hablar de minas.

—Será todo un placer —aceptó extasiado, más absorto en besar los nudillos de la dama que en lo que se movía a su alrededor.

Hope le propinó a Elinor un codazo de los suyos en las costillas.

—Vamos a por las ladies.

—¿Han visto ustedes lo mismo que yo? —bisbiseó la anciana Violet, encantada como una niña con un caramelo—. Puede que, después de todo, nada esté perdido.

—Que el amor triunfe y que nuestra exótica visitante se niegue a volver a su tierra, al menos, soltera —rio Hope, alborozada—. Robert Lindsay y la señorita Lamber juntos y enamorados, sería grandioso, ¿no te parece, Elinor? ¿Elinor?

Elinor no la atendía. La vista fija en un punto lejano del abarrotado salón que Hope no logró determinar.

—¿Podéis disculparme? Voy a buscar algo de beber, estoy terriblemente sedienta. Os veré enseguida.

Cualquier caballero en el círculo de las ladies se ofrecería gustoso a traer cuantas limonadas hicieran falta y eso es lo que en otras circunstancias habría replicado la marquesa, pero Hope conocía a su amiga lo suficientemente bien como para saber que la sed no era más que una burda excusa. Se colgó animosa del brazo de la señorita Violet y empleó su tono más distendido.

—Está visto que esta noche se empeñan en dejarnos solas, señorita Lindsay. Verá cómo le agrada conocer a mis amigas, y usted será para ellas todo un descubrimiento...

Se alejaron conversando amigablemente y Elinor se giró a buscar de nuevo aquel rostro

varonil y hermoso que había distinguido al fondo del salón y que había puesto su corazón a saltar enloquecido. No podía ser que Richard estuviera allí. ¿Por qué? ¿Por qué después de tantas semanas sin verse, pero sin dejar de pensarse, iban a coincidir en una estancia plagada de ojos curiosos y maledicentes?

Miró con disimulo torciendo la cabeza y deseó no haberlo hecho. Todo para comprobar que había venido acompañado de la señorita Amelia Fairfox, su padre y una dama de más edad que bien podría ser la madre. La familia Fairfox al completo sirviéndole de escolta. O de carceleros. Oh, no, no iba a poder soportarlo. ¿En qué oscuro y alejado rincón de Londres iba a tener que esconderse para no toparse con él? ¿Con lo que más le dolía?

Todavía andaba espiando el vestido y aspecto de Amelia, cuando sintió una presencia intimidante a su costado. A Elinor le temblaron las piernas. Estaba tan insoportablemente guapo con aquel terno de caballero distinguido en color azul noche con camisa y corbata blanca, que se habría arrojado a sus brazos sin pensárselo dos veces allí, delante de todos los representantes de la más alta sociedad. Aunque acto seguido la destruyeran las habladurías, las murmuraciones y los chismes.

Trató de escapar sin conseguirlo. Él la tenía sujeta por el codo de un modo sutil y casi invisible. Ante su temeridad, Elinor se rebeló.

—¡Miren a quién tenemos aquí! ¡Nuestro querido señor Bennet! ¿O debería llamarlo señor Green? ¡Cielos, qué descabro con tanto nombre!

—No te burles, Elinor, por lo que más quieras —regañó él entre dientes.

Elinor miró frenética a uno y otro lado. Los ojos azules de la señorita Fairfox, fijos en ella en la distancia.

—¿Debo ser educada y preguntar cómo le va?

—Hará bien preguntándolo, porque tengo pensado viajar a Trinidad en busca de ciertos recuerdos y comprobaciones.

—Magnífica idea, le deseo toda la suerte del mundo. —Elinor estiró el cuello deseando evaporarse—. ¿Sería tan amable de dejarme ir?

En lugar de obedecer y liberarla, Richard tiró de ella atrayéndola a un lateral de la sala, donde había menos gente y podían disfrutar de cierta pública intimidad.

—Tengo que hablar contigo, será solo un momento.

—No...

—Si la señorita Violet estuviera presente le diría: «¡claro que hablará! ¡Vaya, señorita, vaya! ¡Es una orden! ¡Vamos, mueva esos pies!»

El modo en que retorció la voz y los gestos para imitar a la anciana fue tan acertado y cómico que Elinor sintió ganas de reír. Solo que no podía. Se le estaba abriendo en dos el corazón.

—Deje de hacer el tonto, su prometida nos está mirando. En realidad, todo el mundo nos mira.

—¿Crees que me importa lo más mínimo? ¡Me importas tú! Desde luego, puede que te hayas rendido, pero yo no voy a aceptar que te he perdido tan fácilmente. Me niego a renunciar a ese futuro que imaginamos juntos.

—¿Por eso viajarás al otro lado del mundo?

—Buscaré hasta debajo de las piedras evidencias de que lo que aseguran no es cierto. No me conformaré con la palabra de un caballero a quien ni siquiera conozco. tampoco pueden obligarme a dar por válido y transigir con hechos que no recuerdo.

—No son ellos quienes te obligan, te obliga tu honor...

—¡Al cuerno con el honor!

Elinor tuvo la impresión de que la señorita Fairfax venía en su dirección y se agitó dentro de su vestido.

—No podemos seguir hablando, tengo que marcharme...

—¡Espera! —Richard volteó la cabeza buscando a alguien sin llegar a localizarlo.

La súbita palidez de su rostro turbó a Elinor hasta la preocupación.

—¿Qué sucede?

—Acabo de oír unas frases en un idioma que no es inglés y las he entendido a la

perfección.

—¿Qué era?

—Dijo exactamente: «¡Alabado sea Dios, menuda desdicha! ¡Espero que no!»

Elinor parpadeó muy deprisa.

—Es español, solo ha podido ser mi amiga, la marquesa, no conozco a ningún otro invitado capaz de hablarlo. Aunque no la veo por ninguna parte.

Richard entrecerró los ojos, atormentado.

—Sé español. Otra incógnita que no desvelaré jamás, pero ¿es probable que me vincule a Trinidad?

Lo era. Desgraciadamente, lo era.

—Voy a buscarla, ella es capaz de distinguir los matices de los acentos. Regresa con los Fairfax, tu prometida te busca por toda la sala, no te pongas por más tiempo en evidencia.

—¡Mi prometida eres tú! —aulló controlando su rabia.

Elinor suspiró y sus ojos quedaron prendidos de la curva de sus labios. Lo que habría dado por disponer de la libertad de besarlos. Su corazón en ruinas gimió un poco más, un poco más alto, sollozó un poco más profundo.

—Te avisaré cuando la encuentre, tienes mi palabra.

Escapó de su lado porque olerlo, sentir la calidez que emanaba era demasiado para su sentimiento malherido. Y el dolor inmenso que leía en las pupilas de Richard le gritaba que él sufría por igual aquel injusto tormento. Se deslizó por entre las parejas que bailaban sonriendo felices, distinguió a Robert Lindsay que sujetaba a la espectacular señorita Lamber por la cintura y danzaban mirándose a los ojos como dos almas gemelas que acabaran de reencontrarse. Verlos así le supuso una pequeña alegría en el mar infinito de su amargura.

Cuando por fin localizó al ruidoso grupo, cerca de las mesas de las bebidas, charlando, riendo y brindando con champán, la señorita Violet Lindsay se había convertido en el centro de atención de todas las ladies, que celebraban su desenvoltura y buen humor como si fuese una más del club. Elinor saludó con cierta precipitación y atrajo a Hope a un lado, donde pudieran

pasar un poco más desapercibidas.

—Está aquí —anunció Elinor con voz entrecortada.

—¿Quién está...? ¿Él?

Elinor asintió.

—Ha oído una frase en español y la ha entendido perfectamente. Solo has podido ser tú.

Hope arqueó las cejas demandando algo más de información, aunque su amiga se retorció las manos, muy nerviosa.

—¿Podrías acompañarme, conversar con él? Quizá le ayude a recordar...

Hope miró por encima del mar de cabezas.

—¿Quién es? Confieso que me mata la curiosidad por echarle el ojo encima. Haber derretido hasta este punto el duro corazón de hielo de Elinor Gibbs... —De pronto, la marquesa palideció y la mano trémula que se apoyó en el antebrazo de Elinor para no trastabillar y caer, temblaba violentamente—. ¿Conoces a aquel joven de allí? Al fondo, junto a los ventanales, con la dama vestida de rosa y una copa en la mano...

Elinor miró hacia donde señalaba su amiga y su rostro se llenó de luz.

—Es él, es Richard, o Arthur Green, el prometido de la señorita Amelia Fairfax, como prefieras llamarlo —acabó con un rictus de irritación.

—No, Elinor, ese no es Richard...

—¿Cómo dices?

—Ese joven de ojos color plata es Diego de Montesinos y Moncada, mi hermano desaparecido.

Y antes de que Elinor pudiera salvar su estupor o articular palabra, Hope se desvaneció.

—¡Alabado sea Dios, ya vuelve en sí! —murmuró Elinor, sobrecogida.

El marqués de Heallford se encontraba arrodillado ante el lecho de la alcoba adonde habían sido conducidos por el anfitrión, el vizconde Melgar, que miraba a lady Heallford igualmente asustado. La dama, tumbada en el lecho, pálida como la luna, abrió los ojos muy despacio. Su esposo le tomaba la mano con ansiedad.

—¡Diego! —fue lo primero que oyeron salir de entre sus labios. Trató de incorporarse, pero Hugo lo impidió, obligándola a recostarse de nuevo.

—¿Llamamos al médico? —ofreció el vizconde, con voz temblorosa.

—¿Quieres que venga el doctor, querida? —preguntó lord Heallford besando sus nudillos con alivio. Palpó su frente. No había fiebre.

—Estoy bien —aseguró Hope, con la garganta áspera—, solo me desmayé por la impresión... ¿Dónde está mi hermano?

—Esta aquí, Hope, no te preocupes —la tranquilizó Elinor, feliz de verla recobrarse—. ¿Quieres un poco de agua?

El dueño de la casa hizo una seña a la doncella para que sirviera un vaso y a continuación se excusó para darles privacidad.

—Volveré al salón con el resto de los invitados. Por favor, si necesitan que la revise un

médico o precisan de algo, milord, no duden en avisarme. La doncella quedará en la puerta para atenderlos en cualquier cosa.

—Nuestro agradecimiento, lord Melgar, sentimos el trastorno que hemos causado —se excusó el marqués, algo más sereno.

—¡Diego! ¡Diego! —reclamó Hope en cuanto bebió un sorbo de agua.

Richard se aproximó titubeante a la cama, evidentemente confuso. Elinor empujó dos sillas, una para lord Heallford y la segunda para el propio Richard, que tomó asiento sin dejar de mirar fijamente a Hope.

—Su rostro... Me resulta familiar, milady. —Ella sonrió anhelante—. Rodeado de una sensación protectora, un arrullo y canciones de cuna. ¿Por qué la miro y me viene a la cabeza el olor de la flor de naranjo?

—Es probable que estés reviviendo el recuerdo de nuestra madre —identificó Hope, agitada—, siempre se envolvía en perfume de azahar y dicen que me parezco mucho a ella.

—¿Nuestra madre? —Hope asintió—. No me suena en absoluto el nombre de Hope... Hope...

Todos contuvieron la respiración por un instante. Algo poderoso parecía estar abriéndose paso entre los jirones de niebla del pasado de Richard.

—¿Esperanza? —pronunció de forma inesperada. Todos se envararon— ¿Quién es Esperanza? ¿Qué significa?

Hope se incorporó por fin, con cierto esfuerzo. Le tomó las manos y Richard se dejó hacer embelesado.

—Yo soy Esperanza. Nunca me conociste como Hope, el nombre que recibí al llegar a Inglaterra. Para ti, para los nuestros, siempre fui Esperanza, Esperancita. Mi queridísimo Diego... —Levantó una blanca mano y con la mirada empañada por la emoción le acarició el rostro—. ¿Qué te hicieron? ¿Quién te alejó de nosotros? Madre murió llorando tu pérdida.

—No recuerdo tantas cosas, milady —admitió él con humildad—, son únicamente retazos, gotas sueltas de memoria.

—Por algo se empieza, Richard, ten fe —le aconsejó Elinor, colocada a su espalda, con las manos apoyadas en sus hombros.

—En cualquier caso, es un prometedor comienzo —corroboró lord Heallford.

—Tengo guardadas tus últimas cartas, Diego, las que mandaste durante la travesía y tras desembarcar. Las revisaremos juntos, podrás comprobar que tu letra sigue siendo la misma, estoy convencida de ello. Y veremos que las fechas coinciden: tu misiva final y el momento en que fuiste atacado y hallado por la gente del hospicio.

—El cielo lo permita —susurró él en una especie de fervorosa letanía.

—Hay algo que... Tengo algo que podría ayudar —intervino Elinor expectante. Introdujo la mano en su bolsito de fiesta y mordiéndose el labio inferior muy nerviosa, entregó a un perplejo Richard lo que escondía en el puño.

Él abrió con desmesura los ojos al recibir la medalla con el grabado.

—¿Cómo es que...?

—Confieso que fui al hospicio hace ya mucho, tratando de averiguar algo que sirviera para hurgar en tu pasado. El director me la entregó, dijo que era lo único que llevabas encima el día que te encontraron pero que tú te habías negado a llevártela porque no eras capaz de identificarla y te hería...

—¿Puedo verla? —pidió Hope, con el corazón al galope y la garganta seca.

Richard la depositó en su palma y el largo dedo de Hope acarició el grabado con un sollozo.

—¡Dios mío! ¡Diego!

—¿Qué es, querida? ¿De qué se trata? —la acució lord Heallford, angustiado.

Hope alzó la cara anegada en lágrimas. Lágrimas de felicidad infinita.

—Es el escudo de la casa Moncada, el escudo de nuestro condado.

Un conmovido murmullo de dicha se extendió por toda la habitación.

—Me atrevería a afirmar que es la prueba definitiva —entendió el marqués, propinándole a Richard una afectuosa palmada en la espalda.

El joven seguía mirándolos a todos desde la confusión y el desconcierto.

—Milady...

—Hope, por favor —rogó su hermana con dulzura—. O Esperanza, como prefieras.

—¿Alguna vez estuve en Trinidad?

—Podría asegurar que no —respondió ella sin vacilar—. Queda claro que no llegaste a abandonar Inglaterra.

Escuchándola, por primera vez en muchos minutos, entre toda aquella tensión insoportable, Richard curvó su preciosa boca en una ancha sonrisa.

—Eso significa que la historia de los Fairfax es falsa, como sospechaba. —Sus ojos se desviaron buscando a Elinor y soltaron un destello—. Es lo único que me importa.

Elinor tuvo la impresión de que el tiempo retrocedía dos años, algo más, viéndose en la alcoba de Hope con un montón de suntuosos vestidos y joyeros abiertos, repletos de piedras relucientes, escogiendo lo más bonito y favorecedor como las jovencitas que fueron en la casa Lindsay. Solo que ahora estaba en Grovenor House, Hope era toda una marquesa, una dama casada y, Elinor estaba a punto de convertirse en condesa cuando Richard o mejor dicho, Diego, regresara de su viaje.

—Esta primera vez consideramos mucho más conveniente que fuese solo. Que vea por sí mismo el palacio, la reacción natural de los sirvientes cuando lo vean aparecer. Los sonidos y los olores, las estancias tan queridas, los lugares de juego de nuestra infancia... No quería estar presente para no condicionarlo. Tiempo habrá de volver una y mil veces, todos juntos, al palacio de Lirios. —Observó el semblante demudado de Elinor—. Lo echas de menos, ¿verdad?

—Terriblemente. Es como si me ahogase.

Hope avanzó un paso y le tomó las manos mirándola fijamente a los ojos.

—Cuando llegué aquella mañana temprano a la casa Lindsay, sola, hambrienta y

asustada, y te conocí... Con el tiempo supe que eras de lo mejor que me había pasado en la vida. Nunca imaginé hasta qué punto.

—A veces el mundo es un pañuelo de seda lleno de sorpresas hermosas.

—¿Quién iba a figurarse que a través de ti encontraría a mi querido hermano? Mi adorado Diego al que ya dábamos por perdido...

Alguien llamó con suavidad a la puerta.

—¡Adelante! —autorizó Hope, dándole antes un beso a Elinor en la coronilla.

—Ha llegado una carta para la señorita Gibbs, milady. Del señor Diego.

Las dos saltaron de sus asientos. Con manos temblorosas, Elinor quebró el sello, desgarró el sobre, ansiosa, desbordada, y leyó en voz alta.

«Mi queridísima Elinor, España es tan fascinante como siempre me figuré y Sevilla un paraíso besado por el sol con aromas a flor de naranjo.

Mi llegada al palacio de Lirios fue un auténtico regalo. Todos los sirvientes salvo los más jóvenes me reconocen sin lugar a dudas; me han mostrado retratos de alguien llamado Diego de Montesinos que, si no soy yo mismo, me resulta idéntico como una gota de agua a otra gota. He visto cuadros familiares, con Esperanza y nuestra madre, esa mujer cuyo vago recuerdo me arrulla por las noches, tan parecidas, tan extraordinariamente bellas. Y padre, yo a su derecha, su mano posada en mi hombro, sus ojos iguales a los míos.

El destino me regala evidencias de mayor envergadura que las que hubiera cabido esperar, sería un necio si las pasara por alto. Todo lo que veo, toco o huelo genera en mí un eco de familiaridad, recuerdos que aún duermen en algún rincón lejano... Pero nada más, no he recuperado la memoria como querría, tan solo dispongo de retales. Y sin embargo, esos retales bastan para encajar las piezas en su lugar y confiar, esta vez sí, en lo que Esperanza afirma, en lo que las gentes del palacio de Lirios aseguran con tanta contundencia.

Y soy feliz de pensar que pertenezco a un mundo que me permitirá permanecer a tu lado.

El heredero del título que sustituyó al conde de Moncada, nuestro padre, murió hace año y medio y su vetusta hermana permanece sola en un palacio que parece un mausoleo.

También ella, pese a su avanzada edad, me reconoció como Diego de Montesinos y Moncada nada más verme. Yo soy el único que se mira al espejo y no sabe ponerle nombre al rostro que lo saluda. Pido a Dios que con el tiempo las lagunas que me atormentan se vayan llenando de luz y por fin, alcance la paz y la calma.

Cuando seas mi esposa viviremos a caballo entre Londres y Sevilla. Te encantará esto, mi amor, ya verás cómo suenan nuestros violines bajo la luna en estos jardines, junto al rumor de estas fuentes.

Tengo tantas ganas de verte que me cuesta respirar.

Con amor, Diego»

Elinor acabó la carta con voz estrangulada por la emoción y la apoyó con cariño contra su pecho.

—Lo amo, lo amo, Hope, ¡lo amo tanto! —Se dejó ir en un aullido de eufórica ilusión, echándose atrás en la cama, pataleando en el aire como cuando eran más jóvenes.

Hope soltó una cristalina carcajada. No era capaz de imaginar nada que la hiciese más feliz que ver a su hermano y a su mejor amiga unidos en matrimonio. Era ciertamente un regalo del cielo.

Semanas más tarde, una eternidad para Elinor, bastante pronto para el correo de la época, la joven recibió una segunda carta, preludio ya del regreso de su amado:

«Mi queridísima Elinor, mi sol, mi luna. Llegaré pronto.

Todo cuanto debía ver y conocer está hecho y mi mente se ha llenado de certezas. Ahora solo veo mar, un mar inmenso alrededor que me separa de ti y sobre nuestras cabezas, entre las nubes, el sol, la luna y las estrellas.

Dile a mi hermana Esperanza, porque sí, cada día que pasa se disipan más tinieblas y ya la siento como lo que es en el centro de mi pecho, que le llevo su juego de espejo de tocador y cepillo de filigrana de oro. Su doncella no la olvida y me lo ha entregado para ella junto con sus mejores deseos.

Os amo tanto que no encuentro palabras. En especial a ti, mi amor, mi adorada Elinor, mi niña querida, el motor de todas mis pasiones.

Te anhele. Solo tuyo, Diego.»

La leyó tantas veces desde que la tuvo en sus manos, que el papel empezaba a arrugarse y pronto se desharía entre sus dedos. Aquellas líneas provenían de un Richard optimista, confiado, esperanzado, un hombre con un futuro resplandeciente..., a su lado. Por fin las nubes negras se habían disipado, las mentiras de los Fairfax habían quedado en evidencia, y un ramillete de rayos luminosos se colaba en sus vidas como un presente.

Hope había recuperado a su hermano, el condado de Moncada a su señor y ella... A su amante.

Aún releía sus frases escritas, cuando Diego abrió la puerta de su dormitorio y su recia figura se recortó en el umbral. Con un grito ahogado, el papel resbaló de sus manos temblorosas y sus ojos se empañaron con lágrimas tibias.

—¡Ri...,ego!

—¿Riego? —repitió él con sorna, indicándole con todo su cuerpo que fuera hacia él.

Elinor corrió a sus brazos abiertos mientras Diego la apresaba contra sí, y se entregó al llanto más desconsolado. La estrechó fuerte, la levantó del suelo y con ella tomada por la cintura, giró sobre sí mismo preso de la felicidad y la dicha.

—Aún tengo que acostumbrarme —se excusó ella, sollozando entre risas—. ¿Cuándo has llegado?

Diego no se entretuvo en responderle algo tan tonto. Disfrutó de su perfume, de su tacto y luego la retiró un palmo, recogió su óvalo con las dos manos y le llenó la cara de dulces besos.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! Estaba a punto de morir si pasaba un día más sin tenerte. —Le besó los párpados, le acarició el rostro—. No llores, mi vida, ya estoy de vuelta y no me marcharé sin ti a ninguna parte, jamás.

—¡Richard! ¡Richard, por fin!

—Nos costará asumir que mi nombre es Diego —se burló él, de buen humor—. Tú llámame como gustes. Deja que te vea, me has hecho mucha falta.

—¿Estás bien?

—Desde que te he visto, mejor que nunca. —La abrazó de nuevo, le besó el cabello, la frente—. Hay retazos que están por completo claros en mi memoria, veo con total nitidez el día que me atacaron aquí en Londres. Lo que oí, lo que sentí, hasta la ropa que llevaba. Lo recuerdo como si hubiese ocurrido ayer mismo.

—¿Has hablado con Hope?

Él asintió mientras la arrastraba meloso en dirección a la cama.

—En cuanto llegué. Ahora tengo la impresión de que nos entendemos y que hablamos el mismo idioma. Hope inicia frases que soy capaz de acabar, presenta ideas que me son conocidas y que puedo elaborar también en paralelo. Por lo visto, siempre fuimos dos hermanos muy bien avenidos.

—Amor mío...

—Soy tan feliz, tan feliz de que todo haya sucedido de este modo.

Antes de que Elinor pudiera responderle, su boca había capturado sus labios con infinita hambre y los devoraba sin compasión. La empujó con suavidad para tumbarla en la cama y sus hábiles dedos desataron los lazos que cerraban su corpiño. Elinor trató de resistirse, aunque con no demasiado ímpetu.

—Cariño, cariño, alguien podría...

—Nadie nos molestará. Mi hermana se encargará de ello —le aseguró él, en un ronroneo, los ojos entrecerrados.

—¿Le has dicho a Hope...?

—Que quiero estar con mi mujer, que no aguanto un solo instante más sin que seas mía, que te necesito como el aire que respiro.

A su orden el corpiño se abrió y solo quedó el fino tejido de la camisola. Bajo él, la tentadora curva de sus pechos. Diego atrapó un pezón con los dientes y succionó con avidez hasta que su saliva empapó la tela y el tierno botón fue claramente visible. Luego se empleó a fondo con el otro mientras sus manos enrollaban la camisola a la altura de las caderas femeninas. Elinor soltó un agónico gemido, crispando sus dedos sobre las sábanas, arrugándolas alrededor.

—Quítatelo todo —le ordenó Diego en un áspero gruñido.

Elinor no se hizo de rogar. Con un ágil movimiento de cadera alzó la parte inferior de su cuerpo, luego la superior, y el vestido, la camisola, el corpiño, todo cayó al suelo y quedó completamente desnuda, solo con las medias de seda que Diego repasó mordiendo el labio con deseo.

A continuación, él despachó sus propias prendas en un par de tirones, quedando expuesto ante ella en todo su esplendor. Sus músculos largos, poderosos, cincelados. Su pecho esculpido por los dioses y aquella erección vigorosa entre las piernas de la que ella no podía retirar la mirada por más que quisiera. Lo recibió gozosa entre sus brazos y respondió al reclamo de sus besos jugueteando con su lengua.

—Me hierve la sangre si me besas así —susurró él entre dientes—; tengo bloqueados los sentidos, estoy a punto de perder la cabeza.

Se restregó contra ella mientras la besaba y le lamía el cuello. Rodeó su breve cintura con ambas manos y se acomodó entre sus piernas abiertas para que sus caderas y también sus sexos conectaran. Elinor respondió al estímulo del contacto con un pequeño grito de placer. Diego agitó la pelvis arriba y abajo y su erección recorrió los pliegues sensibles de su mujer desplegando todo un abanico de sensaciones imposibles de soportar.

—No pares..., no pares —gimió ella, enredando los dedos en su pelo—, ¡no te detengas!

Diego sospechaba que ella oía su corazón desbocado, sus latidos como truenos. Y que sabía que no pensaba detenerse hasta hacerla completamente suya. Habría querido esperar hasta la noche de bodas, pero la separación impuesta con su viaje a España había encendido la llamarada de un deseo que ya nadie podía controlar.

Su mano descendió al punto donde sus sexos conectaban, encontrando una intensa humedad que disparó su libido. Introdujo lentamente un dedo en su interior, sin parar de besarla, mientras los cuerpos de ambos se ondulaban uno contra el otro como olas que se encuentran y se funden. A continuación, introdujo otro más y aguardó hasta ver cómo Elinor se dilataba y se amoldaba a la penetración.

—No quiero hacerte daño, seré lo más cuidadoso pos... —prometió.

Ella no le permitió rematar la frase, lo calló con besos tan ardientes que eran toda una indicación del camino a seguir. Diego tomó aire hasta llenar sus pulmones para sosegar y atar corto la rienda de su autocontrol. Su verga palpitaba de ganas por conquistar las entrañas de aquella mujer que lo volvía completamente loco. Con cautela y mucho amor se aproximó a la abertura e inició la entrada.

Lenta.

Sensualmente.

Acompasados sus movimientos de cadera con los de ella, sus roncros jadeos con los de Elinor. Perladas sus pieles con una fina capa de sudor provocado por la fiebre.

Con un último empujón, Diego venció la barrera de su virginidad y se encajó dentro de ella hasta el fondo. Se quedó quieto, aguardando a que las paredes de la vagina se acomodaran, antes de iniciar la salvaje danza final que los condujo al éxtasis, a la demencia absoluta. Los brazos de Elinor estirados por encima de su cabeza, las manos de ambos trenzadas como hiedras.

Con un resoplido de satisfacción y placer, Diego relajó todos los músculos de su cuerpo, tensos hasta aquel momento y depositando un suave beso en la sien de Elinor, rodó hacia un lado para no aplastarla con su peso.

—Ven aquí, no te separes de mí ni una pulgada. —Tiró de ella manteniéndola sujeta por la cintura, con el otro brazo colocado por debajo de su cuello, las piernas de ambos enredadas—. Te amo, cariño, has cambiado mi vida.

—Y tú la mía. —Le devolvió la mirada de adoración que él le lanzaba.

—¿Qué boda quieres antes? ¿La inglesa o la española?

Elinor lo miró sin comprender.

—Mi queridísima hermana se ha empeñado en disfrutar de dos ceremonias, aquí en Grovenor House y en Sevilla, en el palacio de Lirios. Ese sí que será un viaje inolvidable.

—Creo que el pecho va a estallarme...

Diego la apretó aún más contra sí, aspirando el perfume de su cabello oscuro suelto y desparramado sobre la almohada.

—Ni se te ocurra. Tienes que soportarme hasta el fin de mis días, amor. Y pienso vivir muchos años, tantos como para hacerte feliz de todas las maneras conocidas y alguna otra que está todavía por descubrir. Por cierto...

—¿A dónde quieres que te acompañe? —se adelantó Elinor, con un pícaro guiño.

Diego se maravilló de que ella pudiera adivinar sus pensamientos y sus palabras antes incluso de pronunciarlas.

—A casa de los Fairfax. Creo que ha llegado el momento de que tengamos una charla muy seria con ese señor y su adorable hija.

Los sentaron en un saloncito decorado en tonos azules y les sirvieron té con pastas mientras esperaban a ser recibidos. Al contrario de lo que esperaban, en lugar de ver aparecer al señor Fairfax o a su rubia hija, quien llegó fue una joven dama desconocida, de cabello castaño oscuro y dulces ojos del color del chocolate. Diego se puso en pie para saludarla y ella, tras entregarle su mano para que la besara, le rogó que se sentara. Su semblante estaba muy pálido, parecía francamente perturbada.

—Señor de Montesinos, señorita Gibbs, soy Rose Fairfax, hija mayor del señor Fairfax. Amelia es mi hermana. Sé que tenían gran interés en entrevistarse con mi padre, por desgracia no se encuentra en casa, siento decirles que tanto el señor y la señora Fairfax como mi hermana menor han salido de viaje y deben encontrarse ya cerca de las colonias, al otro lado del océano.

Elinor y Diego cruzaron una mirada suspicaz. Rose se mordió la esquina del labio y agachó la cabeza.

—Voy a serles por completo sincera. Están en su derecho de exigir un desagravio por todo lo que ha sucedido. Las... Las mentiras de mi señor padre..., no tienen disculpa.

—Jamás pisé Trinidad —sentenció Diego con gravedad.

Rose Fairfax asintió.

—Me lo imagino. Estoy tan avergonzada, milord, tan avergonzada... Aventuro que mi padre vio en su pérdida de memoria una ocasión inmejorable para tratar de casar a mi hermana. La situación de Amelia, sus continuas quejas, lo han llevado a la desesperación.

—Señorita —intervino Elinor que, pese a lo violento de la situación, sentía una inexplicable simpatía por la muchacha—, tal hecho no justifica un acto tan maquiavélico.

—Lo sé, lo sé, no me malinterprete, no les estoy pidiendo que lo excusen, no me

atrevería. Pero sí rogarles que hicieran lo posible por entender las motivaciones que lo impulsaron a cometer un error tan grave. Mi hermana..., puede sacar de quicio a cualquiera si se lo propone.

—Lo que a simple vista podría parecer hasta inocente, un acuerdo donde nadie perdería demasiado y muchos saldrían ganando, es un ultraje incalificable. Intentaron aprovecharse de mi vulnerabilidad fingiendo una promesa de matrimonio inexistente, me comprometieron sin ningún escrúpulo delante de todo el mundo —analizó Diego, meneando la cabeza—. De verdad que no deseo tomar represalias, pero...

—Entenderá que hay que dar una salida al asunto —remachó Elinor, convencida de que Rose ya tenía algo pensado.

—Bueno, ustedes saben qué ocurre con los escándalos: surgen, revientan, vuelan por los aires y acto seguido se olvidan, especialmente si surge otro mayor o más succulento. Si tan solo pudiéramos dar a entender que el compromiso entre usted y mi hermana se ha roto...

—Ello implicaría que alguna vez existió —apuntó Diego con templanza.

Rose asintió apesadumbrada.

—Lo sé, sé que lo que les estoy pidiendo es un favor muy grande. Mis padres y mi hermana se han marchado de Inglaterra y me temo que tardarán años en volver. Están absolutamente humillados por esta historia.

—Me veo en la obligación de recordar que fue su propio padre el causante de todo.

—¿Cree que no lo sé? ¿Cree que el deshonor que siento es gratuito?

—Usted no es culpable de nada —se apresuró a notar Elinor.

Diego estuvo de acuerdo con ella.

—Son ustedes muy amables pero esta mancha que ha caído sobre el apellido familiar..., puede que la gente la olvide, aunque les aseguro que para mí estará viva y latente mientras respire. —Dirigió una mirada suplicante a Diego—. Usted es conde, señor de Montesinos. Un conde extranjero que puede permitirse ciertas excentricidades y caprichos, como el de casarse con la mujer de su elección o cambiar de opinión respecto de su antigua prometida, habida

cuenta los años transcurridos, sin que nadie lo juzgue por ello. Todos pensarán que Amelia tiene roto el corazón y que por eso se la llevaron lejos mis padres. Se lo ruego, le costará poco y hará más llevadera la deshonra de mi familia.

—Más fácil de encubrir, al menos —resumió Diego, con un suspiro. Sus ojos color plata consultaron mudos a su futura esposa. Elinor cabeceó—. Decidido pues, señorita Fairfax, cuente con nuestra absoluta discreción. Nada se dará a conocer en torno a este asunto, salvo que el viejo compromiso acabó disolviéndose.

Rose se puso en pie de un salto. Llegó hasta donde estaba Diego sentado y, antes de que él pudiera hacer nada para evitarlo, se arrodilló tomándole las manos y se las besó.

—¡Gracias, gracias! ¡No sé cómo agradecerle...!

—Asista a nuestra boda, señorita. Será todo un placer contar con su presencia. Y póngase en pie de inmediato. Una joven de su condición no debería arrodillarse jamás por los errores de sus parientes.

—Querida Elinor, la suya es una historia tan hermosa que parece escrita por un poeta romántico —canturreó lady Clara con su habitual tono, ingenuo y musical.

—Un conde desaparecido, un mayordomo excepcionalmente apuesto, un ama de llaves que es, en realidad, una joven desvergonzada a la par que encantadora... —la secundó lady Victoria, con un frenético palmoteo.

—Recuperar a mi hermano al que daba por muerto y hallarlo perdidamente enamorado de mi mejor amiga. ¿Podría fantasear con algo mejor?

El tintineo de la porcelana al moverse las tazas de chocolate pareció aplaudir. Las seis habían vuelto a reunirse en el salón de té del barrio de las afueras, en el reservado de siempre, tras las cortinas verdes, y los ojos de todas soltaban centelleos de euforia e ilusión. De verdad se guardaban un profundo afecto desde la fibra sensible del corazón, un vínculo íntimo entre ellas que no podría romperse jamás. Si alguna de las seis precisaba de auxilio, todas correrían en su ayuda sin dudarle un instante.

—Una fastuosa boda doble, la aguda mente de lady Heallford no pudo idear nada más sublime —catalogó lady Grace, sin perder la compostura, como era habitual en ella. Pero le brillaba la sonrisa.

Su hermana Victoria se agitó sobre su silla, inusualmente contenta.

—Dicen que en Sevilla, en esta época del año, las temperaturas son elevadas. Podremos lucir escotes descocados y atrevidos brazos desnudos.

—Me fascina la perspectiva de viajar todos juntos, será un enlace inolvidable —suspiró lady Sarah, pensando en todos los lugares culturalmente interesantes que debería visitar en su periplo por España.

Todas se preguntaron si el suspiro que escapó del pecho de la futura condesa no sería también de alivio después de tantas desdichas encadenadas.

—Por un momento creí que lo había perdido del todo —les confesó con las mejillas arreboladas—. Después de tanto jurar y perjurar que no sentiría amor así me mataran, de que enamorarme fuera una posibilidad tan remota como indeseada, el destino trajo a mi alma gemela hasta la puerta de casa y de nada sirvió resistirse. Y cuando nuestro futuro parecía pintar de rosa...

Todas sufrieron al tiempo un estremecimiento. Lady Grace fue la primera en recuperarse. Estiró el brazo y posó su tibia mano en el antebrazo de Elinor.

—Ya basta, querida, no te atormentes, todo eso pasó. ¡Oh, por fin! Llegaron los macarons.

Una de las jóvenes que servían las mesas dejó un plato lleno de pastas coloreadas en el centro. En las doce pupilas golosas bailoteó el deseo.

—Un momento. —Lady Sarah levantó un dedo—. ¿Alguna embarazada en el grupo? —Las miró inquisitiva, una a una. Todas negaron—. ¿Marquesa? ¿La flamante novia?

—¡No! —rieron las aludidas a la par.

—¿En qué estás pensando, temible Sarah? —Las perfectas cejas de lady Victoria se arquearon con intriga.

—Bueno, si ninguna de nosotras tiene exigencias de salud de las que cuidar, teniendo en cuenta que durante nuestra estancia en España asistiremos a muchas fiestas y conoceremos muchas mansiones ilustres...

Las puntas de sus finos dedos atraparon distraídamente un macaron de color turquesa.

—Podríamos recuperar los viejos tiempos, jugar un poco y entretenernos... —propuso, arrastrando las palabras.

Lady Clara se llevó la mano enguantada a los labios.

—¡Sarah!

—Nada grave ni disparatado, solo cambiar algunos objetos de casa... Ya sabéis a qué me refiero, el jarrón preferido del marqués que aparece de repente en el palacio de caza del duque, las joyas de la vizcondesa que cayeron, sin que nadie se explique cómo, en los parterres de su vecino el barón...

Nadie dijo nada, aunque todas sorbieron chocolate con atropello y las mejillas como cerezas.

—¡Oh, venga! ¡Dejad de fingir! ¡Han pasado más de dos años, admitid que os devoran las ganas!

Las ladies se miraron traviesas, conteniendo las carcajadas. Lady Sarah seleccionó otro macaron, esta vez de color encarnado, con gesto complacido.

—Algo me dice que este viaje a España será mil veces mil más que inolvidable.

GRACIAS por leerla. ¿Te ha gustado? Por favor, deja una VALORACIÓN / OPINIÓN en Amazon a través de este enlace. Apoyarás mi trabajo y me ayudarás a difundir la novela. Te dejo el link que debes pinchar. ¡¡GRACIAS!!

VALORACIONES por estrellas/ OPINIONES:

<https://acortar.link/4oZqoj>



PRÓXIMA ENTREGA:

«Jaque al caballero»

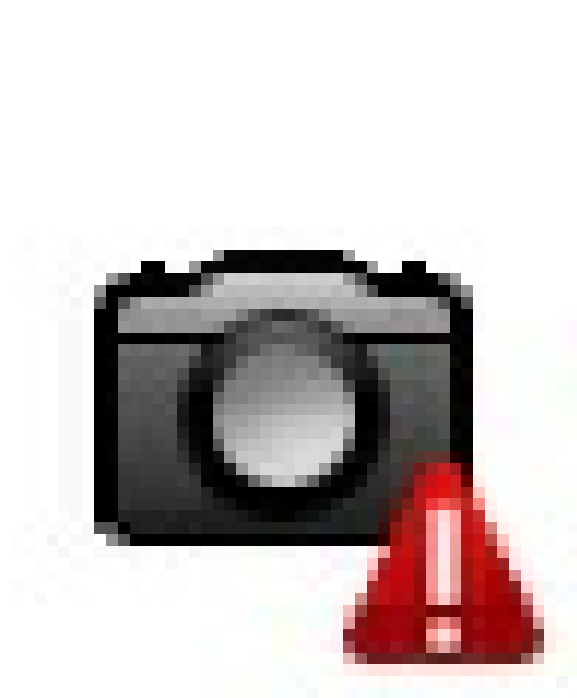
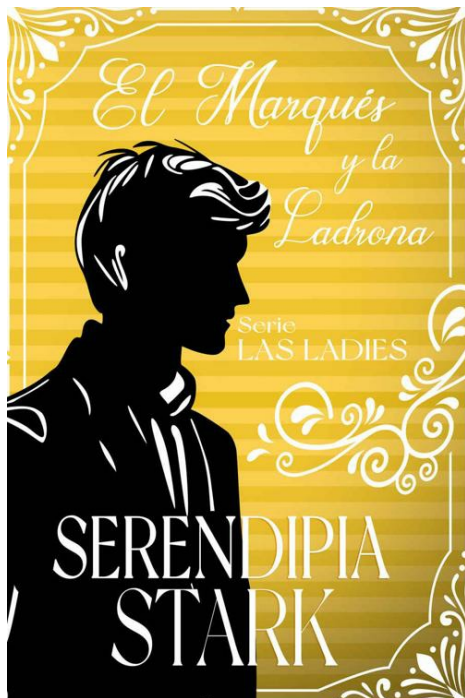
Disponible el 8 de febrero 2024

OTROS TÍTULOS
DE LA SERIE
«LAS LADIES»:

EL MARQUÉS Y LA LADRONA:

Enlace Universal:

<https://goo.su/RXphI>



EMPIEZA a LEER GRATIS:

<https://goo.su/7yNvS>

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA:

SERIE «GUANTE DE SEDA»

Amor, humor, pasión, aventuras, misterio y secretos
familiares en la Inglaterra de 1815

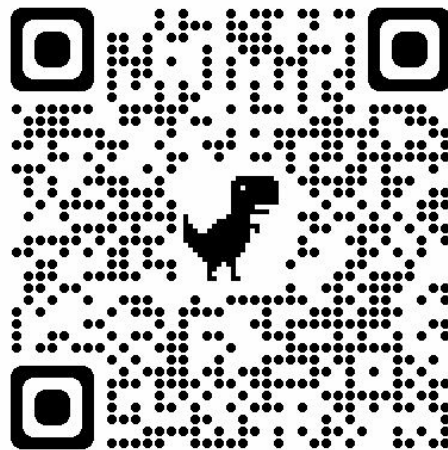
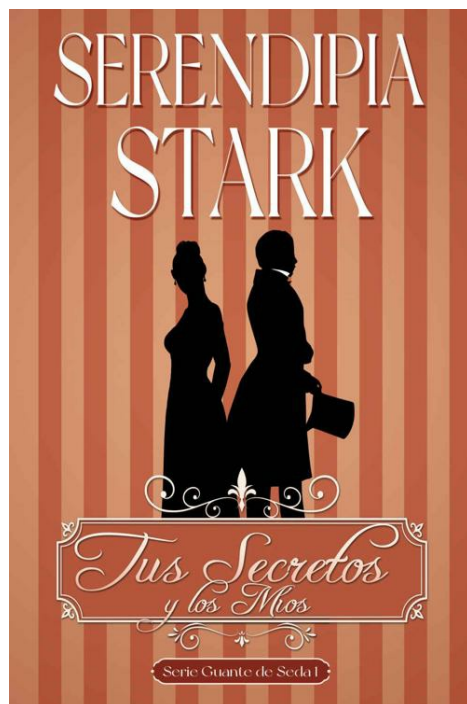
Cuando las mujeres se necesitaban más que nunca y sin
embargo, eran rivales

Sororidad, capítulos cortos, abundancia de diálogos,
lectura ágil, diversión asegurada

TUS SECRETOS Y LOS MÍOS:

Enlace Universal: mybook.to/tussecretosylosmios

<https://amzn.to/3A0l6GD>



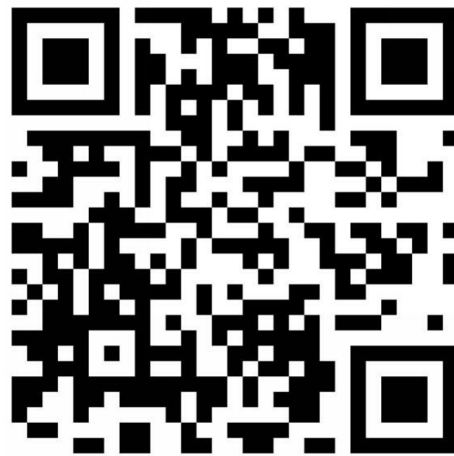
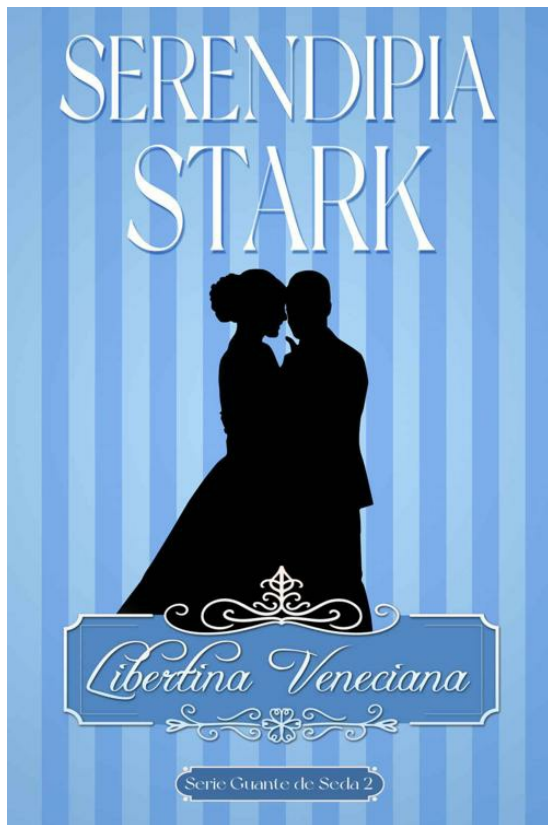
[Empieza a leer GRATIS:](#)

<https://acortar.link/Yp80Sv>

LIBERTINA VENECIANA:

Enlace Universal: mybook.to/libertinaveneciana

<https://amzn.to/3bDaC6T>

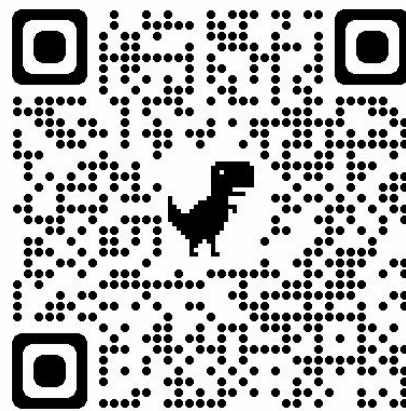
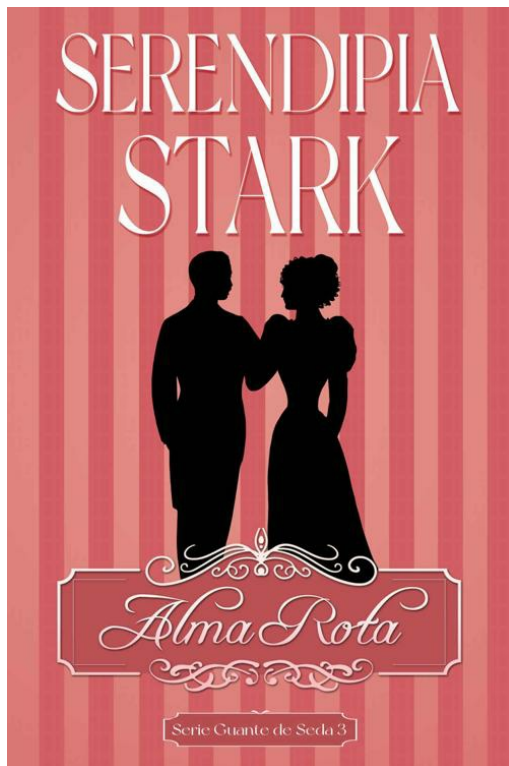


Empieza a leer GRATIS:

<https://acortar.link/FioXD8>

ALMA ROTA:

<https://mybook.to/almarota>

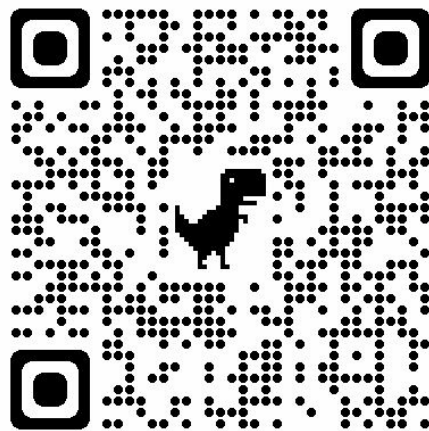
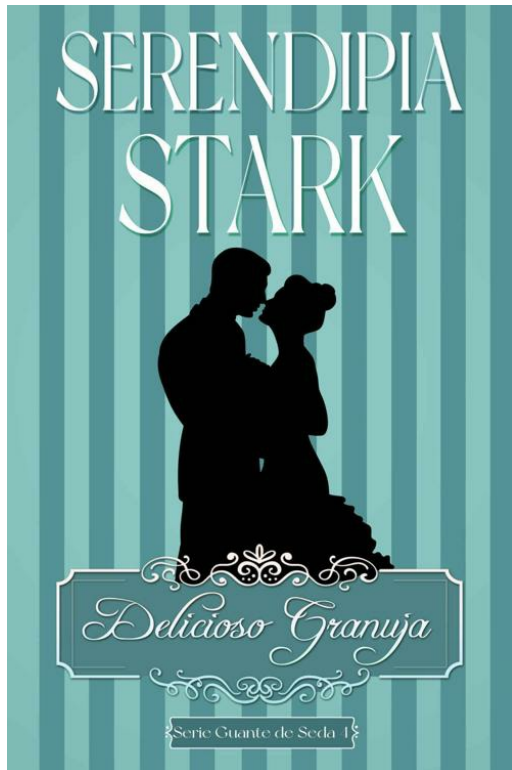


Empieza a LEER GRATIS:

<https://acortar.link/WjfpE>

DELICIOSO GRANUJA:

Enlace Universal: [Comprar aquí](#)



Empieza a LEER GRATIS:

<https://acortar.link/m87EcW>

GRACIAS por leerla. ¿Te ha gustado? Por favor, deja una VALORACIÓN / OPINIÓN en Amazon a través de este enlace. Me ayudarás a difundir la novela y apoyarás mi trabajo.

Te dejo el link que debes pinchar. ¡¡GRACIAS!!

<https://acortar.link/4oZqoj>



Agradecimientos

Llegué hasta aquí, triste y decepcionada. Por muchas cosas. Perdida la ilusión por escribir, algo que antes, que siempre, me había llenado el alma. En serio, os digo que pensé que jamás saldría de mi teclado una nueva historia. Pero uno de esos ángeles sin alas que andan rulando por la tierra, me agarró las mechas y me puso marcando el paso. Me enseñó que hay que ser fiel a la esencia con la que naciste, que todos los esfuerzos merecen la pena, que si había que derrumbar lo que construí por muchos años y empezar desde cero, ahí estaba su mano. Y la tomé, vaya si la tomé. Y no viviré lo suficiente como para agradecértelo, mi querida L. Marie.

Y a mis lectoras cero, algo más que mi agradecimiento. Todo mi amor. ¡¡Formamos un pedazo de equipo!! Siempre juntas, chicas, hasta las tantas de la mañana, que sarna con gusto no pica.

Gracias, gracias y tres veces gracias, a ti, *querid@ lector/a*, por haber escogido leer «Un sueño para una dama» de entre toda la oferta actual. Que haya sido mi libro el elegido, que haya caído en tus manos y le hayas dedicado parte de tu tiempo, que te hayas sumergido en mi mundo, le da todo el sentido y más, a mi trabajo. Espero, de corazón, que te animes con las siguientes entregas de la serie.

Si te ha hecho disfrutar, te agradecería en el alma que dejases un comentario o reseña en la plataforma de venta. Es imprescindible para hacer visible la novela, y para incentivar a otros lectores. De nuevo gracias.

Deja aquí tu comentario:

Acerca de la autora:

Serendipia es y ha sido siempre, mi palabra favorita. Creo que la vibración de su sonido tiene la capacidad de alegrar a quien la pronuncia y a quien la escucha. Por eso no dudé en que sería mi nombre cuando decidiera regalaros lo mejor de mí, mi esencia más íntima en forma de historias, emociones, reacciones, personajes y diálogos. Porque la serendipia es la magia de encontrar algo inesperado cuando estás buscando otra cosa, mi deseo es que te encuentres con mis novelas, sea lo que sea lo que andes buscando.

Y que te hagan feliz. Gracias por leer.

¿Te apetece seguirme en mis redes sociales?

INSTAGRAM: @serendipia_stark_escritora

https://www.instagram.com/serendipia_stark_escritora/

FACEBOOK: Serendipia Escritora

<https://www.facebook.com/people/Serendipia-Escritora/100077002804078/>